

# LA SIMPLICIDAD DE LA VIDA CRISTIANA



Fray Jerónimo Savonarola

VALENCIA, 2022



FRAY JERÓNIMO SAVONAROLA

**LA SIMPLICIDAD  
DE LA  
VIDA CRISTIANA**

VALENCIA, 2022

27-11-2022

ISBN: 978-84-09-45880-6

Este libro ha sido editado por fray Julián de Cos O.P. y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/la-simplicidad-de-la-vida-cristiana>

Foto de portada: presbiterio del antiguo convento dominicano de Fanjeaux (Francia).

Foto de contraportada: jardín del mismo convento.

## CONTENIDO

<i>PRESENTACIÓN</i> .....	9
CARTA .....	11
PROEMIO.....	15
[Primera afirmación: ten una idea del Señor que sea verdadera] .....	16
[Segunda afirmación: búscalos con un corazón sencillo] .....	17
[Tercera afirmación: porque lo encuentran los que no lo tientan] .....	18
[Cuarta afirmación: el Señor se manifiesta en aquellos que no confían en sí mismos] .....	20
[Esquema de esta obra].....	21
I. LA ESENCIA Y LOS FUNDAMENTOS DE LA VIDA CRISTIANA.....	23
1. La vida cristiana consiste en la imitación de los ejemplos y las enseñanzas de Cristo .....	23
2. La vida cristiana es lo mejor que se puede encontrar o, incluso, imaginar .....	24
3. La vida cristiana no se basa en ningún amor natural humano .....	26
4. La vida cristiana no puede surgir de la parte sensitiva del ser humano .....	27
5. La vida cristiana no emana de la sola luz de la razón natural .....	31
6. La vida cristiana no procede del influjo de los astros o de otras causas naturales .....	34
7. La vida cristiana no se origina en ninguna criatura espiritual .....	37

8. La raíz y el fundamento de la vida cristiana es la gracia divina.....	40
9. La vida cristiana tiende con todo vigor a aumentar y conservar continuamente el don de la gracia.....	43
10. Entre las acciones morales, la oración es el medio más idóneo para aumentar y conservar los dones de la gracia y la caridad.....	45
11. Entre las prácticas religiosas, la recepción frecuente y devota de los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía es el medio más eficaz para conservar y aumentar la gracia .....	49
II. LA SIMPLICIDAD INTERIOR .....	55
1. Podemos comprender las cosas espirituales a través de la realidad sensible .....	55
2. Varios significados del término «simplicidad» .....	56
3. Lo más simple es más perfecto.....	57
4. También en un sentido espiritual y moral la simplicidad tiene varios significados.....	58
5. La vida cristiana incluye el segundo y el tercer tipo de simplicidad .....	60
6. La simplicidad del cristiano incluye necesariamente la prudencia .....	61
7. Todo cristiano debe esforzarse por alcanzar la perfecta simplicidad .....	63
III. LA SIMPLICIDAD EXTERIOR.....	65
1. Son simples aquellas cosas exteriores que gozan de una forma o virtud producida por Dios o por la naturaleza, sin que medie nada que sea artificial .....	65

2. De modo espontáneo, al ser humano le atraen más las cosas simples que las artificiales .....	66
3. El verdadero cristiano ama sobre todo la simplicidad exterior, poniéndola en práctica .....	67
4. Quien no ama la simplicidad exterior no vive cristianamente.....	68
5. La simplicidad en las cosas externas no se aplica de forma idéntica a todos.....	70
6. Esta simplicidad debe ser evaluada no según los excesos de las personas sensuales y mundanas, sino según el juicio de las personas espirituales.....	71
7. La medida de la simplicidad exterior puede encontrarse en las Sagradas Escrituras y adaptarse a la condición de vida de cada cual.....	72
IV. LA RENUNCIA A LO SUPERFLUO EN FAVOR DE LOS POBRES.....	81
1. Difícilmente entrarán en el Reino de los Cielos los que desean la riqueza.....	81
2. Incluso cuando deja de acumular bienes, el rico corre el peligro de no entrar en el Reino de los Cielos .....	83
3. Hay que llegar a despreciar las riquezas .....	84
4. El cristiano desea poseer sólo lo que es necesario para la vida corporal y espiritual.....	86
5. El cristiano puede desear y obtener las cosas necesarias de acuerdo con la dignidad de su estado, aunque éstas no sean necesarias para la vida espiritual o corporal.....	88
6. El cristiano debe dar a los pobres todo lo superfluo, es decir, aquello que excede el decoro que le corresponde a su condición social.....	89

7. Respecto al decoro, debe juzgarse lo necesario y lo superfluo caso por caso, según la condición social de cada persona .....	96
8. El decoro de cada persona, según su condición social, ha de medirse en relación con la simplicidad exterior y según lo dicho anteriormente.....	98
V. LA FELICIDAD DE LA VIDA CRISTIANA .....	105
1. De todos los seres que tienen ánima sensitiva, solo el ser humano trabaja con vistas a un objetivo .....	105
2. Ha de haber un fin último en la vida humana.....	105
3. La felicidad humana consiste en alcanzar el fin último .....	106
4. La felicidad humana no consiste en ningún bien exterior .....	106
5. La felicidad humana no consiste en bienes corporales.....	107
6. La felicidad humana no consiste en el placer ni en los bienes relacionados con el alma sensitiva.....	108
7. La felicidad humana consiste en los bienes relacionados con el alma intelectual.....	108
8. La felicidad humana no consiste en ningún bien creado .....	109
9. La felicidad humana consiste únicamente en la contemplación y el disfrute de Dios .....	109
10. La felicidad humana reside esencialmente en la actividad del intelecto, la cual se perfecciona con un acto de la voluntad consistente en el disfrute y la alegría .....	111
11. La felicidad humana no puede ser perfecta en esta condición mortal .....	111
12. En esta vida el ser humano puede experimentar una cierta felicidad, pero imperfecta .....	112
13. La felicidad incipiente es más perfecta en los cristianos que en los filósofos.....	113

14. El deleite que tienen los cristianos perfectos contemplando a Dios, supera cualquier otro deleite de este mundo: tanto sensible como inteligible .....	114
15. Los cristianos experimentan el mayor deleite espiritual al contemplar a Cristo crucificado .....	117
16. Las Sagradas Escrituras elevan admirablemente al cristiano a la contemplación y el disfrute espiritual .....	119
17. Cuanto más sencilla es la vida del cristiano, mayor es el consuelo que él obtiene del conocimiento de Dios y del Señor Jesús, y del estudio [y meditación] de las Sagradas Escrituras .....	122
18. La vida cristiana es una vida feliz.....	123
19. No es difícil alcanzar la vida cristiana y, con la ayuda de Dios, perseverar en ella .....	124
[Primer precepto: el verdadero cristiano ha de reflexionar sobre la miseria terrenal y sobre la felicidad eterna].....	125
[Segundo precepto: el verdadero cristiano se esfuerza en tener la gracia divina] .....	129
[La importancia de tener un buen padre espiritual] .....	130
[Tercer precepto: el verdadero cristiano ha de soportar muchos padecimientos por amor a Dios].....	132



## PRESENTACIÓN

En *La simplicidad de la vida cristiana* fray Jerónimo Savonarola (1452-1498) trató de exponer el núcleo fundamental de sus predicaciones. Este famoso dominico, imitando a los profetas del Antiguo Testamento, emprendió una gran reforma que abarcaba la sociedad, la vida religiosa y la Iglesia. Dicha reforma trataba de recuperar la verdadera simplicidad cristiana.

En esta obra Savonarola nos explica en qué consiste esta simplicidad y por qué es el único medio de alcanzar la auténtica felicidad. Él la escribió en latín<sup>1</sup> a finales de 1495, aproximadamente un año después de que, con ayuda del rey Carlos VIII de Francia, se hiciera con el control religioso y político de Florencia, una próspera y culta ciudad-estado italiana en la que abundaban la frivolidad y los excesos.<sup>2</sup>

Para realizar esta edición nos han sido de gran ayuda la traducción italiana de fray Raimondo M. Sorgia, O.P.<sup>3</sup> y la española de Juan Manuel Forte Monge<sup>4</sup>. En nuestra traducción hemos hecho un esfuerzo por emplear un lenguaje sencillo, añadiendo entre corchetes palabras o expresiones que pueden mejorar la comprensión.

Deseamos que esta obra ayude a conocer la espiritualidad y el mensaje de Savonarola, pues, ciertamente, tiene un gran valor para la sociedad actual.

---

<sup>1</sup> Girolamo SAVONAROLA, *De simplicitate christianae vitae* (Florencia, 1496).

<sup>2</sup> Para los que no conozcan a este importante autor renacentista, les animamos a leer las páginas 141 a 144 de la obra *Predicadores. Historia de la espiritualidad dominicana*, que puede descargarse gratuitamente.

<sup>3</sup> Girolamo SAVONAROLA, *Semplicità della vita cristiana*, introducción, traducción y notas de Raimondo M. Sorgia, Edizione Paoline, Alba 1976.

<sup>4</sup> SAVONAROLA, *La simplicidad de la vida cristiana*, edición de Juan Manuel Forte Monge, Biblioteca Nueva, Madrid 2005.



## CARTA

### CARTA<sup>5</sup> DE FRAY JERÓNIMO DE FERRARA DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

INTRODUCCIÓN A SU LIBRO SOBRE *LA SIMPLICIDAD DE LA VIDA CRISTIANA*.

Fray Jerónimo, siervo inútil de Jesucristo, desea la gracia y esa paz «*que supera todo conocimiento*»<sup>6</sup> humano a los fieles de la Iglesia en Florencia y en otros lugares.

«*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo*»<sup>7</sup>, que ha querido iluminar mi mente mostrándome un camino que manifiesta su verdad, en defensa de la cual me ha permitido sufrir injurias y persecuciones. No hay nada más noble que sufrir por la fe en Él.

El camino de la sana doctrina que nos conduce a la bienaventuranza celestial, admirablemente indicado en las Escrituras por el Espíritu Santo, atestiguado por la sangre de Cristo y de innumerables mártires y ampliamente ilustrado por el magisterio de la Iglesia y de eminentes teólogos, ha sido desgraciadamente casi borrado en nuestros días, ya sea por negligencia o por aversión, o porque, mostrando los seres humanos preferencia por las tinieblas en lugar de la luz, la malicia ha cegado su mente, o porque la pereza espiritual hace que distorsionen el significado original de las

---

<sup>5</sup> «Dirigida a Ercole I d'Este, duque de Ferrara. Savonarola le había previamente enviado su *Compendio de Revelación*. Savonarola, aparte de otras cartas, le envía un ejemplar manuscrito del *De simplicitate christianae vitae* en enero de 1496 (el SCV [*La simplicidad de la vida cristiana*] fue escrito por Savonarola durante la segunda mitad de 1495). Ercole escribirá posteriormente al dominico sobre los peligros que se ciernen sobre él desde Roma. Sin embargo, el duque acabará disculpándose ante el Papa por su trato con Savonarola y mostrando una total indiferencia ante el suplicio y muerte del fraile. Cf. Ridolfi, *Vita*, 277. 346-347 y 426» (texto de Juan Manuel Forte Monge tomado de la obra ya citada: *La simplicidad...*, p. 71, nota 1).

<sup>6</sup> Fil 4,7.

<sup>7</sup> Ef 1,3.

Escrituras, o porque, en fin, el hábito de leerlas sin aplicación hace que confundan el conocimiento pleno de las mismas.

Pero he aquí que, al ponernos nosotros a predicar la verdad y la simplicidad de Cristo, algunos, despertando de un profundo sueño, han vuelto a la verdadera fe cristiana y la viven con perseverancia. Otros, sin embargo, a modo de «judíos», no estando dispuestos a abandonar sus vanas prácticas devocionales, para no sustituirlas por una purificación interior del corazón<sup>8</sup>, desprecian la simplicidad predicada por Cristo y no dudan en ir de casa en casa para desacreditar mis enseñanzas, intentando confundir de todas las maneras el corazón de los simples. Y tampoco faltan quienes, no tolerando ver condenados sus propios vicios -aunque sean de dominio público-, no se limitan a las palabras, sino que llevan a cabo una persecución armada contra mi persona.

En esta situación, sabiendo que la salvación se ofrece a todos, pero que sólo unos pocos la aceptan, sabiendo también que son mucho más numerosos los enemigos que los partidarios de la verdad, y sabiendo, por último, que en todas partes son muchos los corruptores de la pura doctrina de Cristo y pocos sus defensores, y deseando que las almas no fracasen bajo la presión de tantos opositores tenaces y feroces, he decidido recoger en un breve compendio las piedras angulares de mi predicación pública en defensa de la verdad cristiana.

¡Tal es la fuerza de la verdad, que sus enemigos jurados se avergonzarían si la desafiaran abiertamente! Por eso, los tibios y los corruptos, sin atreverse a contradecir la doctrina desnuda y pura que siempre he expuesto, están muy ocupados, aquí en Florencia y en todas partes, en corromper e interpretar tendenciosamente mis palabras, añadiendo y cortando a su antojo, para así hacerse pasar como enemigos, no de la verdad, que lo son, sino de la falsedad y de las doctrinas heréticas [que a mí me atribuyen].

Por eso, para poner fin a su perversidad y para que podáis conservar y defender mejor la verdad que habéis conocido

---

<sup>8</sup> Cf. Mt 23,25.

directamente por mí, o a través de otros que me han escuchado, he publicado este pequeño tratado sobre *La simplicidad de la vida cristiana*.

En él me esforzaré por argumentar apoyándome en el razonamiento natural más que en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Y haré esto en consideración de los incrédulos y de las personas de cultura mundana, como son los filósofos, los oradores, los poetas y otras mentes orgullosas, los cuales califican al cristianismo como superstición y cambian su simplicidad por la necedad. También lo haré en consideración a la triste condición en la que se encuentra nuestra época, ahora que la fe ha decaído y la visión sobrenatural de la realidad parece haberse extinguido, de modo que no podría decir cuántos son los que profesan la fe cristiana sobre la base de un [mero] hábito arraigado en ellos desde la infancia y cuántos son los que lo hacen por [una auténtica] adhesión sobrenatural.

[Ciertamente,] a juzgar por el enfriamiento de la caridad y por la falta de frutos de las buenas obras, sigo desconcertado ante la situación de los actuales cristianos.

Sin embargo, dado que la inteligencia es un don compartido por todos y que el presente tratado se basa en argumentos racionales, al menos el intelecto se convencerá de la verdad de la vida cristiana y comprenderá que la simplicidad no es una necedad sino algo propio de la sabiduría divina. Y, quién sabe, tal vez [mis enemigos] cesen su campaña difamatoria.

Estoy seguro de que, por la gracia de Jesucristo, no es posible encontrar en este tratado nada contrario a las Sagradas Escrituras, a las enseñanzas de los santos Doctores y a la doctrina de la santa Iglesia romana, a cuyo juicio me someto hoy como ayer. Espero que se encuentre la plenitud de esa verdad que desde el Cielo bajó sobre nuestros antepasados en la fe, los cuales la predicaron en todas partes, la confirmaron con signos maravillosos y nos la transmitieron por medio de sus escritos, para alabanza y gloria de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo son un solo Dios, bendito por los siglos de los siglos. Amén.



## PROEMIO

*«Ten una idea del Señor que sea verdadera y búscalo con un corazón sencillo, porque lo encuentran los que no lo tientan y se revela a los que no desconfían de Él»<sup>9</sup>.*

Nuestra salvación parte de un correcto conocimiento de Dios. Y así como el gusto de la persona con fiebre no puede juzgar con certeza si un vino es bueno o no, así la sensibilidad espiritual del pecador no puede formarse una idea objetiva de Dios. De ahí que la Sabiduría increada en sus primeras líneas nos exhorte diciendo: *«Ten una idea del Señor que sea verdadera»*. Pero como no basta con tener un concepto correcto de Dios, siendo también necesario caminar hacia Él con un amor simple y sincero, por eso añade: *«y búscalo con un corazón sencillo»*.

Así como el vapor, comprimido en la nube, se esfuerza por expandirse hacia afuera y presiona por todos lados hasta que al fin estalla impetuosamente, así el amor no puede permanecer oculto. Del mismo modo, el amor a Dios se esfuerza por expresarse a través de las [buenas] obras y no descansa hasta haber cumplido su propósito. Por tanto, quien cree que puede encontrar a Dios sin realizar [buenas] obras, en cierto modo lo tienta y se consume en un esfuerzo insensato, ya que, como está escrito en el libro de la Sabiduría: *«lo encuentran los que no lo tientan»*.

La expresión «encontrar a Dios» significa estar cara a cara con Él [contemplando su rostro], y eso se lo ha prometido Dios a aquellos que lo aman. Por tanto, dirijamos sin vacilar nuestras mentes, corazones y obras hacia Él, perseverando, *«porque lo veremos tal cual es»*<sup>10</sup>. Por eso la Sabiduría concluye diciendo que *«se revela a los que no desconfían de Él»*.

Citando este texto sagrado he resumido el plan de este tratado y el orden en el que se va a desarrollar. Así pues, será oportuno

---

<sup>9</sup> Sab 1,1-2.

<sup>10</sup> 1Jn 3,2.

analizar detenidamente cada una de estas afirmaciones, pues ello servirá para aclarar mi intención.

**[Primera afirmación: ten una idea del Señor que sea verdadera]**

[Comencemos con la primera afirmación:] «*Ten una idea del Señor que sea verdadera*». Utilizamos el término *natural* para referirnos a las cualidades que Dios ha puesto en los individuos y que son comunes en una misma especie. Consideramos que la mansedumbre de las ovejas es natural, ya que es un hecho común a todas ellas. Por eso se dice que son naturales para el intelecto humano aquellas verdades que han encontrado adhesión universal por parte de las personas de todas las épocas, porque, en cuanto son captadas por la inteligencia, el sentido común las acepta como verdaderas. Estas sólidas verdades son evidentes por sí mismas y se hallan a la base de cualquier otra afirmación, por lo que son llamadas por los filósofos *primeros principios* del saber.

Ahora bien, es innegable que es comúnmente aceptada esta afirmación: *la buena voluntad hace justas a las personas*. En efecto, la bondad brota de esta raíz, sin la cual no es posible llamar *bueno* a un individuo. También es cierto que si alguien hace obras buenas pero con una mala intención, o quizás sólo con una intención no del todo recta, no podríamos llamarlo bueno. Lo contrario es igualmente cierto: si uno, animado por una buena voluntad, hace algo malo por ignorancia, esto no bastaría para clasificarlo indudablemente como *malo*. Así pues, parece que hay un término de comparación seguro: sólo las buenas intenciones hacen buenas a las personas y sólo las malas intenciones las hacen malas.

Puesto que lo que es connatural al intelecto humano no puede ser falso –ya que toda cosa natural es obra de Dios, el cual es la verdad suprema–, es válida e inapelable esta otra afirmación: *es buena la persona que tiene una buena voluntad*, es decir, la persona que no se corrompe interiormente. Y la buena voluntad procede de un amor ordenado, el cual, según común acuerdo, consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Ciertamente, la voluntad de cada persona puede actuar así según su inclinación *natural* –o instintiva–. Pero, como enseña la verdad católica, no cabe

duda de que, si amamos a Dios y al prójimo según el don sobrenatural de la gracia y de la caridad que Dios infunde en nosotros, entonces nuestra buena voluntad será absolutamente perfecta.

Por tanto, podemos afirmar, con razón, que, en sentido absoluto y propio, la buena voluntad consiste en la rectitud del corazón que ha sido penetrado por el don de la gracia y la caridad, por lo cual el ser humano, en la medida en que es posible para la naturaleza mortal, conoce a Dios no tanto de forma intelectual cuanto de forma sensitiva, saboreando [interiormente] su presencia invisible. Pues el conocimiento de Dios se hace «sabroso» en la medida en que el ser humano no se limita a especular sobre Él, sino que lo siente interiormente y se pone a su servicio [para hacer su voluntad]. Por eso es tan buena la exhortación de la Sabiduría que dice: «*Ten una idea del Señor que sea verdadera*».

### **[Segunda afirmación: búscalo con un corazón sencillo]**

La bondad y la simplicidad están conectadas, pues la una no puede encontrarse sin la otra. Por eso la Sabiduría añade: «*búscalo con un corazón sencillo*». En efecto, dado que la cualidad que hace que alguien sea un ser humano está vinculada a la de ser capaz de progresar educativamente, así también están vinculadas la bondad y la simplicidad, la santidad y la rectitud.

Por lo demás, así como es inconcebible que el ser humano sea al mismo tiempo una criatura incapaz de elevarse racionalmente, no es razonable pensar que uno sea santo sin ser moralmente recto. Por naturaleza, tenemos la convicción de que, puesto que se juzga [a las personas] a partir de su conducta exterior, quien no se comporta exteriormente con simplicidad no puede ser considerado un santo. Y no es difícil demostrarlo basándose en la experiencia cotidiana. Tomemos a cualquier individuo, sea alguien creyente o ateo, bueno o malo, altivo o modesto, el cual escuche decir que alguien es muy bueno y santo, pero después, cuando lo conoce, lo ve adornado con valiosas vestimentas, comiendo espléndidamente y viviendo en una magnífica y ornamentada casa, y le oye hablar con refinada elocuencia, y ve, en fin, que en todo lo que dice y hace no muestra ninguna simplicidad, entonces aquel individuo se quedara

sorprendido y se dirá a sí mismo: «En verdad, esta persona no es el santo que todos piensan».

Obviamente, esto se debe a que en los seres humanos está activa esta capacidad fundamental de juicio: que la simplicidad de corazón genera la rectitud de vida y la santidad sólo es creíble cuando se muestra en la actividad exterior. De ahí que la Sabiduría increada, tras decirnos: «*Ten una idea del Señor que sea verdadera*», continúe diciendo: «*y búscalos con un corazón sencillo*».

### **[Tercera afirmación: porque lo encuentran los que no lo tientan]**

Algunos, sin embargo, podrían creer que a Dios le basta con la simplicidad interior, aunque ésta falte en lo exterior, porque Dios mira el interior y no las obras<sup>11</sup>. Por eso la Escritura continúa diciendo: «*porque lo encuentran los que no lo tientan*». Parece que Cristo se refería a esto cuando dijo: «*¡Qué difícil es para los que tienen riquezas entrar en el Reino de Dios!*»<sup>12</sup>. Es prácticamente imposible poseer bienes sin que el corazón esté apegado a ellos. Hablando del rico, el sabio [Jesús ben Sirá] había dicho: «*¡Dichoso el hombre rico que se encuentra sin mancha, que no ha corrido tras el oro ni ha puesto su tranquilidad en las reservas de dinero! ¿Quién es él? Debemos proclamarle dichoso, porque ha hecho maravillas en su vida*»<sup>13</sup>. No hay duda: basta con la simple experiencia, sin ningún otro argumento, para convencernos plenamente de lo difícil que es poseer riquezas temporales y no amarlas, y no caer en la trampa del pecado teniendo disponibilidad de muchos recursos. En la actualidad son pocos –de hecho, muy pocos– los ricos que realmente se atienen a la rectitud propia de una auténtica vida cristiana.

Ahora bien, las palabras del Salvador, nuestro Dios, deben ser examinadas cuidadosamente y con sensibilidad espiritual en todo momento. Así se verá cómo es posible poseer riquezas terrenales junto con la simplicidad de corazón, tanto interior como exterior. Tenemos ejemplos de ello en Abraham, Isaac, Jacob y los demás patriarcas; de hecho, no puedo encontrar ningún santo, ni en el

---

<sup>11</sup> Cf. 1Sam 17,7.

<sup>12</sup> Lc 18,24.

<sup>13</sup> Eclo 31,8-9.

Antiguo ni en el Nuevo Testamento, que, habiendo sido dotado de bienes mundanos, no llevara una vida sencilla, de acuerdo con su condición. Ya que el Señor no ha dicho que «es extremadamente difícil para el rico avaro, soberbio o lujurioso entrar en el Reino de los Cielos», sino que se refiere a los ricos en general y, por tanto, su advertencia debe entenderse como aplicable a cualquier persona rica. Y esto es así para que se sepa cómo incluso los buenos ricos, si se esfuerzan por vivir honestamente, podrán alcanzar su salvación, aunque con dificultad. Esto es lo que ha afirmado el sabio [Jesús ben Sirá] anteriormente: «[el rico que se encuentra sin mancha] ...ha hecho maravillas en su vida»<sup>14</sup>.

En efecto, al rico deshonesto se aplican las palabras del Señor, cuando añade: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que entre un rico en el Reino de Dios»<sup>15</sup>. Mientras no se convierta no podrá pretender entrar en ese Reino. Si esta meta ya es difícil para el rico que busca vivir con rectitud, ¿qué debemos decir de ese otro rico que en el uso de los bienes no se impone ningún límite ni actúa con simplicidad exterior?

Quien dice poseer la simplicidad de corazón, pero no la traduce en la vida concreta, es como quien lleva fuego en su regazo: si entonces reza para que su vestimenta no se queme, ¿qué hace sino tentar a Dios? Por eso encontramos escrito: «lo encuentran los que no lo tientan», lo que equivale a decir: busca a Dios con simplicidad de corazón, pero no te engañes diciendo que lo has encontrado si no practicas la simplicidad exterior, ya que sólo se deja encontrar por los que no lo tientan.

Pero esto es algo que hacen quienes actúan en contra de la ley divina que advierte: «No tientes al Señor tu Dios»<sup>16</sup> y, por tanto, no merecen encontrarlo. Dios es tentado por aquellos que, sin estar dispuestos a practicar una mayor simplicidad, quieren recibir y conservar intacto ese valioso don de Dios que es la simplicidad de

---

<sup>14</sup> Eclo 31,9.

<sup>15</sup> Lc 18,25.

<sup>16</sup> Mt 4,7; cf. Dt 6,16.

corazón. Éstos, repito, se comportan como aquel que, llevando fuego en su regazo, le pide a Dios que no se quemen sus vestidos.

Podemos entonces afirmar que hemos encontrado a Dios –el cual está en todas partes–, cuando a través de uno de sus dones gratuitos manifiesta en nosotros su presencia benéfica. Puesto que el que tienta a Dios no experimenta su intimidad a través de la gracia divina, decimos con razón que Dios se reserva para los que no ponen a prueba su benevolencia.

**[Cuarta afirmación: el Señor se manifiesta en aquellos que no confían en sí mismos]**

Como algunos podrían calificar de insensatez no proveerse de las cosas necesarias –junto con otros bienes no esenciales– en vista de los peligros futuros, el sabio [Jesús ben Sirá] añade lo siguiente: *El Señor se manifiesta en aquellos que no confían en sí mismos [con autosuficiencia]* <sup>17</sup>. Ciertamente, la providencia divina se extiende a todas las criaturas, incluso a las más insignificantes, y por ello es seguro que podrá ayudarnos en el futuro, pues se preocupa más por los seres humanos que por las criaturas irracionales.

Nosotros mismos estamos más preocupados por las cosas de valor que por las que tienen menos valor. De ahí que estar ansiosos por el futuro es una forma de desconfianza en Dios. Pero nuestro Salvador nos anima a corregir este defecto con estas palabras: «*No os inquietéis diciendo: "qué comeremos, qué beberemos o con qué vestiremos nuestro cuerpo"*»<sup>18</sup>. Y trae inmediatamente después el ejemplo de las criaturas irracionales y las puramente vegetales, que no piensan en su propio futuro y, sin embargo, la providencia divina las alimenta y gobierna. [El Señor] dice exactamente: «*Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, pero vuestro Padre celestial las alimenta, etc.*»<sup>19</sup>. Que es como decir: «Nadie puede dudar de que Dios tiene un especial cuidado por la humanidad, fundamentalmente por los elegidos, a quienes todo contribuye a su bien. Y así, si a las

---

<sup>17</sup> Cf. Eclo 31,8-9.

<sup>18</sup> Mt 6,31.

<sup>19</sup> Mt 6,26.

criaturas más bajas no les falta lo necesario, ¿cuánto menos puede faltarle al ser humano, especialmente a los que confían en Dios?».

Aquellos otros que, sin embargo, trabajan por su propio mañana, no pueden negar que su fe es más bien débil, según lo dice Jesús, nuestro Salvador, en el mismo pasaje: «*Si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana será quemada, ¿cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe?*»<sup>20</sup>.

Así pues, es necesario poseer una fe tal que nos lleve a creer que, viviendo con simplicidad y contentándonos únicamente con las cosas necesarias de que disponemos actualmente –de acuerdo con el decoro que exige nuestro estado–, Dios no nos abandonará en todo lo que exceda a nuestras fuerzas. Así podremos liberar nuestra alma de muchas preocupaciones y meditar con más facilidad la verdad divina y, practicando la oración, Dios se dignará a revelarnos, de diversas maneras, una luz que, de otro modo, nos resultaría inalcanzable. Por eso la Sabiduría concluye diciendo: «*se revela a los que no desconfían de Él*». O, en otras palabras, se revela a quienes viven con simplicidad y dejan de atormentarse con pensamientos sobre el futuro; y confían más bien en quien tiene especial cuidado de ellos, en quien los exhorta paternalmente diciendo: «*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y el resto se os dará por añadidura*»<sup>21</sup>. Así estaréis libres de las angustias mundanas, y el Señor os mostrará su rostro, iluminándoos con su claridad eterna, pues «*se revela a los que no desconfían de Él*».

### [Esquema de esta obra]

Por lo que se ha dicho hasta ahora, es evidente el orden que seguiré. Dado que mi intención es tratar sobre la simplicidad cristiana, es lógico que veamos primero la esencia de la vida cristiana. Como la simplicidad de corazón es consecuencia de una vida esencialmente recta y santificadora, y nadie puede adquirir o conservar una simplicidad interior si no la manifiesta exteriormente en sus acciones, eliminando la superficialidad y las posesiones superfluas, se deduce que, tras tratar sobre la bondad de la vida cristiana, hablaremos de la simplicidad interior y luego de la

---

<sup>20</sup> Mt 6,30.

<sup>21</sup> Mt 6,33.

simplicidad exterior y de la necesidad de liberarse de las posesiones superfluas. Finalmente, puesto que a través de la simplicidad, el alma –liberada de los cuidados mundanos– comienza a ascender, elevándose a la contemplación de las cosas divinas, hablaremos sobre la gracia y la felicidad que, en esta y en la otra vida, proceden de la espiritualidad cristiana.

La naturaleza obra siguiendo una inteligencia que no puede errar. Por ello, en la generación de los seres, primero introduce en ellos la forma sustancial –que les da el ser– y a continuación los caracteres individuales y los caracteres comunes a la especie a la que pertenece cada individuo<sup>22</sup>. Y una vez hecho esto, buscando llevar a la perfección a cada nuevo ser, elimina en él lo superfluo y se esfuerza por dirigirlo a su fin adecuado. Por ejemplo, en la generación del ser humano, Dios, a través de la naturaleza, conforma el ser que corresponde al ser humano mediante la introducción del alma intelectual. Después introduce sus caracteres particulares, como son su capacidad de entender y su capacidad de reír. A continuación, siguiendo el orden natural, introduce otros elementos secundarios como la altura, el color de la piel y los rasgos fisionómicos. Entonces, a medida que el niño crece y se convierte en adulto, por obra de la naturaleza se libera de los elementos superfluos de las etapas anteriores y, finalmente, por instinto natural, se esfuerza por alcanzar la felicidad.

Del mismo modo, al esbozar nosotros la personalidad del cristiano, primero examinaremos la esencia de la vida cristiana, que consiste en la gracia sobrenatural; en segundo lugar, trataremos sobre la simplicidad de corazón, una propiedad que acompaña a tal forma; a continuación, en el plano de las contingencias extrínsecas, nos fijaremos en la simplicidad exterior; en cuarto lugar, descartaremos las cosas superfluas; y, finalmente, indicaremos al cristiano dónde está su perfecta felicidad.

---

<sup>22</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I, q. 44; I, q. 90.

## I. LA ESENCIA Y LOS FUNDAMENTOS DE LA VIDA CRISTIANA

### 1. LA VIDA CRISTIANA CONSISTE EN LA IMITACIÓN DE LOS EJEMPLOS Y LAS ENSEÑANZAS DE CRISTO

A la hora de determinar el significado de las cosas, hay que atenerse siempre al uso común. En efecto, mientras que al *pensar* es mejor adherirse a la opinión de unos pocos sabios, al *hablar* debemos seguir la costumbre de la mayoría.

Pues bien, sabemos que todo el mundo entiende por *vida cristiana* lo que se ha dicho anteriormente, ya que los que se esfuerzan por imitar a Cristo, o los que, al menos, han prometido en el Bautismo imitarlo, se llaman *cristianos* en el verdadero sentido de la palabra. Pero si no lo hacen en la práctica, son cristianos sólo de nombre, pero no de facto.

Son verdaderos cristianos y, por tanto, dignos de este título, sólo aquellos que con su *intelecto* creen firmemente, sin vacilar, que Cristo crucificado es verdadero Dios y verdadero hombre: Hijo de Dios y de la Virgen María; y que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un único Dios y tres Personas verdaderamente distintas. Y asimismo se adhieren con fe a todas las demás verdades que las Sagradas Escrituras y la santa Iglesia romana nos proponen creer.

Con respecto a la *voluntad*, son verdaderos cristianos quienes aman a Dios y a nuestro Señor Jesucristo por encima de todo, y al prójimo tanto como a sí mismos, observando todos los mandamientos de la Ley [divina], los cuales provienen de este doble amor.

En lo referente a la parte *sensitiva*, los verdaderos cristianos se esfuerzan todo lo posible por mantener los apetitos de la parte sensorial y los sentidos sometidos a la razón, evitando cuidadosamente alimentar la concupiscencia de la carne.

Respecto a los otros *impulsos corporales*, se esfuerzan por hacer todas las cosas con moderación, para mantener el cuerpo sujeto al

alma, actuando de tal manera que no despierten las desaprobaciones de los demás.

En cuanto a los *bienes exteriores*, se comportan como el enfermo que toma sólo la cantidad de medicina que considera necesaria para recuperar la salud. Así, el cristiano utiliza las riquezas, la gloria, los títulos, los honores y otros bienes corporales para las necesidades temporales y espirituales de la vida, y no para el servicio del orgullo, la lujuria o la avaricia.

En lo referente al *culto divino*, habiendo abandonado toda superstición y culto superfluo, las personas genuinamente cristianas honran a Dios interiormente por medio de la fe, la esperanza y la caridad, mientras que en las ceremonias externas se ajustan a aquellos modos rituales que Cristo, los apóstoles, los santos Padres y la Iglesia han establecido hasta ahora o establecerán en el futuro.

En conclusión, llamamos cristianos a los que en todas estas cosas han resuelto perseverar hasta el final, de modo que preferirían soportar mil muertes antes que desviarse de este modo de vida. De ellos decimos que llevan una vida verdaderamente cristiana.

## **2. LA VIDA CRISTIANA ES LO MEJOR QUE SE PUEDE ENCONTRAR O, INCLUSO, IMAGINAR**

Esto se deduce, en primer lugar, del final de la vida humana. En efecto, no puede haber objetivo más noble que el que nos propone el ideal cristiano: la contemplación de la Esencia divina. Y esto será aún más evidente en base a lo que diremos a continuación.

En primer lugar, el ser humano no puede llegar a la contemplación de las cosas divinas si no empieza por la purificación del corazón. Pues bien, la vida cristiana también sobresale en este aspecto sobre cualquier otra concepción de la existencia humana. De hecho, no se halla una mayor purificación que la que se experimenta en el cristianismo.

Así, se define como *puro* lo que no está mezclado con otras sustancias, especialmente si son inferiores y la degradan. El oro, por

ejemplo, es puro cuando no tiene ninguna porción de elementos inferiores como el plomo o, incluso, la propia plata. Por ello, dado que Dios es el fin del ser humano, cuando una persona se une intelectual o afectivamente con otras criaturas, especialmente inferiores, haciendo de ellas su fin último, podemos considerar que dicha persona está contaminada. Y, al contrario, cuanto más se libera uno del amor a las criaturas, más se purifica.

De esta forma, la pureza del corazón humano reside en alejar de su apetito y de su voluntad el apego [desordenado] a las criaturas. Ahora bien, es imposible encontrar un sistema más completo y perfecto de desprendimiento del deseo de las realidades mundanas que el que predica la religión cristiana, la cual enseña y exhorta a las personas a evitar, no sólo el apego a las cosas terrenales y carnales, sino incluso a desembarazarse del amor propio [egoísta].

Dado que el ser humano no puede vivir sin ninguna forma de amor, el cristianismo declara que hay que amar a Dios sobre todas las cosas, incluso más que a uno mismo. Y si una persona se ama a sí misma o a las criaturas, la religión cristiana le enseña a hacerlo por amor a Dios: amándole en las criaturas mismas, de tal modo que toda forma de amor tienda a Él. Pues bien, el ser humano sigue amando a Dios en sus criaturas cuando no piensa, dice ni hace nada contrario a los mandatos divinos, o cuando no sirva para acrecentar su gloria y honor. Y esto se hace para que el ser humano tienda totalmente hacia Dios y llegue a unirse plenamente a Él, convirtiéndose así en «divino». Y, evidentemente, no se puede encontrar ni pensar una vida mejor que ésta.

Sin embargo, algunas personas podrían sugerir que el ideal cristiano contiene un grave error, ya que adorar y venerar a una persona crucificada puede ser interpretado como una aberración. Por ello, he de subrayar que la sublime vida cristiana depende totalmente de la fe en Cristo crucificado y que fuera de esta fe esta vida no se halla. En consecuencia, adorar a Cristo muerto en la Cruz no es, en modo alguno, un error, ya que nunca un efecto puede ser más noble que su causa.

En otros lugares y de diferentes maneras he demostrado la verdad de la fe en Cristo<sup>23</sup>, así que no nos extenderemos más. Por ello, para exponer que ningún otro culto religioso puede ser superior al cristiano, sólo tengo que demostrar que ningún tipo de vida es mejor que la cristiana. Porque el fin del culto a Dios es vivir de un modo honesto y feliz. Por tanto, ya sea por el propósito perseguido o por la purificación del corazón, es evidente que el cristianismo es mejor que cualquier otra forma de vida.

### 3. LA VIDA CRISTIANA NO SE BASA EN NINGÚN AMOR NATURAL HUMANO

Por *amor natural* –o físico– entiendo la inclinación que siente el cuerpo humano en cuanto tal o, dicho de otro modo, el amor que se siente en la parte vegetativa del alma. Se trata, por tanto, de un amor que no procede de ningún acto cognoscitivo intrínseco, sino sólo del instinto natural adquirido al nacer y que es transmitido por la naturaleza.

Dado que todos actúan buscando un objetivo específico, cada acción se deriva de un determinado tipo de amor. Y puesto que definimos *vida* como el comportamiento o la ocupación a la que un ser humano está acostumbrado –de tal forma que la *vida contemplativa* es la de aquellos que se dedican [principalmente] a la contemplación y la *vida activa* es la de los que se ocupan [principalmente] de la acción–, el *amor* del que deriva el comportamiento o la actividad propia de cada hombre se puede definir como la raíz de su actuar y de su vida, de su comportamiento y de su actividad.

Por tanto, también la vida cristiana debe tener su raíz en un particular tipo de amor. Pero es imposible que tenga su origen en un amor natural, ya que todo cristiano sabe por experiencia que su modo de vida se origina enteramente en la fe y el amor a Cristo crucificado y, obviamente, este amor dista mucho del que puede llamarse natural.

---

<sup>23</sup> Sobre todo en *El triunfo de la cruz*.

#### 4. LA VIDA CRISTIANA NO PUEDE SURGIR DE LA PARTE SENSITIVA DEL SER HUMANO

Dado que toda persona está dotada de intelecto y de sentidos, ni que decir tiene que el primero debe guiar a los segundos y no a la inversa. La vida cristiana, en cambio, es básicamente espiritual y está regulada de acuerdo con la razón, como es bien sabido. Por tanto, ésta no puede actuar según lo dictado por la parte sensitiva del alma.

Algunos individuos, sin embargo, partiendo del hecho de que la imaginación mueve impetuosamente en todas direcciones a los seres humanos y a los animales, afirmaron que la vida cristiana procede en realidad de la acentuada imaginación con la que los cristianos se imaginan que Cristo crucificado es Dios.

[¿En qué se basan esos individuos para afirmar tal cosa?] Vemos, por ejemplo, que si alguien camina sobre una viga colocada a gran altura, e imagina que se va a caer, pronto acaba cayéndose, víctima de la imaginación. Igualmente, pensemos en esos procesos en los que el cuerpo reacciona instintivamente ante determinados pensamientos: sabemos, por ejemplo, que el cuerpo se escita lujuriosamente ante determinadas fantasías eróticas y que se enerva de ira ante el recuerdo de los insultos recibidos. Por estas razones, dichos individuos afirmaron que los cristianos son llevados a amar lo que aman y a actuar como actúan, porque son movidos por las fuertes imaginaciones que les provoca Cristo clavado en la Cruz y por las cosas predicadas por Él y sus apóstoles. Aquí se demuestra, según esos individuos, que la vida cristiana es fruto de la parte sensitiva del alma.

Sin embargo, no nos será difícil demostrar que todo esto es tan falso como ridículo. En primer lugar, porque lo natural [o esencial] es más íntimo y arraigado que lo accidental [o casual]: por ello, el conocimiento natural está en nosotros mejor enraizado y es más fiable que el conocimiento accidental. Por ejemplo, el conocimiento de los primeros principios, que es intrínseco al intelecto, es más inmediato y veraz que el conocimiento de las conclusiones. Y puesto que quien razona está obligado a pasar por las representaciones mentales de la parte imaginativa del alma, no cabe duda de que este tipo de

imágenes –las cuales sirven de conocimiento natural al intelecto– son más aptas para imprimirse en la imaginación que aquellas destinadas al conocimiento accidental u ocasional, sobre todo si se trata de conjeturas engañosas u opiniones falsas.

Ahora bien, el conocimiento de Dios y de las virtudes morales que tuvieron los filósofos es inherente al ser humano por naturaleza, al estar basado dicho conocimiento en la raíz de la luz natural [de la razón]. Por contra, saber que Cristo es Dios y que fue clavado en la Cruz por nosotros, y saber las otras verdades de la fe, no puede ser de ninguna manera fruto del razonamiento natural: todo lo contrario, no parece haber nada en el mundo más extrínseco, paradójico e imprevisible a nuestra naturaleza.

Si, por tanto, como dicen aquellos individuos, la vida cristiana procede de una potente representación imaginaria de Cristo crucificado, de Dios [Padre], de su providencia y del amor a las virtudes morales, no debe dudarse de que, por la misma causa, podría derivarse un tipo de vida aún mejor que la cristiana o, al menos, igual de buena, ya que [como se ha dicho] la representación imaginaria que se deriva de los principios de la luz natural de la razón tiene mayor potencia que aquella que es accidental u ocasional.

Por tanto, la vida que se deriva de la ciencia y de las teorías filosóficas debería ser mucho más perfecta que aquella que procede de una potente representación imaginaria de Cristo crucificado. Lo cual es manifiestamente falso [por dos razones]: en primer lugar, porque –como ya dijimos– es imposible concebir una vida más elevada que la de los cristianos; y, en segundo lugar, porque los filósofos no proponen ninguna norma moral –de acuerdo con la recta razón– que no se encuentre ya en la doctrina moral cristiana y, además, en grado eminente.

La justicia humana, en efecto, se expresa en estas dos ideas: huir del mal y adherirse al bien. En ambos casos, la vida cristiana supera la que los filósofos de todos los tiempos han sido capaces de concebir. De hecho, los [verdaderos] cristianos rechazan incluso las más pequeñas e imperceptibles inclinaciones al mal, de las que los

filósofos paganos no tenían constancia o [, a lo sumo,] trataron de un modo demasiado superficial.

Además, los cristianos tienden al bien divino de una manera que ni siquiera los más sabios filósofos han sospechado que fuera posible e, incluso, han ignorado por completo. En efecto, nunca hemos visto ni oído hablar de nadie que, mediante el conocimiento y la meditación de ideas filosóficas –ya sean especulativas o éticas–, haya alcanzado ese grado de pureza interior que es propio de la vida cristiana. Ni siquiera aquellos maestros y representantes supremos del mundo filosófico en los que, como suele decirse, parecía que la naturaleza había hecho todo lo posible por crearlos perfectos –como Pitágoras, Sócrates, Platón y todos aquellos otros que son ensalzados por los paganos–, ni siquiera ellos fueron capaces de adquirir esa cantidad de virtud y santidad que bastaría para situarlos a la altura de los santos niños cristianos.

De hecho, todo lo que se dice de la virtud y de las buenas obras de los maestros paganos, puede decirse igualmente, y con absoluta verdad, de estos niños cristianos, con la diferencia de que los primeros lo hacían todo para ganar gloria personal, mientras que nuestros santos niños, desdeñando toda vanagloria, sólo buscaban glorificar a Dios, y realizaban muchos y buenos ejercicios, como la oración, el autodomínio de sus cuerpos y el amor a Dios y al prójimo, lo cual los filósofos no sólo no podían hacer, sino que ni siquiera podían imaginar.

Por tanto, si ni el conocimiento racional, ni la contemplación, ni la intensa imaginación de las realidades divinas o de las virtudes morales –las cuales son inherentes a nosotros por naturaleza y llevadas a la perfección mediante el ejercicio–, jamás han llevado a un solo filósofo a un grado de existencia comparable a la vida cristiana, y si se niega que Cristo crucificado es Dios, entonces, ¿cómo podría Éste haber conducido a los cristianos a aquella vida incomparablemente mejor que cualquier otra? ¿Una potente representación imaginaria de tal ignorancia y falsedad podría conducir, en virtud de una intensa imaginación, a una forma de vida que –en la teoría y la práctica– supera a todas las demás?

Asimismo, si esta vida tuviera como causa una intensa imaginación, la concepción cristiana de la vida no podría ser asumida por todas las personas, ya que no todas, sino muy pocas, están dotadas de una vívida imaginación. Sin embargo, sabemos, por la experiencia y los documentos históricos, que el cristianismo ha afectado a todo tipo de personas. Además, las personas cultas son poco susceptibles a las sugerencias imaginarias. Por el contrario, sabemos que muchas doctas personas en todos los campos del conocimiento han practicado la vida cristiana, llegando, si es necesario, al testimonio del martirio.

Hay que añadir, además, que si la intensa imaginación fuera capaz de tanto, cada uno podría vivir cristianamente como quisiera, puesto que cada cual podría moldear caprichosamente su propia imagen de Cristo y de las verdades de la fe. Pero sabemos por experiencia que eso es falso. Porque muchas personas que desean vivir cristianamente, vencidas por las pasiones, suelen retroceder después de empezar. Incluso los verdaderos cristianos saben el gran esfuerzo que supone vivir con coherencia, a causa de las muchas tentaciones [que les acosan]. Por el contrario, la imaginación es capaz de atraer a los animales casi con violencia, de modo que puede decirse que son movidos por esta fuerza más que por su propia elección. De hecho, este tipo de comportamiento no requiere ningún esfuerzo.

Asimismo, dado que una persona clavada en una cruz es, en sí, algo horrendo –si Cristo no fuera Dios–, y si, además, la meditación sobre un tema tan horrendo pudiera inducirnos por autosugestión a una vida tan elevada, entonces, con mayor facilidad podríamos lograr el mismo resultado mediante la meditación sobre cosas tan agradables y perfectas como una bella figura humana, o el sol, la luna y otras criaturas elevadas. En todo caso, quien quiera intentarlo, que lo intente, y descubrirá que el camino es erróneo. Pensemos que los antiguos se proveían de espléndidos dioses de madera o metal, incluso adoraban al sol y la luna y, sin embargo, no hicieron el mínimo progreso en lo que concierne a la santidad de la vida cristiana.

Concluyendo: puesto que el verdadero cristiano no actúa en contra de la recta razón, sino que se comporta con absoluta

racionalidad –creyendo, además, en ciertas verdades por su fe sobrenatural–, es evidente que la raíz de su comportamiento no reside en la parte sensitiva, sino en la parte intelectual de su alma.

## 5. LA VIDA CRISTIANA NO EMANA DE LA SOLA LUZ DE LA RAZÓN NATURAL

Así como en la naturaleza hay ciertas causas necesarias que producen siempre su efecto, otras que los producen casi siempre y otras cuyo efecto puede producirse o no, indistintamente, lo mismo ocurre con los argumentos y razonamientos del intelecto. Entre éstos, en efecto, están los que inclinan la mente, siempre y por necesidad, a asentir a las conclusiones: es lo que los filósofos llaman *demostración*. Otros razonamientos, de menor fuerza probatoria, pues inclinan al intelecto en la mayor parte de los casos, pero no siempre, se llaman *dialécticos* o *probables*; y, finalmente, hay otros que, si bien generan una cierta impresión de asentimiento, no son capaces de provocar que la inteligencia se incline hacia un lado u otro del dilema.

La experiencia cotidiana nos enseña lo difícil que es hallar algo seguro para el intelecto humano, y más entre filósofos, especialmente cuando hablan sobre cuestiones morales, apoyándose en las opiniones de las distintas escuelas. En efecto, en las escuelas filosóficas hay tantas ideas como mentes pensantes. Y ninguna solución resulta tan sólida que no pueda ser cuestionada por argumentos en contra. Por ello, es normal que las personas cultas cambien a menudo sus opiniones y que los discípulos desafíen no pocas veces a sus maestros.

Incluso si alguien adquiere una cierta convicción sobre la felicidad o la vida virtuosa, la experiencia nos muestra lo difícil que es para él adherirse a dicha convicción mediante el afecto. Entre mil personas, no encontrarás una que actúe en coherencia con sus convicciones y con un sentimiento de amor. Conozco a muchos astutos polemistas, pero pocos de ellos son coherentes. Y aunque algunos apoyan sus opiniones con el sentimiento y el propósito de obrar en coherencia, vemos que son muy pocos los que, en efecto, traducen dichas intenciones en hechos y lo hacen con perseverancia.

Por tanto, si es muy difícil aplicar el intelecto a las verdades morales a las que nos inclina la naturaleza, si es aún más difícil que un afecto se consolide acompañando al intelecto en una determinada obra, y si tan extremadamente difícil es que alguien ponga en obra lo que previamente ha pensado y amado y que luego persevere en ello, ¿cuánto mayor es la dificultad de mover los afectos hacia cosas sobre las que el ser humano no sólo no tiene el menor conocimiento natural, sino que, además, escapan por completo a la percepción de los sentidos y del intelecto?

Por el contrario, podemos ver a ciertos cristianos que están tan firmemente arraigados en las verdades de la fe, que no creen que exista nada más cierto ni más verdadero y antes prefieren soportar cualquier martirio que renegar de una coma de las Sagradas Escrituras. En ellos es tan intenso el amor por ciertas realidades nunca percibidas por los sentidos ni demostradas racionalmente, que por amor a ellas desestiman todas las cosas visibles como si fueran basura<sup>24</sup>. Practican las obras virtuosas con tal perseverancia y vocación, que no las interrumpen por ningún motivo ni dificultad; al contrario, se esfuerzan continuamente en crecer en la virtud, afanándose con ardor y generosidad en perfeccionar lo que han emprendido. Prefieren perder no sólo las riquezas y los honores, sino también la vida, antes que renunciar a la fe, al amor a Cristo y a la vida virtuosa.

Entonces, dada la inconstancia que el ser humano tiene respecto a las cosas que desea instintivamente, ¿de dónde vienen la firmeza y el convencimiento del cristiano? Ciertamente, no de la luz natural de la razón, ya sea porque las verdades que cree y ama no pueden ser demostradas por la simple razón natural, o ya sea porque –como hemos visto– ningún argumento racional puede bastar para darle convicciones tan profundas. Y esto es así porque ni siquiera aquellas disposiciones que nos son más connaturales, aunque vengan apoyadas por múltiples razones y persuasiones, son capaces de forzar el asentimiento del simple intelecto y mucho menos pueden provocar los sentimientos y las acciones que son propios de la vida cristiana.

---

<sup>24</sup> Cf. Fil 3,8.

Por otra parte, si la vida cristiana dependiera de la pura razón, ya que el objeto de la fe, el amor y la conducta cristianas no pueden demostrarse racionalmente, habría que concluir que las doctrinas cristianas son una mera opinión y no una ciencia. Pero resulta que una opinión es insuficiente para determinar una adhesión firme. Ahora bien, como la voluntad sigue al intelecto [y el intelecto sigue las percepciones sensoriales], se deduce que nadie puede amar firmemente lo que no ha visto antes, sin tener la certeza de que eso que ama existe realmente. Sabemos que el objetivo del cristiano no entra en la percepción sensorial, como está escrito en el libro de Isaías: «Jamás ningún oído oyó y ningún ojo vio a un Dios que no fueses Tú, haciendo las cosas que Tú has hecho por el que confía en Ti»<sup>25</sup>. Por tanto, si el cristiano no tuviera una certeza real, sino una mera opinión, no podría amar a Dios tan intensamente.

Por otra parte, dado que el fin es el motivo por el que se hacen todas las acciones y la medida de todos nuestros comportamientos, cuando el amor hacia el fin es débil: entonces se debilitan también todas las actividades dirigidas a ese fin. Vemos, por el contrario, que los verdaderos cristianos se comportan con fortaleza y magnanimidad tanto en situaciones favorables como adversas, actúan virtuosamente y tienden con perseverancia hacia Aquel de quien se dice en las Escrituras: «Buscad siempre su rostro»<sup>26</sup>. En efecto, es obvio que la vida cristiana no puede basarse en la pura razón natural.

Además, cuando se ama algo sin un fuerte impulso, este primer amor se debilita aún más con la llegada de un nuevo amor y se extingue. Ahora bien, si la vida cristiana tuviera su fundamento en la luz natural de la razón, la fe tendría que ser una mera opinión –como ya se ha dicho– y, por tanto, el amor a las realidades invisibles no podría mantenerse firme, sino que sería fácilmente arrollado por otras formas de amor. Pero experimentamos justo lo contrario: porque ni el amor a las riquezas terrenales, ni al placer mundano, ni

---

<sup>25</sup> Is 64,3; cf. 1Cor 2,9. Así dice Is 64,3 en la Biblia de Jerusalén: «Nunca se oyó. No se oyó decir, ni se escuchó, ni ojo vio a un Dios, sino a ti, que tal hiciese para el que espera en él».

<sup>26</sup> 1Cr 16,11; cf. Sal 27,8; 105,4.

a la gloria, ni siquiera el amor a uno mismo, ni el amor a la propia vida, pueden superar al amor a Cristo en un corazón cristiano. Por tanto, este amor no procede de la luz natural de la razón.

Y, en fin, no hay amor tan grande [como el amor a Cristo] –si excluimos el amor puramente natural e instintivo de los animales [por ejemplo, el de la osa por sus oseznos]– que no sea superado por la tristeza, por el dolor intenso o el miedo a la muerte. Así, vemos cómo los seres humanos cambian las riquezas, los honores, la gloria y todos los demás bienes materiales por la salud y la vida. Por el contrario, aunque el amor a Cristo no sea un amor natural, no existe ni dolor ni miedo a la muerte capaz de vencer al amor cristiano, como han atestiguado los innumerables mártires.

Por tanto, hay que concluir que la vida cristiana se basa en un principio diferente al de la pura razón.

## **6. LA VIDA CRISTIANA NO PROCEDE DEL INFLUJO DE LOS ASTROS O DE OTRAS CAUSAS NATURALES**

En efecto, las causas naturales, al ser de alcance universal, sólo actúan a través de agentes particulares. Vemos, por ejemplo, que [según dice la ciencia actual] los cielos no conducen a la germinación de una espiga en ausencia del grano o sin el material predisposto por alguien para la producción de dicho grano.

Entonces, si la vida cristiana dependiese de alguna influencia de los cielos, debería ser a través de la luz natural de la razón, de los sentidos o de la imaginación, o a través de las facultades vegetativas, del calor natural, o de las cualidades de otros elementos que componen el cuerpo humano. Pero ya hemos demostrado que la vida cristiana no puede tener su origen en ninguna de estas facultades del alma. Por tanto, tampoco puede derivarse de la influencia del cielo como causa universal.

Por otra parte, si la vida cristiana procediera de alguna de las facultades del alma, debería proceder de la razón, ya que es un tipo de vida eminentemente racional, desprovista de elementos que

repugnan a la recta razón. Sin embargo, la facultad intelectual es inmaterial y la materia no posee ningún poder sobre lo que es inmaterial. Por ello, ni el cielo ni las otras causas naturales pueden imprimir en el intelecto humano la inclinación hacia ese tipo de vida.

Además, ninguna cualidad natural actúa más allá de los límites impuestos por su propia naturaleza. Así, por ejemplo, el fuego no puede enfriar. Del mismo modo, ninguna energía corporal produce, por sí misma, efectos espirituales. Sin embargo, la vida cristiana es enteramente espiritual, puesto que los verdaderos cristianos, desprendiéndose de las cosas corpóreas, se elevan lo más posible al reino de las realidades espirituales. Por tanto, este modo de vida no puede proceder del influjo de los cielos, ni de cualquier otra fuerza de la naturaleza.

Añádase que, si Cristo crucificado no fuera verdaderamente Dios, como sostenemos los cristianos, ningún error en el mundo sería peor que adorar como si fuera Dios a una persona ejecutada en una cruz. Por otra parte, si se admitiera que no puede haber una existencia más excelente que la vida cristiana, si ésta fuera producida por la influencia del cielo o por otras causas naturales, se seguiría que de la misma causa nacerían a un tiempo estas dos cosas: el mayor de los errores (la adoración a una persona ejecutada en una cruz) y la más alta rectitud (la vida excelente), ambas conjuntadas inseparablemente en el cristianismo. Porque en verdad vemos que estas dos cosas son inseparables en un cristiano. Pero todo esto es inconcebible a partir de una causa de orden físico o natural.

Vemos también [según dice la ciencia actual] que el firmamento y las restantes fuerzas naturales crean cosas diferentes, dependiendo de la variedad de los tiempos y de los lugares, ya sea por la predisposición de la materia, o ya sea por la diversidad de influjos producidos por los astros, pues cada uno de ellos produce una acción particular.

Sin embargo, la vida cristiana no diferencia entre las diversas categorías de personas, ni se adecúa a la variedad de los tiempos. Tanto es así que –como podemos comprobar en la actualidad y como atestiguan los documentos del pasado– en todas partes y en todas las

épocas, la vida cristiana se ha reproducido en cualquier tipo de personas, ya sean éstas pequeñas o grandes, bárbaras o civilizadas. ¡En todas partes, en virtud de la predicación, los seres humanos se han convertido y se convierten a Cristo, sin variaciones que se puedan atribuir a la astrología o a la filosofía!

Además, si la fe y la vida cristiana se originasen en los astros, entonces la doctrina cristiana podría ser verdadera o podría ser falsa. Si fuese verdadera [entonces sería contradictoria consigo misma, pues] es imposible que se derivase de la acción de los cuerpos celestes, ya que la propia fe en Cristo condena tal tesis, y nos exhorta a mantenernos alejados de la astrología que les da culto y de aquella que es empleada [supuestamente] para adivinar el futuro a partir de su posición. De hecho, leemos en el libro de Jeremías: *«Esto es lo que dice el Señor: “No os comportéis como los pueblos [paganos] y no tengáis miedo de los fenómenos celestes [...]; ellos les temen porque sus leyes son vanas”»*<sup>27</sup>. Además, la sana doctrina afirma explícitamente que la vida cristiana no surge en modo alguno de la influencia de los cuerpos celestes o de otras causas naturales.

Por otra parte, si la doctrina cristiana fuese falsa y procediese de fuerzas astrales [sería una doctrina absurda, pues] se seguiría que los cielos inducen a los seres humanos a falsedades y a errores muy graves como, por ejemplo, a creer que una persona crucificada es Dios, y que Dios es uno y trino, y cosas similares. Y como, además, la fe en Cristo data de tiempos muy antiguos, tal y como muestran los testimonios del Antiguo y del Nuevo Testamento, habría que concluir que la influencia del cielo inclinó a los seres humanos a enormes errores prácticamente desde el principio. Asimismo, dado que la fe se ha extendido por todas partes en el mundo –incluso hasta el punto de que los musulmanes y los hindúes creen en Cristo a su modo y en cierta medida, y lo veneran–, se deduce que esta influencia no sólo se ha mantenido, sino que sigue manteniéndose.

Como seguidores de la religión más perfecta, los [verdaderos] cristianos –los cuales están libres de las tribulaciones y de las preocupaciones mundanas– deberían ser menos propensos a caer en

---

<sup>27</sup> Jer 10,2.3.

el error que el resto de la humanidad. El filósofo [Aristóteles] dice: «Sentándose y recogéndose, el ser humano se vuelve sabio»<sup>28</sup>. Por tanto, si los cristianos son inducidos por el cielo a cometer grandes errores, otros estarían mucho más inclinados a ello, y quizás a desviaciones mucho peores. De lo que se sigue que el cielo debiera inclinar a todas las personas –de todos los tiempos y lugares– a cometer siempre grandes errores. Y si es así, ¿no habremos de creer esto también respecto de los astrólogos y sus métodos, esto es, que también a ellos los induce el cielo a cometer errores?

Por tanto, si es una verdadera locura afirmar que los cielos u otras causas naturales inclinan al ser humano a la falsedad, entonces es necesario afirmar que la fe en Cristo no procede del cielo ni de otras causas naturales, ni procede de aquí su verdad o falsedad, tal y como demuestra nuestro razonamiento.

Podríamos añadir muchos más argumentos a favor de la conclusión anterior y así se pondría de manifiesto la insensatez de algunos astrólogos. Pero desde que Giovanni Pico della Mirandola – un hombre verdaderamente brillante y de singular cultura– escribió su libro<sup>29</sup> contra los astrólogos que pretenden adivinar el futuro, demostrando con sutileza y maestría la inconsistencia de esa vana superstición, no voy a añadir más palabras aquí.

## 7. LA VIDA CRISTIANA NO SE ORIGINA EN NINGUNA CRIATURA ESPIRITUAL

Todo efecto tiene una propensión natural a parecerse a la causa que lo produjo y a unirse a ella. Por tanto, si la vida cristiana se originara en una determinada criatura espiritual, el cristiano, como tal, tendería necesariamente a parecerse y a unirse a tal criatura. Pero vemos que no es así, ya que el verdadero cristiano se desprende en la medida de lo posible de las demás criaturas y, de ese modo, orientado hacia Dios, se esfuerza por pensar continuamente en unirse a Dios a

---

<sup>28</sup> ARISTÓTELES, *Naturalis auscultationis*, VII, III, 7.

<sup>29</sup> Giovanni PICO DELLA MIRANDOLA, *Disputationes adversus astrologiam divinatricem* (Bologna, 1495).

través de la contemplación, dejando a un lado el cuidado de las criaturas. Y si las ama, lo hace sólo como consecuencia de su amor a Dios.

Además, puesto que es manifiesto que hay ciertos espíritus malignos, a los que llamamos *demonios*, que se empeñan en inducir a los seres humanos a hacer el mal, tampoco nadie duda de la existencia de otros espíritus buenos, a los que llamamos *ángeles*, que mueven las esferas celestes, por estar más cerca de la causa primera [que es Dios].

Suponiendo que la vida cristiana procediese de una criatura espiritual, entonces tendría su origen en un espíritu bueno o en un espíritu malo. Ahora bien, no puede sostenerse que proceda de un espíritu malo, porque no explicaría la rectitud intrínseca de la religión cristiana. Pues, en efecto, ninguna causa produce, mantiene o incrementa algo que es directamente contrario a su propia naturaleza. Y más aún si tenemos en cuenta que los cristianos están en permanente conflicto con los demonios. Efectivamente, no sólo les niegan cualquier forma de culto, sino que predicán que no se puede adorar de ninguna manera al diablo. Y, de hecho, enseñan a todos a despreciarlo y maldecirlo, así como a protegerse contra el espíritu del mal con todo cuidado. Por eso la vida cristiana no tiene un origen diabólico, porque ningún efecto aborrece y niega su propia causa.

Si, por el contrario, la doctrina cristiana derivase de un espíritu bueno, al que llamamos *ángel*, entonces nuestra fe no puede ser falsa. Porque no se puede decir que una inteligencia inmaterial buena y justa (el ángel del bien) induzca a las personas de buena voluntad a vivir en el error, ya que, de ser así, eso debería proceder o bien de la ignorancia crasa o bien de la maldad de los ángeles. Pero cualquiera de estas imperfecciones debe ser excluida de criaturas tan perfectas. Porque si la fe no fuera verdadera, no podría haber mayor ignorancia ni mayor error que adorar a una simple persona crucificada y venerarla como a Dios.

Vemos y sabemos por experiencia que nadie puede vivir de manera cristiana si no cree primero que Cristo crucificado es verdaderamente Dios y lo adora como tal. Ésta es la exigencia básica de la doctrina cristiana, según lo dice el Apóstol: «*Quien se acerca a*

*Dios debe creer en su existencia y en cómo Él recompensa a los que le buscan»<sup>30</sup>. Luego añade que la justicia de Dios «viene por la fe en Jesucristo, para todo el que cree, sin excepción»<sup>31</sup>.*

Ahora bien, si la vida cristiana procediera de un ángel bueno, se deduciría que la fe no es un error sino la verdad. Y de ello, a su vez, se deduciría que la doctrina cristiana no se inspira en un ángel, sino directamente en Dios. Porque ella nos enseña que la vida cristiana requiere de la gracia divina, que es la única que Dios infunde sin mediación alguna en el alma, según dice el salmista: «*Es el Señor quien otorga el don de la gracia y la gloria*»<sup>32</sup>. Los ángeles, en cambio, son considerados como ministros de Dios, enviados a este mundo «*para servir a los que tienen parte en la herencia de la salvación*»<sup>33</sup>.

Además, dado que la rectitud del afecto, de la voluntad y de las obras procede directamente de la rectitud del intelecto, y en todo verdadero cristiano la rectitud de la voluntad y de las obras son inseparables, se deduce que esta rectitud no puede proceder de un error del intelecto. Y dado que la rectitud cristiana tiene su origen en la fe que profesamos en Cristo, tal fe no puede ser errónea, sino una verdad absoluta.

Puesto que los cristianos anhelan con toda su alma ver a Dios cara a cara y en dicha visión ponen su felicidad, hay que admitir que no se equivocan en esto. Y podemos demostrarlo de la siguiente manera, [primero:] en ellos el principio y el fin se corresponden, [segundo:] el fin del cristiano es la visión de Dios, según las palabras del Evangelio: «*Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado*»<sup>34</sup>, y [tercero:] la visión de Dios cara a cara sólo puede proceder del propio Dios. Y esto es así porque no hay correspondencia alguna entre la realidad finita de una criatura y la realidad infinita de Dios. En consecuencia, ninguna criatura podrá elevarse a sí misma -o a otra- a la visión de Dios.

---

<sup>30</sup> Hb 11,6.

<sup>31</sup> Rm 3,22.

<sup>32</sup> Sal 84,12.

<sup>33</sup> Hb 1,14.

<sup>34</sup> Jn 17,3.

Por tanto, si el principio y el fin se corresponden, es necesario que el principio para obtener este fin sea concedido por Dios, no por una criatura. En efecto, la forma que está a punto de plasmarse en una materia dada, así como la disposición final de esta última a recibirla, derivan de una misma causa agente –o causa motora–; especialmente en el ámbito de lo sobrenatural, que excede los límites de cualquier criatura. Así pues, la vida cristiana no tiene su origen en ninguna criatura espiritual, pues, aunque las criaturas espirituales ayudan a los cristianos, ellas no tienen capacidad de proporcionar la forma específica en la que reside la raíz de la vida cristiana y por la que un ser humano puede ser llamado cristiano.

## **8. LA RAÍZ Y EL FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA ES LA GRACIA DIVINA**

Llamamos *gracia divina* a un don sobrenatural infundido en el alma: una cierta semejanza con la Divinidad que el alma recibe gratuitamente y que la hace partícipe de la naturaleza divina y la une a Dios de manera inefable. Así, la naturaleza divina se hace presente en el alma, no sólo en el modo en que la Divinidad está presente universalmente en toda criatura, es decir, mediante la participación en el ser –que sólo le es posible al poder divino–, sino de una manera aún más elevada: ¡pues el alma es admitida a participar de la bondad divina y Dios desciende de manera maravillosa para introducirse en ella, de tal forma que, ésta, en cierto modo, se hace un solo espíritu con Dios!

De la gracia derivan en las potencias del alma las virtudes y los dones sobrenaturales infundidos por el Espíritu Santo con el fin de perfeccionar al ser humano, elevándose cada una de sus facultades hacia las cosas divinas y haciéndose todo él espiritual y divino. Así, con la infusión de la gracia, entra en el intelecto la luz sobrenatural de la fe, por la que creemos firmemente las verdades sobrenaturales. Además, la voluntad se llena del amor caritativo, de la esperanza cierta y de todos los demás dones y frutos del Espíritu Santo. No desarrollaré estos temas por ahora, pues nos basta con saber que la gracia divina nos hace aceptables a Dios, de ella proceden los bienes

restantes y es la única raíz de la vida cristiana. Esto lo mostraré más adelante.

Tenemos la certeza de que las obras de la naturaleza son fruto de una inteligencia [superior], lo cual se hace evidente al observar el orden que se encuentra en los procesos naturales. Esto es así porque la naturaleza procede siempre –o casi siempre– de manera ordenada desde un principio, por medios apropiados, hacia su fin señalado, y lo hace sin error. Esto resulta evidente observando las cosas singulares en su especie y género. Pues bien, del mismo modo, podemos observar que todos los cristianos creen, aman y actúan de manera homogénea respecto a aquellas cosas que son esenciales para la vida cristiana –aunque en las cosas accidentales son más autónomos, lo que añade ornamento y belleza a la Iglesia– y proceden con orden en todas las cosas, no actuando en contra de la razón. Por todo ello, es necesario admitir que la vida cristiana deriva de una inteligencia [superior].

Por tanto, habiendo demostrado ya que esta clase de vida no puede provenir del instinto corporal natural, ni del alma vegetativa, ni de la sensorial, ni de la intelectual, ni de la influencia de los astros, ni de otras causas naturales, ni de una criatura espiritual, se deduce que debe derivar de la única inteligencia que no puede errar, que es Dios.

Ahora bien, dado que toda causa agente –o causa motora– obra en vista de un fin y puesto que –como se ha demostrado– Dios mueve a los cristianos a un fin sobrenatural, hay que concluir que Él mueve al alma mediante un don gratuito, que es la gracia divina, la cual nos hace agradables a Dios. De este modo, el ser humano debe guardar una proporción con el fin que le atrae. Puesto que tanto el agente como el fin son sobrenaturales, se requiere que el alma, que es el sujeto móvil que recibe la influencia divina, guarde una justa relación con lo sobrenatural.

Además, ninguna de las cosas creadas es capaz de alcanzar su última perfección por virtud de su sola esencia, es más, considerada aisladamente, la esencia de toda cosa es imperfectísima. Sólo se vuelve perfecta por medio de las cualidades y perfecciones que

vienen a completarla. Las cosas naturales sólo alcanzan su fin mediante estas cualidades. Porque sólo Dios –en el que coinciden esencia y existencia– existe por sí mismo y es absolutamente perfecto sin la adición de ninguna cualidad extrínseca.

La criatura racional tiende a su fin sobrenatural de forma análoga a como las criaturas tienden a su fin natural. Pero ninguna criatura llega a su fin natural sólo en virtud de su esencia, sino mediante las acciones que proceden de sus cualidades y facultades, las cuales les han sido proporcionadas para la consecución de ese fin. En consecuencia, la criatura racional sólo podrá llegar a su fin sobrenatural mediante las acciones procedentes de sus cualidades y facultades sobrenaturales que les son proporcionadas para la consecución de dicho fin [que es la unión con Dios].

Además, si Dios moviese a la criatura racional a su fin sobrenatural sin algún tipo de don sobrenatural, se seguiría que mueve a los cristianos sólo de aquella manera general y común por la que mueve a las demás criaturas. En efecto, al posibilitar Dios el movimiento de todas las cosas creadas por medio de sus respectivas cualidades naturales, si Él no añadiera al cristiano alguna facultad superior y distinta de las que son puramente naturales, éste sería movido simplemente por el intelecto y la voluntad. Y entonces no habría diferencia entre los cristianos y los no cristianos excepto en la fase operativa, es decir, cuando actúan. Y así, mientras duerme o no actúa, el cristiano no tendría nada más en sí mismo que los demás seres humanos. Lo cual es absurdo.

Por tanto, hay que admitir que en el alma cristiana hay un don infundido sobrenaturalmente, que llamamos gracia divina, de la que brotan todas las virtudes sobrenaturales. Y dicho don permanece en el cristiano incluso cuando no actúa. Éste es el fundamento de la vida cristiana, pues sin él nadie puede ser cristiano ni ser llamado así.

En efecto, el término «cristiano» deriva de [el término griego] «cristo», que significa «ungido». Pues todos los cristianos están *ungidos por Cristo* [es decir, ungidos por el Ungido]. Pero esta unción no es material, sino espiritual, en el sentido explicado anteriormente [esto es, es la unción de la gracia divina].

## 9. LA VIDA CRISTIANA TIENDE CON TODO VIGOR A AUMENTAR Y CONSERVAR CONTINUAMENTE EL DON DE LA GRACIA

En efecto, quien desea ser auténticamente cristiano y vivir en coherencia con ello, tiende ante todo a adquirir el don de la gracia divina. Y cuando considera que lo tiene, se esfuerza en conservarlo y aumentarlo con todo cuidado. Y eso es así porque cuando se ama un *fin* determinado, en cuanto tal, se le ama sin medida. En cambio, los *medios* sólo son amados en la medida en que son necesarios para alcanzar el fin deseado.

Ciertamente, hay diferencias entre unos medios y otros: algunos son indispensables, pues sin ellos no es posible de ninguna manera alcanzar el fin. Hay otros que no son indispensables, aunque sin ellos la consecución del fin sería imperfecto y difícil. Ahora bien, puesto que la intención de la voluntad se dirige enteramente a la consecución del fin, ésta tiende con mayor ímpetu hacia aquellos medios que son indispensables para alcanzar dicho fin y no hacia aquellos otros que sólo facilitan y hacen más cómodo el resultado.

El verdadero cristiano sabe, por su fe en las Sagradas Escrituras, que sin el don de la gracia divina y de la caridad le es imposible dedicarse al servicio de Dios y gozar de su bienaventuranza, aunque realizase toda clase de buenas obras. Por ello, se esfuerza más en aumentar el don sobrenatural de la gracia y de la caridad que en realizar determinadas obras exteriores, pues éstas no son indispensables para alcanzar la bienaventuranza. De hecho, así lo afirma el Apóstol: «*Nadie será reconocido como justo ante Dios por las obras de la Ley [mosaica]*»<sup>35</sup> y «*La justicia de Dios ha sido manifestada independientemente de la Ley [mosaica]*»<sup>36</sup>.

Además, los diversos medios que sirven para conseguir un determinado fin forman una especie de jerarquía, porque unos medios están más cerca del fin y otros más lejos. Y como el medio que está más cerca del fin resulta ser el predestinado para la consecución inmediata de dicho fin, los medios más lejanos se subordinan al

---

<sup>35</sup> Rom 3,20.

<sup>36</sup> Rom 3,21.

medio que está más cerca, como si éste fuera para ellos su fin inmediato. Por ejemplo, en la construcción de una casa, las piedras están destinadas a formar los muros y éstos están destinados a la construcción de la casa.

Ahora bien, la gracia divina es el medio que más se acerca al fin, pues, sin más mediación, el ser humano alcanza con ella la vida eterna. El Apóstol dice al respecto: «*El don gratuito de Dios es la vida eterna*»<sup>37</sup>. Por tanto, todo el resto del bien que hacemos está ordenado a la gracia como fin inmediato, para que ésta se incremente y se conserve, y para que nuestro conocimiento de Dios y nuestro amor a Él aumenten continuamente en nosotros mediante la purificación de nuestro corazón.

Es más, el fin es siempre más noble que todas las cosas que están ordenadas para lograrlo. De hecho, incluso en la naturaleza las criaturas inferiores se ordenan a las superiores. Y entre los bienes concedidos al ser humano en esta vida, no hay nada más valioso que la gracia. Y eso es así porque, teniendo los dones sobrenaturales mayor valor que los naturales, entre los dones sobrenaturales la gracia divina tiene un lugar preeminente, como dice el Apóstol<sup>38</sup>. De esto se deduce que no hay nada más valioso entre los bienes concedidos al ser humano que la gracia y la caridad. Por tanto, quien posea todos los otros dones, pero carezca de la gracia y de la caridad, no tiene nada<sup>39</sup>. Sin embargo, quien posee la gracia y la caridad, en su interior habita Dios y, por tanto, posee toda la creación.

De ahí que el verdadero cristiano ponga todo su empeño en conservar y acrecentar la gracia y que ordene todas sus acciones hacia este objetivo, sabiendo que ésta es necesaria para ser realmente cristiano y que, sin ella, en vano se fatigaría realizando cualquier otra obra.

---

<sup>37</sup> Rom 6,23.

<sup>38</sup> Cf. 1Cor 15,10: «*Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo*».

<sup>39</sup> Cf. 1Cor 13.

Además, observamos esto en la naturaleza: que todas las criaturas desean mucho existir y se esfuerzan en conservarse y perfeccionarse. Por ello, procuran por todos los medios evitar su propia corrupción y destrucción, y prefieren arriesgar todo aquello que tienen, incluso sus propios miembros, a perder su existencia. Esta forma de actuar es la más natural para toda criatura.

Del mismo modo, puesto que la existencia cristiana, en cuanto tal, depende únicamente de la gracia divina, es lógico que el verdadero cristiano desee conservar la gracia y la caridad con todo su empeño y afecto, y que se esfuerce en perfeccionarlas e incrementarlas, oponiéndose con todas sus fuerzas a que sean destruidas. Por ello, estará dispuesto a renunciar a cualquier otro bien, ya sea corporal o espiritual, y preferirá soportar cualquier mal, e incluso la muerte, antes que perder la gracia y la caridad. En consecuencia, el verdadero cristiano no pierde de vista este objetivo, de modo que subordina todo lo demás a él.

Y puesto que el don de la gracia se conserva y se acrecienta por el ejercicio de las buenas obras, ya sean acciones de carácter moral o prácticas religiosas, se deduce que es necesario que pasemos ahora a examinar e identificar las obras que más claramente pueden conservar y aumentar el don de la gracia.

Hablemos en primer lugar de las obras morales, ya que son las más próximas a la gracia y a la caridad.

#### **10. ENTRE LAS ACCIONES MORALES, LA ORACIÓN ES EL MEDIO MÁS IDÓNEO PARA AUMENTAR Y CONSERVAR LOS DONES DE LA GRACIA Y LA CARIDAD**

La oración [de petición] es una demanda dirigida a Dios acerca de un propósito honesto. Esto implica un cierto grado de reflexión y contemplación. Observamos en la naturaleza que cuanto más se somete un efecto a la influencia de su causa, más perfecto se vuelve. Porque su perfección depende de su causa.

Todo el que pide humildemente a Dios bienes espirituales, es consciente de dos cosas: que necesita esos bienes y que le vendrán de Dios. Por tanto, [el orante] confía en Dios más por estas razones que por cualquier bien que pueda realizar sin oración ni meditación e inmerso en la vida activa. Por lo cual, es sobre todo en virtud de la oración por lo que [el orante] hace que su alma sea apta para recibir la influencia de la causa divina, a través de la cual la gracia, la caridad y los otros dones mencionados anteriormente se conservan y se incrementan.

La perfección del efecto depende de su proximidad y su afinidad con su causa, de modo que cuanto más se acerca a la causa, más crece en perfección. Así, dado que Dios es la causa primera, infinitamente superior a todas las criaturas, cuanto más se acerca a Él una persona, tanto más perfecta se vuelve. Y el medio que mejor nos aproxima a Dios es la oración, que es «la elevación del alma a Dios»<sup>40</sup>. Porque no hay oración hasta que elevamos nuestra alma a Él. Éste es, pues, el medio más adecuado para conservar y aumentar el don de la gracia.

Las virtudes se perfeccionan mediante los actos relacionados con ellas, es decir, ejercitándolas. Ahora bien, cuando rezamos, ejercitamos de algún modo todas las virtudes. En efecto, en lo que respecta a las virtudes teologales, la *fe* es la primera que se practica en la oración, pues sin ella el cristiano no puede elevarse a Dios. A su vez, también se ejercita la *esperanza*, ya que nadie se dedicaría a la oración si no tuviera la esperanza de conseguir aquello que pide. Y la *caridad* también se practica, puesto que en la oración se asumen la bondad, la misericordia y la generosidad de Dios.

En cuanto a las virtudes morales o cardinales, la *prudencia* entra en acción, ya que gracias a ella el cristiano que se recoge en oración sabe lo que debe hacer y lo que debe evitar, y se conoce mejor el fin de las obras, sobre todo cuando en la oración pedimos el conocimiento de cómo debemos actuar en la vida. A esto exhorta la

---

<sup>40</sup> Así la define santo Tomás de Aquino citando a san Juan Damasceno (cf. *Suma de teología*, II-II, q. 83, a.1).

Escritura: «*Da luz a mis ojos, para que no me duerma en la muerte*»<sup>41</sup>. La *justicia* es perfeccionada cuando la voluntad del orante está dispuesta a dar a Dios y al prójimo lo que se debe a cada uno. La *fortaleza* se estimula, porque el que ora se resuelve firmemente a servir a Dios y a soportar cualquier adversidad por amor a Él. También la *templanza* desempeña su papel en el tiempo de la oración, ya que, por una parte, el deleite espiritual que a menudo se puede tener en la oración atenúa las atracciones carnales y, por otra parte, porque el cuerpo está en una actitud humilde y sumisa mientras el espíritu se eleva.

En cuanto a los dones [del Espíritu Santo], es evidente que también se ejercitan, ya que, al orar, nos acercamos a la Luz eterna. Por ello, cuanto la mente es más iluminada por las realidades eternas en la oración, en mayor medida recibe el don de la *inteligencia* y, así, saboreando la mente su dulzura, va dejando fluir el don de la *sabiduría*. También se actualiza el don de la *ciencia* –o conocimiento–, ya que, al acercarse a Dios, el orante estima a las criaturas por lo que valen. Del mismo modo, cuando la mente desea ser iluminada acerca de sus acciones, puede ejercitarse en el don del *consejo*. Por otra parte, cuando rezamos en favor del prójimo, ejercitamos el don de la *piEDAD* –o misericordia–. Cuando reflexionamos sobre la majestuosidad de Dios, el don del *temor* nos aparta de las atracciones ilícitas. Y cuando, finalmente, nos detenemos a meditar en la pasión de Cristo y en las recompensas eternas, disponiéndonos a sufrir por su causa, en este ejercicio perfeccionamos el don de la *fortaleza*.

Así se demuestra que en la oración se despiertan todas las virtudes y todos los dones, y también se potencian todas las facultades del alma. Y eso no se consigue mediante ningún otro tipo de actividad interior. Por tanto, la oración es el medio más adecuado para conservar y perfeccionar los dones de la gracia, mejor que con cualquier otra obra buena.

Dado que Dios es la causa de todas las cosas que crea y las mantiene en su ser y en su devenir, es Él quien subyace en nuestra misma capacidad de actuar. Como dice el Apóstol: «*No podemos pretender que nada venga de nosotros, porque toda nuestra capacidad viene*

---

<sup>41</sup> Sal 13,4.

*de Dios*»<sup>42</sup>. Así, aunque el cristiano está dotado de la gracia divina y de los dones relacionados con ella, no puede, sin una ayuda divina especial, realizar la menor obra buena, sobre todo si tenemos en cuenta la oposición y las tentaciones de la carne, de los demonios y de las personas perversas, y si contamos, además, con las otras muchas dificultades que se presentan a los mortales cada día, de las que nadie, sin una ayuda especial de Dios, puede librarse.

Siendo Dios la causa primera de la creación y quien la mueve, es necesario que la persona, por su parte, se disponga a recibir tales movimientos divinos. Ahora bien, no hay otro medio que nos prepare mejor y más eficazmente que la oración, gracias a la cual, liberándose del cuerpo, el alma orante se une a Dios sin mediaciones. Por ello, la oración es el medio más adecuado para conservar y acrecentar el don de la gracia, más que las otras obras morales en su conjunto.

Por lo demás, la causa primera tiene mayor influencia sobre el efecto que la causa segunda, ya que es la primera en actuar y la última en cesar su actividad. Dado que la perseverancia de la gracia divina en las buenas obras implica una actividad continuada hasta la consecución del fin, que es la vida eterna, tal movimiento no podría comenzar y perdurar hasta el fin si antes y continuamente la mano de Dios no interviniera para prolongar dicho movimiento.

Por último, dado que es necesario que el ser humano no rehúya esta influencia [divina], sino que se predisponga cada vez más ardientemente a que ésta se mantenga, y dado que esto es posible sobre todo gracias a la oración, pues ésta acerca al alma a Dios y la predispone a aceptar su intervención por medio de sus mociones, es evidente que, de entre todas las obras buenas, la oración es la que en mayor medida nos conserva en la gracia divina. Por eso el Señor Jesús dijo: «*Hay que rezar siempre, sin desfallecer*»<sup>43</sup>.

---

<sup>42</sup> 2Cor 3,5.

<sup>43</sup> Lc 18,1.

**11. ENTRE LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS, LA RECEPCIÓN FRECUENTE Y DEVOTA DE LOS SACRAMENTOS DE LA RECONCILIACIÓN Y LA EUCARISTÍA ES EL MEDIO MÁS EFICAZ PARA CONSERVAR Y AUMENTAR LA GRACIA**

Las prácticas vigentes en la Iglesia son de dos tipos: unas confieren la gracia de forma instrumental [*ex opere operato*], en virtud del sacramento recibido, y las otras lo hacen en base a la aportación personal del sujeto [*ex opere operantis*], es decir, a través de la devoción de quien realiza estas prácticas. Los primeros son los sacramentos de la Nueva Ley [es decir, los siete sacramentos de la Iglesia católica], que son los más eminentes entre las prácticas religiosas, puesto que a ellos se subordinan el resto de las prácticas.

Para entender cómo estos sacramentos confieren o producen la gracia [*ex opere operato*], debemos saber que toda causa instrumental tiene dos virtudes: una se deriva de su propia esencia y la otra se actualiza por la intervención del agente principal. Una sierra, por ejemplo, tiene por virtud intrínseca la capacidad de serrar, pues su esencia es el hierro. En cambio, no posee la capacidad de construir, por ejemplo, un banco, salvo cuando está bajo la acción del agente principal [es decir, el carpintero].

Hay que saber, pues, que la virtud del instrumento logra a veces el efecto último. Como el cielo, el cual [según dice la ciencia actual], movido por su respectiva inteligencia, alcanza a producir en los animales el alma sensitiva. Pero otras veces, por el contrario, la virtud del instrumento no tiene el poder para suscitar la forma más elevada. En el caso del cielo, éste no es capaz de producir en los seres humanos el alma intelectual. En efecto, el cielo sólo alcanza a dar la última disposición de la materia para la introducción del alma, que sólo puede ser creada por Dios y que es infundida por Él en una materia predispuesta para ello.

Pues bien, del mismo modo afirmamos que los sacramentos de la Nueva Ley son instrumentos [o causa instrumental] de la gracia, pero no tanto como para producirla, porque la gracia proviene de

Dios, sino para producir el *carácter*<sup>44</sup>, que es la disposición última del destinatario para recibir la gracia, con el fin de que no haya en él ningún impedimento.

Uno puede estar seguro de esta función instrumental de los sacramentos no sólo apoyándose en la autoridad de los santos Padres y Doctores de la Iglesia, sino también a través de los argumentos de la razón. Los filósofos, de hecho, empezaron a filosofar movidos por su admiración por los fenómenos naturales, pues viendo algunos de sus efectos, e ignorando sus causas, se llenaron de asombro. Y esto es así porque, quien no conoce una realidad en su totalidad, muestra su asombro. Por ejemplo, la persona que observa un eclipse de luna, pero no conoce la causa del mismo, se asombra, mientras que el que tiene conocimientos adecuados de astronomía no se asombra en absoluto.

Ahora bien, como todas las personas, por naturaleza, desean saber, y saber no es otra cosa que conocer las causas, en cuanto uno se fascina ante un misterio, dirige su mente a investigar su causa. Y nosotros mismos vemos hoy, por experiencia, que es una realidad tangible en la Iglesia –desde la Ascensión del Señor a los Cielos–, que todos los que se acercan a los sacramentos –y especialmente aquellos que reciben los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía con devota frecuencia– progresan continuamente en la vida cristiana, que es el tipo de vida más excelente entre todos los posibles, como se ha dicho. Y cuanto más santos se hacen los cristianos, más devota y fervientemente reciben estos sacramentos; y [viceversa] cuanto más devotamente los reciben, tanto más virtuosos se hacen cada día.

Por el contrario, los que reciben los sacramentos sin respeto –sobre todo la Eucaristía– se vuelven peores que los demás, como se puede observar claramente en los clérigos y religiosos decadentes. Esto no sería así si no hubiera alguna virtud divina en los sacramentos que los convirtiese en instrumentos ordenados a producir los efectos de la gracia en quienes están bien dispuestos a recibirla.

---

<sup>44</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, III, q. 63, a. 1, 2 y 6.

Ahora bien, conviene demostrar que la recepción frecuente y devota de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación es el medio principal y más eficaz para conservar y aumentar la gracia, mejor que todas las otras prácticas religiosas. Así, entre los sacramentos, hay algunos que se pueden recibir repetidamente y otros no. De hecho, los que imprimen *carácter* –que es imborrable–, como en el caso del Bautismo, la Confirmación y la Ordenación, sólo pueden recibirse una vez. Otros, en cambio, pueden repetirse, aunque no con demasiada frecuencia, como el Matrimonio y la Extremaunción<sup>45</sup>. Y hay otros: la Reconciliación y la Eucaristía, que pueden ser recibidos sin limitación de número [a lo largo de la vida].

Al hablar, como lo estoy haciendo, de la vida cristiana y de su conservación y su incremento, me dirijo a los que ya han sido bautizados y confirmados. Dado que el Bautismo y la Confirmación no se pueden ni se deben repetir, es evidente que, con respecto a la preservación y el aumento de la gracia, no es necesario detenerse más en ellos. Y como la Extremaunción se administra sólo en peligro de muerte, tampoco hablaremos de ello aquí. Los sacramentos del Orden y el Matrimonio no se administran a todos y cada uno de los cristianos: el primero, de hecho, no es conferido más de una vez, y el Matrimonio sólo puede recibirse unas pocas veces. Así que, entre las prácticas religiosas, estos dos sacramentos no son los más útiles para aumentar y conservar la gracia.

Y es por eso por lo que afirmamos que, recibidos frecuentemente, los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía resultan ser los más eficaces para conservar y aumentar la gracia. El resto de las prácticas religiosas –como hemos visto–, o bien no confieren la gracia de forma instrumental [*ex opere operato*], o bien, si la confieren, se trata de sacramentos que sólo pueden ser recibidos una sola vez o de sacramentos que sólo pueden recibirse unas pocas veces. Sólo estos dos sacramentos confieren la gracia y pueden ser recibidos asiduamente. Es evidente, pues, que la Reconciliación y la Eucaristía son, entre las prácticas religiosas, las más útiles para conservar y aumentar la gracia.

---

<sup>45</sup> La *Extremaunción* fue reemplazada por la *Unción de enfermos* tras el Concilio Vaticano II (1962-1965).

La perfección de la justicia consiste en que la persona debe evitar los pecados y hacer toda clase de obras virtuosas. Así lo dice el salmista: «*Evita el mal, haz el bien*»<sup>46</sup>. Bueno, pues el sacramento de la Reconciliación nos aleja del mal, mientras que el sacramento de la Eucaristía dirige nuestra alma hacia el bien; el primero elimina nuestros pecados y, con la ayuda del segundo, nos ajustamos a Cristo. Así, el uso frecuente de estos dos sacramentos lleva nuestra justicia a la perfección.

Y cabe añadir que el sacramento de la Eucaristía contiene verdaderamente a Cristo, fuente de toda gracia, algo que no se puede decir de los demás sacramentos. Ahora bien, como las prácticas religiosas de la Iglesia se ordenan a los sacramentos y los otros seis sacramentos están ordenados a la Eucaristía –como el más noble y perfecto–, y dado que todas las prácticas sacramentales están ordenadas a causar, aumentar y acrecentar la gracia en el alma, es evidente que el sacramento de la Eucaristía es, en la línea sacramental, el medio más adecuado para producir los efectos indicados anteriormente. Pero como nadie puede acercarse a este último sacramento si antes no se ha purificado interiormente, se deduce que el sacramento de la Reconciliación debe acompañarlo. De ahí que el fervor de los cristianos se inflame al frecuentar la Eucaristía y que los dones de la gracia aumenten más que con otras prácticas religiosas.

De lo dicho hasta ahora se deduce que todas las otras prácticas religiosas están, como ya hemos explicado, subordinadas al sacramento de la Eucaristía. Por tanto, para acercarse devotamente a este sacramento, el cristiano ha de preparar su alma, en primer lugar, purificándola mediante la confesión y la expiación de sus pecados, y luego ha de adornarla con buenas obras. Así, eleva su mente [o espíritu] con lecturas santificantes, la meditación devota de las verdades divinas y la recitación de santas oraciones; y, de ese modo, se inflama en el amor a Dios y en el desprecio a las realidades terrenales.

De esta forma, sea por la disposición precedente, sea por la eficacia del sacramento, sea por la acción de gracias que sigue a la

---

<sup>46</sup> Sal 37,27.

Eucaristía, la gracia aumenta de manera admirable y también se incrementan el fervor y la disposición de la voluntad para realizar toda clase de obras virtuosas. Recibiendo frecuentemente este sacramento, el cristiano va madurando y se convierte en un *hombre nuevo*<sup>47</sup> o en algo más que un ser humano, hecho que no se puede negar en la Iglesia primitiva, cuando los cristianos comulgaban todos los días<sup>48</sup>. Su fervor era tal, que consideraban que los tormentos y el martirio no eran nada; al contrario, los afrontaban con alegría en el rostro y con un intenso deseo.

Por el contrario, en nuestro tiempo, desde que se ha establecido la costumbre de confesarse y comulgar una vez al año, y con muy poca preparación, los cristianos se han corrompido y han acabado por hacerse peores que los propios paganos. Y cada día empeoran más y más, precisamente porque, confesándose tan raramente, se vuelven reincidentes en el pecado, y aunque constantemente le prometen a Dios vivir rectamente, luego no cumplen en absoluto este compromiso.

Y aquellos sacerdotes nuestros que, sin devoción ni reverencia, celebran el sacramento de la Eucaristía, han acabado por ser peores que los laicos. ¡Nada podría ser más dañino para la Iglesia de Dios!

Y así, habiendo abandonado el verdadero culto a Dios, los cristianos de hoy han llegado a tal ceguera mental que ni siquiera saben lo que significa su propio nombre [de cristianos]. Habiendo perdido el sentido de ser cristiano, ya no saben lo que es la verdadera adoración. En efecto, preocupados por el carácter externo de las ceremonias, han perdido el sentido de la adoración interior. Y eso es así porque nunca leen las Sagradas Escrituras; o, cuando las leen, no las entienden; o, cuando las entienden, no las degustan. Parece que dicen: «Nuestra alma tiene náuseas por esta comida excesivamente ligera<sup>49</sup>. ¿Quién nos hará volver a escuchar la elocuencia de Cicerón,

---

<sup>47</sup> Cf. Ef 4,24.

<sup>48</sup> Cf. Hch 2,46: «[Los creyentes] todos los días acudían al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón». En aquellos tiempos la Eucaristía era llamada «partición del pan».

<sup>49</sup> Cf. Nm 21,5.

las resonantes palabras de los poetas, la dulce conversación de Platón y las sutilezas de Aristóteles? Demasiado simples son estas Sagradas Escrituras, comida para jovencitas. ¡Predicadnos cosas más refinadas y sutiles!».

Y, de esta manera, los predicadores se adaptan a los gustos del pueblo, porque éste, dejando a un lado la sana doctrina, se ha perdido en vanidades y se ha rodeado a placer de un rebaño de insuperables maestros que acarician sus oídos y le entretienen de acuerdo con sus pasiones. Y así, abandonando la verdad, el pueblo se ha entregado a las falsedades<sup>50</sup>. Los mismos príncipes, las personas notables y los que están en el gobierno ya no quieren oír la verdad, sino que dicen: «Predicadnos cosas que nos gusten, engañadnos con vuestros halagos, decidnos mentiras, venid y dadnos sólo buenas noticias»<sup>51</sup>. Por todas estas razones, el pueblo cristiano vive hoy confundido y sumido en una profunda oscuridad.

Sin embargo, si se viviera honestamente, si se hubiera leído y practicado lo que dicen las Sagradas Escrituras y los santos Padres, y se hubieran estudiado con intención pura, no me vería ahora obligado a escribir lo que escribo. Porque, de hecho, si se estudiasen con una mente desprejuiciada las Sagradas Escrituras y los santos Padres, se vería que dicen lo mismo que yo.

Pues bien, habiendo tratado hasta ahora sobre la vida cristiana, señalando sus rasgos esenciales y los principales medios por los que se conserva y aumenta, dado que es fundamental en ella la simplicidad interior, pasaré ahora a hablar sobre este tema.

---

<sup>50</sup> Cf. 2Tim 4,4

<sup>51</sup> Cf. Is 30,10.

## II. LA SIMPLICIDAD INTERIOR

### 1. PODEMOS COMPRENDER LAS COSAS ESPIRITUALES A TRAVÉS DE LA REALIDAD SENSIBLE

En la naturaleza observamos que los distintos tipos de conocimiento sólo son posibles cuando la forma [es decir, el alma] es capaz de abstraerse y elevarse sobre la materia [del cuerpo].

Así, las plantas, si bien tienen *alma [vegetativa]*, al hallarse ésta demasiado inmersa en la materia, dicha alma no puede elevarse a ningún tipo de conocimiento.

Los animales más imperfectos y parecidos a las plantas, que se aferran a las piedras o al suelo -como, por ejemplo, las ostras y otros seres dotados de concha-, poseen un tipo de conocimiento muy imperfecto. Sin embargo, los animales relativamente superiores, que son más perfectos, tienen un *alma sensitiva* que les permite alcanzar un conocimiento cuya perfección depende de la capacidad que tiene dicha alma para prevalecer sobre la materia.

Y como el *alma intelectual* [propia de los seres humanos] se halla más elevada respecto de la materia y es más independiente que el alma de los animales, porque la potencia intelectual no está ligada a ningún órgano corporal, el conocimiento del ser humano es más notable que el de los animales. Es el conocimiento intelectual.

El intelecto humano, como nos enseña la experiencia, sólo puede aprender conceptualmente a partir de las percepciones captadas por los sentidos. Por ello, quien desde su nacimiento está privado de la capacidad de un órgano sensorial, carecerá de las percepciones correspondientes. Por ejemplo, un ciego es incompetente para conocer los colores. Así es, la inteligencia sólo puede formarse ideas a través de las percepciones corpóreas.

Sucede así que, cuando las verdades espirituales se proponen por medio de imágenes corpóreas<sup>52</sup>, resultan más aptas para ser

---

<sup>52</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I, q. 34, 6-7.

comprendidas y memorizadas. Además, las personas las aprecian como cosas totalmente connaturales a su ser. Por eso las Sagradas Escrituras recurren a los símiles y las parábolas, pues Dios ha provisto a cada criatura según la condición natural de cada una.

En efecto, es necesario empezar desde la realidad sensible para entender con más facilidad las cosas espirituales. Por ello, yo haré aquí lo mismo.

## 2. VARIOS SIGNIFICADOS DEL TÉRMINO «SIMPLICIDAD»

En las cosas concretas, que nosotros conocemos bien, llamamos *simples* a los cuerpos que no están compuestos de elementos diferentes. A los demás los llamamos *compuestos* o *mixtos*. De ahí que digamos que son simples los elementos y los cuerpos celestes.

Pero los cuerpos celestes son el resultado de una cierta composición, pues están compuestos de *materia* [que es aquello de lo que están hechos dichos cuerpos] y *forma* [que da orden a la materia, haciendo que ésta sea un cuerpo concreto]. Pero sí podemos decir que son simples las esencias de los cuerpos celestes, pues la *esencia* [es decir, aquello que constituye la naturaleza de un cuerpo y es permanente e invariable] no está compuesta de materia y forma.

De manera similar, podemos decir que son simples las sustancias angélicas. Pero, dado que en los ángeles la *sustancia* [esto es, la realidad que existe por sí misma y es soporte de las cualidades de un cuerpo], implica una cierta composición, pues es, de alguna manera, el resultado de la unión de su *esencia* y de su *existencia* y, además, los ángeles están compuestos por su propio *sujeto* y sus *cualidades* –o *accidentes*–, también podemos afirmar que las sustancias angélicas son compuestas.

Sin embargo, la *esencia* y las *cualidades* de estas sustancias creadas no están a su vez compuestas de *esencia* y *existencia*, ni de *sujeto* y *cualidades*, puesto que de otro modo deberíamos seguir distinguiendo compuestos hasta el infinito. Por esta razón, decimos que estas partes son simples, porque no están a su vez compuestas.

Pero, a pesar de todo, éstas siguen careciendo de una simplicidad absoluta, pues necesitan combinarse entre sí y con la sustancia de la que son elementos.

Por el contrario, dado que Dios coincide con su propia *existencia* y ésta es indistinguible de su *sustancia*, y puesto que Dios está desprovisto de cualquier adición accidental y es ajeno a cualquier composición, pues los atributos divinos son Dios mismo, sólo Él es verdaderamente simple, en sentido absoluto.

### 3. LO MÁS SIMPLE ES MÁS PERFECTO

Decir *perfecto* implica la idea de que algo está perfectamente hecho. Ahora bien, cuando decimos que un cuerpo está *hecho*, significa que dicho cuerpo ha alcanzado el ser que se deriva de su forma. Por tanto, la perfección está en relación con la forma; ya que la materia es imperfecta y es perfeccionada cuando se une a la forma. Por consiguiente, cuanto más participa un cuerpo de la forma, más alto está en la escala de la perfección.

Pues bien, dado que las entidades más simples son las que más se asimilan a la forma, son también las más perfectas. De hecho, podemos ver que los elementos más simples son al mismo tiempo los más activos. Asimismo, dado que la capacidad de actuar procede de la forma y los seres más simples son más afines a la forma que los más compuestos, también de aquí se deduce que los seres más simples son los más perfectos.

Efectivamente, el agua es más perfecta que la tierra, el aire es más perfecto que el agua, el fuego es más perfecto que el aire y los cuerpos celestes son más perfectos que el agua, la tierra, el aire y el fuego, que son los elementos terrestres más nobles. Así también, los ángeles más simples y perfectos son los que ocupan las posiciones más elevadas en la jerarquía angélica. Y, por último, en la cima de la perfección está situado Dios, pues es el ser sumamente simple.

#### 4. TAMBIÉN EN UN SENTIDO ESPIRITUAL Y MORAL LA SIMPLICIDAD TIENE VARIOS SIGNIFICADOS

[Primer tipo de simplicidad] Ciertamente, hay una simplicidad estúpida que hace referencia a esas personas a las que llamamos *simples* por su ignorancia. En cierto modo, estas personas se parecen a los elementos primordiales, pues por sí mismas no aprenden nada, ni siquiera las verdades más evidentes, aunque reciban la ayuda de otros.

Así, unos pueden compararse con la *tierra*, que es totalmente opaca y oscura, impenetrable a la luz, pues sólo puede recibir los rayos del sol en su superficie. Al igual que los animales, estas personas tienen un conocimiento meramente superficial y sensorial, y en ellos no puede penetrar luz alguna que les instruya.

Otros, sin embargo, pueden ser instruidos en ciertos primeros principios por medio de ejemplos concretos. Éstos son comparables al *agua*, que recibe los rayos del sol hasta cierta profundidad, pero no claramente.

Otros son capaces de seguir razonamientos de cierta complejidad, cuando son ayudados por otros. Pero no pueden aprender por sí mismos ni memorizar lo que han aprendido. Éstos nos recuerdan al *aire*, el cual, no teniendo un color propio, lo adquiere fácilmente de la luz y con la misma facilidad lo pierde.

Finalmente, hay personas que, por sus propias facultades intelectuales, así como por medio de otros, pueden aprender ciertas cosas, pero no las cuestiones más sutiles. Es el caso, por ejemplo, de los estudiantes de inteligencia mediocre. Se asemejan al *fuego*, que parece tener en sí mismo la capacidad de emitir luz, aunque algunos filósofos sostienen que el fuego no brilla por su propia cualidad intrínseca, sino que recibe del sol la capacidad de irradiar luz a su alrededor.

Pues bien, a todas estas personas las podemos llamar *simples*, porque fácilmente, dada su inmadura estructura mental, pueden ser engañadas por otras personas más astutas que ellas.

[Segundo tipo de simplicidad] La simplicidad puede tomarse en otro sentido: como oposición a la doblez. Llamamos *dobles* a las personas que dicen una cosa y hacen otra. Se trata, por tanto, de una simulación. En el lado opuesto están los *simples*, que no tienen discrepancia entre el pensar, el decir y el actuar. Éstos recuerdan al cielo –o firmamento– que, aunque contiene un gran número y diversidad de estrellas y, asimismo, está formado por un sistema complicado de esferas [según el modelo geocéntrico aristotélico-ptolemaico], sin embargo, tiene tanta armonía en sí mismo y en cualquiera de sus movimientos que muestra una cierta simplicidad.

De modo similar, hay personas que, aun siendo muy instruidas y en todo hábiles y prudentes, pueden ser llamadas simples porque, habiendo eliminado de sí mismas toda forma de doblez, muestran en lo que dicen, en lo que piensan y en lo que hacen una admirable coherencia, a la que podemos llamar simplicidad en este segundo sentido.

[Tercer tipo de simplicidad] Por último, existe otro significado de simplicidad, que consiste en asemejarse progresivamente a la suprema simplicidad de Dios. Sabemos que cuanto más se aproxima algo a lo que es primero en una determinada cualidad, más cerca está de dicha simplicidad. Así, por ejemplo, cuanto más se acerca alguien al fuego, más se calienta. Pues bien, dado que las criaturas se aproximan a Dios mediante la semejanza, en la medida en que una criatura trata de asemejarse al modo de ser de Dios, más se asemeja a Él y, por tanto, más simple se vuelve.

En consecuencia, esta semejanza con Dios se encuentra más acentuada en la persona que posee la gracia divina que en aquella que no la posee. Por ello, las personas que viven en estado de gracia son llamados *simples*, no sólo por su coherencia de pensamiento, palabra y acción, sino por su conformidad con Dios. Además, son como los ángeles y los santos, cuya felicidad es tanto más grande cuanto mayor es su simplicidad.

Así también, quien alcanza un grado más alto de gracia, tiene al mismo tiempo una mayor simplicidad y perfección.

## 5. LA VIDA CRISTIANA INCLUYE EL SEGUNDO Y EL TERCER TIPO DE SIMPLICIDAD

Así como ninguna criatura puede ser o puede llamarse *ser humano* si no tiene un alma intelectual, ningún ser humano puede ser o puede llamarse *cristiano*, en sentido propio, si no ha sido consagrado por la unción de la gracia del Espíritu Santo, la cual es la forma del cristiano. Por tanto, todo cristiano tiene el tercer tipo de simplicidad [es decir, por semejanza con Dios].

El alma es perfeccionada por medio de las virtudes que se desprenden de la gracia, especialmente por medio de la caridad y, a su vez, las virtudes se ejercitan por medio de la práctica de las obras virtuosas. Por consiguiente, la doblez, en cuanto que es una perversión gravísima, no puede coexistir con la gracia y la caridad, pues éstas ordenan todas las potencias del alma según los mandamientos de Dios. Por tanto, es evidente que en la vida cristiana está también incluido este segundo tipo de simplicidad.

Algunos podrían objetar que la gracia coexiste con algunos pecados veniales y que, de hecho, la doblez es, a veces, un mero pecado venial. A éstos les respondo diciendo que aquí estoy hablando de la doblez en tanto que vicio verdadero y, por consiguiente, como pecado grave. Por el contrario, la doblez como pecado venial es un vicio tan sumamente leve que puede tenerse como algo insignificante.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que, aunque la doblez venial no va directamente en contra de la amistad con Dios, sí dispone al alma a la pérdida de la gracia. Y viceversa, cuanto más se crezca en gracia, menos se conservará esta ligera doblez, la cual, en cualquier caso, debe siempre desagradar al verdadero cristiano.

Es más, podemos añadir incluso que el cristiano, en cuanto tal, debe aborrecer y detestar esta ligera doblez, pues en la medida en que la permite, no es un buen cristiano. Aunque, en tal caso, no deja de ser cristiano, del mismo modo que una persona no pierde la condición humana por el color de su piel [pues el color es una mera cualidad y no forma parte de la esencia humana]. Por tanto, sostengo que la vida

cristiana, en cuanto tal, incluye la simplicidad del segundo tipo y excluye cualquier forma de doblez.

## 6. LA SIMPLICIDAD DEL CRISTIANO INCLUYE NECESARIAMENTE LA PRUDENCIA

La *prudencia* consiste en el correcto uso de la razón en las acciones que hay que realizar<sup>53</sup>. Hablando de la simplicidad cristiana en aquellos que son de inteligencia mediocre, como sería el caso de ciertas gentes rudas del campo, de los niños y de otras personas<sup>54</sup>, aunque no son capaces de administrar los asuntos públicos, sin embargo, por la gracia divina, tienen un suficiente uso de razón para su propia salud espiritual y la salvación eterna. La gracia divina trae consigo –como hemos visto– todas las virtudes teologales y morales, en definitiva, el hábito virtuoso que inclina a las potencias del alma al cumplimiento de los mandamientos de Dios.

Ahora bien, mediante la gracia y las virtudes infundidas y el continuo influjo del Espíritu –ya sea intelectualmente o en sus sentimientos–, los mencionados cristianos son dirigidos a idear y hacer correctamente todo lo que concierne a su salvación. Y aunque desconocen los principios filosóficos o teóricos que mueven sus propios actos, saben juzgarlos como si estuvieran guiados por una cierta inclinación. Y así, el justo es para sí mismo la medida de las obras justas y por su propia inclinación se dispone a realizar el bien con la ayuda de Dios, según las palabras del libro de los Proverbios: «*La simplicidad guiará el camino de los justos*»<sup>55</sup>.

Asimismo, aquellos cristianos que tienen un astuto ingenio y son prudentes en su trabajo e inteligentes en el campo de la ciencia, no carecen de simplicidad. Pues, si no fuera así, Dios, que lo sabe todo y ve tanto al engañador como a su víctima, no sería simple; ni

---

<sup>53</sup> Cf. *ibid*, II-II, q. 47, a.2, arg. *sed contra*.

<sup>54</sup> Savonarola, debido a los prejuicios de su tiempo, en lugar de «otras personas», dice «ciertas mujeres». También parece prejuicioso afirmar que tienen inteligencia mediocre «ciertas gentes rudas del campo».

<sup>55</sup> Pro 11,3.

tampoco los ángeles, los cuales están dotados de tanta sabiduría que todo el conocimiento humano palidece en comparación.

La ciencia y la prudencia, por tanto, no desvirtúan la simplicidad, sino que la perfeccionan. Los cristianos pueden llamarse *simples* en cuanto que están unidos por el vínculo de la gracia a la altísima Trinidad, a Dios que es simple en esencia y porque en sus palabras y hechos no hay ninguna doblez ni simulación. Y puesto que nosotros –como hemos visto– conocemos las cosas espirituales por medio de las cosas materiales, podemos comparar –o cotejar– los diferentes tipos de cristianos en función de los diversos grados de simplicidad que podemos encontrar en los cuerpos y en los ángeles. Dado que se supone que todos los cristianos tienen en sí mismos la luz de la gracia, no tiene sentido compararlos con la tierra, el agua o el aire; y, por ello, empezaremos por el fuego.

Hay, pues, algunos cristianos de intelecto mediocre que no son capaces de comprender la verdad, pero que, gracias a que poseen la luz de la fe y el ardor de la cautela, son comparables al elemento fuego, que es cálido y luminoso. Y así como es más eficiente el calor que la luz, también estos cristianos simples suelen ser más fervorosos por la caridad interior que por la sabiduría y la doctrina.

Hay otros que son ingeniosos, expertos y hábiles en lo que se refiere a la vida activa. Éstos se asemejan al cielo, que con su movimiento e influencias gobierna el mundo terreno.

Por último, hay otros de inteligencia superior, los cuales, estando dispuestos a recibir las iluminaciones divinas y a dedicarse a la contemplación, enseñan a los anteriores e iluminan a los que viven en las tinieblas de la muerte [a causa del pecado]<sup>56</sup>. Podemos compararlos con los ángeles, seres que han sido enviados a servir a los que reciben la herencia de la salvación.

Así pues, recapitulando, podemos decir que, aunque el primer tipo de simplicidad [es decir, por ignorancia] parece convenir a los cristianos de alguna manera, en realidad es el tercer tipo de simplicidad, es decir, en virtud de su semejanza con Dios a través de

---

<sup>56</sup> Cf. Lc 1,79.

la luz de la gracia, la que se aplica más adecuadamente a ellos. Porque el primer tipo de simplicidad, dado que es deficiente en la gracia, es una necesidad.

El segundo tipo de simplicidad [es decir, por ausencia de doblez], aunque es difícil encontrarla sin la gracia, incluso si se encontrara, deberíamos considerarla imperfecta e informe, puesto que no aproxima el alma a Dios por la gracia, mediante la participación del alma en la naturaleza divina, que es sumamente simple.

El tercer tipo de simplicidad, por tanto, incluye siempre al segundo, ya que todo verdadero cristiano elimina de su conducta cualquier tipo de doblez. Asimismo, el tercer tipo perfecciona al primero, pues la gracia perfecciona nuestra naturaleza y guía a todos por el camino correcto, incluyendo a los ignorantes.

## **7. TODO CRISTIANO DEBE ESFORZARSE POR ALCANZAR LA PERFECTA SIMPLICIDAD**

Todos deben esforzarse por acercarse a Dios y -en la medida de lo posible- asemejarse a Él, como dijo el Apóstol: «*Sed imitadores de Dios, como hijos predilectos*»<sup>57</sup>.

Dado que la simplicidad cristiana consiste en hacerse, con la ayuda de la gracia, semejantes a Dios, manifestando uniformidad de pensamiento, palabra y obra, está claro que todo el mundo debería esforzarse seriamente por adquirir la simplicidad perfecta. Pues bien, podemos considerar que hemos adquirido esta simplicidad perfecta cuando estamos tan íntimamente unidos a Dios que no queremos ni pensamos en nada que no sea Dios.

Desde esta perspectiva, examinemos ahora las potencias del alma. Decimos que una persona está esencialmente unida a Dios por la gracia cuando todo lo que piensa, contempla o planea es Dios mismo o cosas referidas a Él; cuando todo lo que su voluntad ama y

---

<sup>57</sup> Ef 5,1.

desea es Dios o alguna cosa amada y deseada por Dios; cuando todo lo que rechaza es rechazado por Dios; cuando su memoria jamás se olvida de Dios y de sus beneficios; cuando su imaginación frecuentemente tiene presente a Cristo crucificado y sus sufrimientos; cuando, por amor a Dios, sus ojos no se detienen en las vanidades, y sus oídos no se entregan a las palabras inapropiadas, y su olfato rechaza los perfumes lascivos, su garganta las comidas y bebidas superfluas, y su tacto los placeres carnales; cuando, en definitiva, sabe liberar a sus otras partes del cuerpo de la esclavitud del pecado, como sugiere el Apóstol: «*Ofrecisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la perversidad, así que ahora poned vuestros miembros al servicio de la justicia, para santificaros*»<sup>58</sup> y «*Tanto si coméis como si bebéis o hacéis cualquier otra cosa, haced todo lo que podáis por la gloria de Dios*»<sup>59</sup>. Pues bien, cuando todo esto lo hacéis con el fin de que en todo sea glorificado Dios, el cual lo hace todo en todo y es bendito en sí mismo, entonces podemos decir que éste es un verdadero cristiano: alguien tan sencillo como una paloma y tan prudente como una serpiente<sup>60</sup>.

En conclusión, toda la vida cristiana tiende a esto: a hacer que el ser humano se purifique de toda contaminación mundana en su intelecto, sus afectos, sus sentidos y en el resto de sus facultades corporales. La persona enteramente purificada se convierte así en templo consagrado a Dios y es como una lámpara colocada para iluminar la oscuridad. Y viendo las buenas obras de esta persona, todos darán gloria a nuestro Padre que está en el Cielo.

Esto es lo que teníamos que decir acerca de la simplicidad interior.

---

<sup>58</sup> Rom 6,19.

<sup>59</sup> 1Cor 10,31.

<sup>60</sup> Cf. Mt 10,16.

### III. LA SIMPLICIDAD EXTERIOR

#### 1. SON SIMPLES AQUELLAS COSAS EXTERIORES QUE GOZAN DE UNA FORMA O VIRTUD PRODUCIDA POR DIOS O POR LA NATURALEZA, SIN QUE MEDIE NADA QUE SEA ARTIFICIAL

Llamamos *naturales* a aquellas cosas o cualidades que no proceden de un artificio sino de una forma natural. Y decimos que éstas derivan naturalmente –y no por medio de las técnicas humanas– porque la naturaleza no produce artefactos como casas, ropa, etc. Del mismo modo, atribuimos a Dios todo lo que procede de alguna forma sobrenatural, infundida por Él, mientras que llamamos *artificiales* a las cosas que son el resultado de la destreza humana.

Así, se dice que son naturales los movimientos del cuerpo humano y de sus miembros cuando siguen la disposición natural del ser humano. En este sentido, por ejemplo, se dice que es natural la manera de expresarse de una persona cuando ésta se comunica de acuerdo con la forma de hablar de aquellos con los que ha vivido desde su infancia, casi como si fuera una segunda naturaleza. Entonces decimos que su modo de hablar es natural y que no es artificioso. Pero cuando una persona deja de lado la forma de expresarse que le es más espontánea y se esfuerza por imitar el modo de hablar o la elocuencia de otros, decimos entonces que habla con artificio.

Del mismo modo, cuando alguien que está lleno de la gracia divina y de la caridad se expresa según el impulso interior, decimos que habla según el Espíritu de Dios, no con artificio. Por el contrario, sobre el que, careciendo de gracia y caridad, habla imitando a las buenas personas, decimos que su modo de hablar no es espontáneo. Lo mismo ocurre con la forma de moverse o de actuar.

Pues bien, podemos definir como *simples* a aquellas cosas que proceden de formas o virtudes naturales o sobrenaturales. Por el contrario, cuando alguien habla o actúa según las reglas de la retórica, dejando de lado su habitual espontaneidad –innata o adquirida–,

decimos enseguida que no habla o actúa con simplicidad, sino de manera artificial.

Queda claro, pues, que los seres humanos llaman *simples* a las obras naturales y *no simples* a las artificiales, ya que la naturaleza confiere simplicidad a las realidades que produce, las cuales carecen de las complicaciones del artificio humano. Si bien éste se esfuerza en copiar la naturaleza, dado que no puede igualarla perfectamente, decimos, en rigor, que produce obras artificiales. Por eso es habitual decir que un artista pinta con ostentación artística cuando se aleja de la imitación de la naturaleza.

## **2. DE MODO ESPONTÁNEO, AL SER HUMANO LE ATRAEN MÁS LAS COSAS SIMPLES QUE LAS ARTIFICIALES**

Como ya hemos dicho, las obras simples son el resultado de la disposición de una forma que Dios ha puesto en la naturaleza. Por tanto, son obra de Dios. De ahí que los filósofos afirmen que la obra de la naturaleza es fruto de una inteligencia [divina]. Por el contrario, las obras artificiales proceden de formas de destreza ideadas por el intelecto humano. Por tanto, son resultado y efecto de la investigación del ser humano. Y puesto que las obras de la naturaleza son más perfectas y más bellas que las obras artificiales, se sigue también que, de modo espontáneo, al ser humano le son más agradables las obras simples que las artificiales.

Además, el propio arte prefiere los productos simples de la naturaleza antes que los suyos propios, hasta el punto de que el arte intenta copiar a la naturaleza y procura realizar –en la medida de lo posible– obras similares a las que ella hace. Si los artesanos pudieran hacer que sus obras fueran naturales, no cabe duda de que lo harían. Por eso vemos que intentan minimizar u ocultar las huellas de su técnica. Por ejemplo, los [buenos] oradores instruyen sobre el arte de la retórica enseñando no sólo a hablar con elocuencia sino también a ocultar el artificio. Del mismo modo, los pintores se esfuerzan en ocultar la técnica que han empleado, para que sus obras resulten naturales.

Por el contrario, los actos y las palabras de los niños deleitan a todos por no tener ninguna duplicidad ni artificio, procediendo naturalmente de la fuente más pura. De ahí que los oradores y los poetas que siguen las reglas técnicas son de poca utilidad. Lo mismo puede decirse de esos [malos] predicadores que, por dar demasiada importancia a la retórica, no dan fruto alguno. Mientras que los apóstoles y otros predicadores que difundieron su palabra siguiendo dócilmente la inspiración del Espíritu de Dios, han cambiado el mundo.

Pues bien, aunque parezca que las obras de arte deleitan a las personas, si consideramos el asunto correctamente, encontraremos que dichas obras deleitan más cuanto mejor reproducen la naturaleza. Tanto es así que quienes elogian una determinada pintura dicen: «¡Mira, estos animales parecen estar vivos! ¡Esas flores parecen naturales!».

### 3. EL VERDADERO CRISTIANO AMA SOBRE TODO LA SIMPLICIDAD EXTERIOR, PONIÉNDOLA EN PRÁCTICA

Todo ser que tiene capacidad de actuar produce cosas similares a sí mismo, según su propia capacidad de actuar. Así, el ser humano engendra seres humanos y el caballo caballos. Digo «según su propia capacidad de actuar», porque, aunque el constructor levante una casa que –por ser una persona– no se le parece, sin embargo, se ajusta a él porque es constructor de casas: es decir, según la idea de casa que le guio en su construcción.

De este modo, las obras exteriores se diferencian entre sí en función de la forma de los seres que producen dichas obras. Así, la vid produce hojas y frutos que difieren de los que produce el olivo, y viceversa, ya que la forma de la vid es diferente a la del olivo. De modo que los frutos y las hojas proceden del desarrollo de la forma. Por eso dice el Señor: «*Por sus frutos podréis reconocerlos, pues ¿acaso recogéis uvas en los espinos o higos en las zarzas?*»<sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> Mt 7,16.

Por ello, es evidente que a partir de una forma interior fundada en la simplicidad sólo puede originarse una simplicidad exterior.

Dado que todos aman a sus semejantes, y que toda causa es solidaria con su efecto, y que toda persona se deleita con sus propias obras, se deduce que la simplicidad interior ama a la simplicidad exterior y, como tal, la abraza. Por tanto, dado que el verdadero cristiano posee la simplicidad interior y se esfuerza en conservarla y perfeccionarla, lo mismo hace respecto a la simplicidad exterior.

#### **4. QUIEN NO AMA LA SIMPLICIDAD EXTERIOR NO VIVE CRISTIANAMENTE**

Hemos visto que la diversidad de las obras surge de la diversidad de las formas [de los seres que las producen]. Cada forma posee una inclinación específica y su propio modo de actuar. Puesto que, en virtud de la gracia, el cristiano está inclinado a la simplicidad, la cual tiende a perfeccionarse en su interior, se deduce que el cristiano está inclinado a la simplicidad exterior.

Al igual que ningún cuerpo está sometido a la forma de su propio peso si no está inclinado a caer, nadie puede tener la gracia y la simplicidad en lo interior de su ser si no se siente obligado a manifestar con obras su simplicidad exterior. Y así como cuando un objeto no está inclinado a caer de modo natural, se deduce que no está sometido a la forma de su propio peso, del mismo modo, cuando alguien no ama la simplicidad exterior, significa que no posee la forma del ser cristiano, la cual viene determinada por la doctrina cristiana.

La carencia de una determinada forma en una cosa se revela por la ausencia de las obras que son propias de dicha forma. Por ejemplo, la planta que no tiene la forma de la vid no puede producir uvas y lo que carece de alma intelectual no es capaz de razonar a través de representaciones mentales. Del mismo modo, quien no tiene la forma de ser cristiano, que consiste en la gracia y la simplicidad, no puede vivir cristianamente.

El alma humana es, según la esencia, una entidad única en la que están arraigadas todas las facultades. Cuando el alma se dirige fija y vigorosamente hacia algún objeto por medio de una de sus potencias, entonces la capacidad operativa de las otras potencias se reduce o, incluso, desaparece. Por ejemplo, cuando uno está concentrado en la observación de un determinado objeto, no puede prestar mucha atención a lo que se le dice ni puede hacer perfectamente ninguna otra cosa.

Pues bien, sabemos que la principal actividad del cristiano es la oración y la contemplación de las verdades de Dios, que requieren la máxima atención, y eso es así debido a la elevación de Dios y a las limitaciones de la mente humana. Por ello, la persona que se dedica intensamente y sin moderación a las cosas exteriores no puede al mismo tiempo elevar su espíritu a Dios. Así, quien no ama la simplicidad y no adapta su vida a ella, sino que desea poseer casas hermosas, ropa elegante, libros adornados y cosas por el estilo, necesita tener mucho dinero, el cual, como es bien sabido, no se puede acumular y guardar sin mucho esfuerzo y preocupación. Por ello, tales personas no pueden dedicarse a la oración y a la contemplación de las cosas sagradas y, en consecuencia, tampoco pueden vivir como cristianos.

Así pues, un cristiano que estima y practica la simplicidad exterior, en tanto que es movido por su amor a Dios, también puede ocuparse ordenadamente de sus asuntos exteriores. Puede, por ejemplo, proveer a su familia y a los pobres, o atender al gobierno de las cosas de la Iglesia que le han sido encomendadas. Y aunque estas actividades –según el dicho evangélico: «*Marta, Marta, estás turbada y ansiosa por muchas cosas*»<sup>62</sup>– pueden distraerle un poco de la oración y del sosiego interior, si dicha persona es capaz de no distraer totalmente su mente, sino que sabe ordenar todas sus acciones al honor de Dios, entonces su alma tenderá hacia Él continuamente o, al menos, habitualmente.

Por el contrario, cuando la persona ama y busca cosas superficiales, se aleja de Dios y se acerca a las criaturas con un afecto

---

<sup>62</sup> Lc 10,41.

desordenado. Y así, ocupando su intelecto y sus sentidos en asuntos mundanos, dicha persona no puede dedicarse eficazmente a la oración y a la contemplación, ni vivir una vida cristiana.

Ésta es la razón por la que las personas justas del Antiguo y del Nuevo Testamento –tanto consagradas como laicas– amaban la simplicidad y la practicaban con constancia. Dedicándose a la contemplación sin vacilar, se convirtieron en personas santas y piadosas, amigas íntimas de los ángeles y de los bienaventurados.

Asimismo, muchos filósofos, impulsados por la pura razón natural, buscando dedicarse mejor a la contemplación de la verdad, han amado y practicado una especie de simplicidad. En cambio, nosotros, que no amamos ni nos dedicamos a la vida interior, porque estamos demasiado absorbidos por los asuntos exteriores, no apreciamos la simplicidad de la vida [cristiana]. Por eso, actualmente no vemos a nadie que esté familiarizado con Dios. Es más, parece imposible que haya alguien que se sienta iluminado por Dios en la conducción de sus asuntos terrenales de la manera en que lo sentían los santos Padres.

## **5. LA SIMPLICIDAD EN LAS COSAS EXTERNAS NO SE APLICA DE FORMA IDÉNTICA A TODOS**

Hemos visto que todas las obras de la naturaleza son simples. Ahora bien, asimismo es cierto que dichas obras son desiguales, pues algunas son más bellas y más perfectas, y otras difieren en su valor, su color o su figura, como se observa en las plantas, las flores, los animales y los otros seres creados.

De igual manera, aunque todas las cosas exteriores propias de la vida cristiana son simples, también difieren de acuerdo con lo apropiado a la condición de cada cual.

El ser humano es un ser sociable, lo que quiere decir que uno por sí solo no es suficiente para proveerse de todas las cosas necesarias para la vida material y la vida espiritual, sino que necesita que un grupo de personas se reúna en sociedad, bajo alguna forma

de gobierno, para apoyarse mutuamente. Por eso, en cada sociedad humana, hay diferentes cargos, grados y actividades. Y como las personas conocen y gobiernan las cosas interiores por las exteriores, es necesario que esta diversidad de obras, dignidades y oficios se distinga por ciertos signos externos, empezando por la ropa. Por ello, ésta varía en su forma, suntuosidad y color. Y lo mismo ocurre con las viviendas y con el resto de las cosas exteriores, en función de la diversidad social antes mencionada.

En todo caso, cada persona debe vivir de forma adecuada, adaptándose a las necesidades de la sociedad de la que forma parte, con el fin de que la simplicidad exterior de la que hablo no se entienda como una elección extraña, vistiendo o viviendo de un modo muy diferente a las demás personas, ya que en ese caso no sería simplicidad sino ostentación.

#### **6. ESTA SIMPLICIDAD DEBE SER EVALUADA NO SEGÚN LOS EXCESOS DE LAS PERSONAS SENSUALES Y MUNDANAS, SINO SEGÚN EL JUICIO DE LAS PERSONAS ESPIRITUALES**

Puesto que la capacidad procede de la naturaleza de las cosas y dado que toda criatura es finita, se sigue que también la capacidad de cada cosa es finita. Así, la capacidad visual no puede conocer nada más que la luz y los colores; la audición nada más que los sonidos; y el intelecto nada más que las realidades naturales y lo que se puede saber a través de ellas.

Del mismo modo que el ojo no puede juzgar en materia de sonido y el oído en materia de color, la persona sensual y mundana, privada de toda luz sobrenatural, no puede emitir ningún juicio fiable en materia de espíritu. La razón principal es que las personas sensuales y mundanas han puesto el fin de su existencia en las cosas creadas y, egoístamente, se sirven de ellas.

Dado que el fin es amado por encima de todo, cuando el ser humano pone su fin en las cosas mundanas, su capacidad de juzgar sabiamente se corrompe, pues las realidades se le presentan desde el ángulo de la ganancia material. En efecto, cada uno juzga según quién

es. Así lo dice el Apóstol: «*El hombre natural [o mundano] no conoce las cosas del espíritu de Dios, pues son para él locura y no puede entenderlas, ya que deben ser interpretadas según las enseñanzas del Espíritu. Pero el hombre espiritual juzga todas las cosas y no está sujeto al juicio de ningún hombre*»<sup>63</sup>. Ya que este último posee la luz por la que se hacen inteligibles las realidades sobrenaturales, puede juzgar correctamente a este respecto.

Aunque tenga que vivir socialmente, el cristiano no debe ajustarse a las formas desordenadas de lo mundano, siguiendo los abusos de las personas carnales, sino que debe juzgar al modo de las personas espirituales. Y aunque nuestros [santos] predecesores –en los que sabemos que habitaba el Espíritu de Dios– no indicaron a todos la medida y el criterio de la simplicidad, sí se lo transfirieron a los clérigos y a los religiosos. Éstos, por tanto, no deben apartarse de las normas y mandatos de sus [santos] predecesores, pues, así, nadie podrá acusarles de [introducir ninguna dañina] novedad, sino, por el contrario, serán imitadores suyos y buenos cumplidores de sus mandatos –en los que hay un eco del Espíritu Santo–, aunque la costumbre actual –o, mejor dicho, la corruptela actual– parece contraria a las antiguas reglas.

Por ello, los laicos pueden tomar y seguir el consejo de las personas espirituales. Y éstas deben darles algunas reglas por las que ellos puedan entender fácilmente lo que hay que hacer. De esto hablaremos a continuación.

#### **7. LA MEDIDA DE LA SIMPLICIDAD EXTERIOR PUEDE ENCONTRARSE EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS Y ADAPTARSE A LA CONDICIÓN DE VIDA DE CADA CUAL**

Como las personas no acostumbran a atenerse a los dictados de la simplicidad exterior, especialmente en su vestimenta, comenzaremos por aquí y así luego será fácil pasar a otros casos. Pero hay que señalar que no es posible determinar una norma detallada para cada condición de vida a partir de la Escritura, en cuanto a los

---

<sup>63</sup> 1Cor 2,14-15.

detalles –como la forma, el color y la calidad–, a la manera como lo hicieron los fundadores de las Órdenes religiosas al establecer Reglas y Constituciones para sus hijos. Con todo, cada cual podrá fácilmente, de acuerdo con lo que iremos diciendo, saber lo que más conviene a su condición.

Comencemos con las enseñanzas apostólicas. Dice san Pedro:

*«Vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que, si algunos no creen en la Palabra, sean ganados sin palabras por la conducta de sus esposas, al ver vuestro modo de vida casto y respetuoso. Que vuestro adorno no esté en el exterior, en forma de cabellos trenzados, ornamentos de oro o vestidos suntuosos, sino en el interior de vuestra alma, en la firmeza de un espíritu amable y calmado, lo cual es de gran valor ante Dios»<sup>64</sup>.*

En su primera carta a Timoteo, san Pablo dice:

*«Quiero que las mujeres se vistan decentemente, con modestia y verdad, no con trenzas ni con oro, perlas y ropas finas, sino con buenas obras, como corresponde a las mujeres que profesan la vida espiritual»<sup>65</sup>.*

En primer lugar, de estas palabras se desprende inmediatamente que en estos pasajes de las Sagradas Escrituras no se habla de las mujeres de condición humilde, ya que sería una necedad aconsejarles que no se adornen con oro, gemas y vestidos valiosos. Tampoco se menciona a las religiosas, ya que no existían en aquella época. Y cuando san Pedro recomienda la sujeción a los maridos, se dirige, evidentemente, a las mujeres casadas.

En segundo lugar, también hay que señalar que, dado que las mujeres son naturalmente más proclives a embellecer su cuerpo que los varones, no es tan vergonzoso que ellas se adornen a que lo hagan ellos. [De hecho,] vemos cómo los varones que se dejan crecer el pelo como las mujeres y se adornan profusamente, son objeto de burla por parte de todos. Esto dice el poeta [Ovidio] al respecto: «Aleja de

---

<sup>64</sup> 1Pe 3,1-4.

<sup>65</sup> 1Tim 2,9.

nosotros a los jóvenes que son suaves y ceñidos como una mujer»<sup>66</sup>. Por tanto, si las Sagradas Escrituras ordenan a las mujeres cristianas adineradas que observen tal simplicidad en su vestimenta y adornos, y que prescindan del oro y de las joyas para mostrar pudor y sobriedad –lo cual se espera de las que han prometido llevar una vida devota y laboriosa–, ¿cuánto más debería aplicarse tal amonestación a los varones?

En tercer lugar, aunque comúnmente se entiende por prendas valiosas aquellas tejidas con oro, plata y seda, sin embargo, el lujo debe juzgarse según los diferentes grados de la escala social. Porque una misma cosa puede ser valiosa para unas personas y vulgar para otras.

En cuarto lugar, debe notarse que este juicio se debe tomar a partir de aquel instinto natural –que es propio del sentido común– de acuerdo con el cual se estima que es santo todo aquel que vive en la simplicidad. Así pues, de acuerdo con cada estrato social, deben ser consideradas valiosas –y, por tanto, han de estar prohibidas– todas aquellas prendas que la gente considera que son incompatibles con la santidad.

Finalmente, en quinto lugar, todo cristiano, como tal, hace profesión de santidad y de vida espiritual, y esto no puede lograrse sin una simplicidad interior y exterior, como se desprende de lo dicho hasta ahora.

Consideradas estas ideas generales, pasemos ahora a cuestiones de carácter particular y, teniendo en cuenta los vicios carnales y las malas costumbres que han arraigado tan profundamente, hagámoslo dando consejos, no mandatos, para que la persona que quiera comenzar a vivir la espiritualidad cristiana lo haga practicando la simplicidad en cuanto a la ropa, la casa y todas las demás cosas exteriores.

Comenzando con las mujeres, a ellas les recuerdo, conforme al mandamiento del Señor y a los compromisos bautismales, que, como mujeres cristianas, se han comprometido a vivir piadosamente,

---

<sup>66</sup> OVIDIO, *Heroides*, 4,75.

realizando buenas obras y evitando adornarse con oro, gemas, prendas valiosas y otros adornos inspirados en la vanagloria o la sensualidad.

A las reinas, sus hijas, sus nueras, a las damas de honor de la casa real, e igualmente a las duquesas y a las esposas de los príncipes, les doy este consejo: que lleven sólo en contadas ocasiones y por motivos razonables –y, aun así, con moderación– un vestuario que sea excesivamente valioso, que incluya oro o plata, o con piedras preciosas, que muestre opulencia y vanidad mundana. A las mujeres de tal rango les aconsejo que lleven prendas de seda, pues, para ellas, esto no me parece que vaya contra la simplicidad, incluso si llevan algunas joyas de oro o plata, pero siempre con moderación. Esto se debe, repito, a su dignidad social. Con todo, estoy personalmente convencido de que darían un buen ejemplo vistiendo a menudo ropas de lana, pero fina, no lana tosca, con el fin de disipar la sospecha de que intentan presumir de su santidad [usando una vestimenta demasiado modesta]. Lana fina, repito, como corresponde a su dignidad.

Las mujeres de la nobleza cuyos esposos no ocupan puestos eminentes de gobierno, no deben llevar vestidos de seda, sino de lana. Sus prendas más valiosas han de estar hechas con paño de grana, con mangas que pueden ser de seda, como es la moda. En el caso de las mujeres de la nobleza cuyos esposos no forman parte del gobierno, pero tienen un alto linaje y una considerable riqueza, pueden, aunque rara vez, usar ropa de seda. En cualquier caso, todas estas mujeres deben vestir normalmente con tela modesta, incluso con paño menos valioso que la grana, especialmente las que han alcanzado los treinta o treinta y cinco años de edad, a las cuales, además, les conviene usar telas de color oscuro o poco llamativo.

Las mujeres de los artesanos y de todos los otros que no son miembros de la nobleza, no deben vestir paños de grana ni otras telas elegantes, sino otro tipo más o menos costoso, dependiendo de su rango social.

Las mujeres de los campesinos y de los artesanos de menor categoría que viven en las ciudades, deben utilizar paños gruesos y

baratos. Lo mismo han de hacer las mujeres pobres y de bajo rango social, como las sirvientas y otras similares.

Las monjas, habiendo hecho la profesión de practicar la pobreza, tienen que llevar ropas toscas si quieren mantener perfectamente su voto, ya que están obligadas a dar testimonio de auténtica pobreza y radical simplicidad no sólo interior, sino también exterior. Y para que no se vean obligadas a pedir limosna y a salir del monasterio todos los días, deben remendar su propia ropa y usarla durante el mayor tiempo posible, aunque esté desgastada.

La razón de estos consejos es el hecho de que los apóstoles se dirigieron sobre todo a las mujeres ricas, las cuales disponen de abundantes piedras preciosas y de oro, y son naturalmente más proclives a dar culto al cuerpo. Pero –como ya he dicho–, es necesario tener en cuenta la diferente condición y dignidad de estas mujeres, pues, lo que son prendas costosas para algunas, carecen de valor para otras, según el rango de la portadora.

Por ejemplo, para una campesina es lujosa la ropa que suele llevar la esposa de un artesano; para ésta es lujosa la vestimenta que usa comúnmente una mujer de la nobleza; y para ésta lo es la que usan las duquesas y las reinas. En el caso de estas últimas, son prendas lujosas aquellas que universalmente son consideradas por tales.

Por tanto, si consideramos cuidadosamente el modo de vida habitual y recto de nuestros tiempos, en consonancia con las promesas hechas por el cristiano en el Bautismo –cuando renunciamos a Satanás y a todos sus artificios y obras–, quedará claro que ésta es la medida correcta de vestir para cada grado y condición social. Y si me he equivocado al determinar el término medio, he errado más por exceso que por defecto, sobre todo si tenemos presente lo que ya se dijo en el cuarto consejo que di para proteger la reputación de santidad [a saber: se estima que es santo todo aquel que vive en la simplicidad].

Si algunas de las mujeres de las que hemos hablado se visten de la manera mencionada, nadie podrá juzgarlas negativamente si se tiene en cuenta la condición de cada una. Sin embargo, la experiencia

nos ha demostrado que cuando las mujeres se exceden en su vestimenta, de acuerdo a lo que hemos dicho, son fácilmente descartadas como mujeres santas y espirituales. Puesto que, al ver a una campesina que no usa telas gruesas y viles, o a una artesana usando paños de lana costosa, o a una noble vestir de seda, o a una reina o a una duquesa vestidas siempre de lujo y luciendo gemas, ¿quién va a creer que son mujeres santas y espirituales? ¿No se ofendería más bien el alma de una persona si se le dijera: «estas son santas» y luego las viera así adornadas? ¿No dirá: «¿cómo pueden ser santas y espirituales estas mujeres que no han renunciado a las vanidades del mundo?».

Y si alguien nos pone como contraejemplo a santa Cecilia –cuya fiesta celebramos hoy– porque llevaba el cilicio bajo sus espléndidas vestiduras, yo le respondería, en primer lugar, que como era una noble romana, sólo hizo esto el día de su boda [a la que asistía contra su voluntad]; y, en segundo lugar, ya hemos comentado que es perfectamente válido que, en ciertos casos especiales, las mujeres de la nobleza aparezcan en público con ropa similar. Además, siendo sus padres y su marido todavía paganos, la joven no podía oponerse a quienes le pedían que vistiera esa ropa. En todo caso, por consejo del Espíritu Santo, santa Cecilia ocultó en su interior temporalmente su voto cristiano [de virginidad] y, cuando lo reveló públicamente, fue martirizada [logrando antes que su marido respetara su virginidad y se convirtiera al cristianismo].

Si alguna mujer dijera: «Yo también tengo la intención de ser cristiana de corazón, pero mantendré mi compromiso de vivir como cristiana bajo mi lujosa ropa», le respondería que, puesto que hay dos mandatos de la caridad: el amor a Dios y el amor al prójimo, debemos, como enseña el Apóstol, «*comportarnos bien [en todo]*»<sup>67</sup>, no sólo ante Dios, sino también ante todas las personas. Sobre todo, porque el Señor ha advertido: «*¡Ay de ese hombre por el que viene el escándalo!*»<sup>68</sup>. En efecto, es un escándalo decir o hacer algo inapropiado que sea ocasión de ruina para el prójimo. Por tanto, no es correcto ocultar el ideal cristiano en el corazón, mientras se escandaliza al prójimo con

---

<sup>67</sup> Hb 13,18.

<sup>68</sup> Mt 18,7

la práctica del mal ejemplo, especialmente cuando esto se hace ante las jóvenes, pues ellas corren un gran peligro con estas formas de comportamiento. Por eso dice el Señor:

*«Si alguien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en Mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino de las que hacen girar los asnos y lo sumergieran en las profundidades de la tierra»<sup>69</sup>.*

Por consiguiente, si las mujeres deben observar este tipo de simplicidad, ¡cuánto más lo han de hacer también los varones! Que éstos aprendan la simplicidad de las mujeres, porque ellos deben vestir –siempre según los grados de dignidad antes mencionados– con mayor simplicidad y sobriedad que sus mujeres.

Y si los laicos tienen que practicar esta simplicidad y modestia, ¡cuánto más los clérigos! Y si lo han de hacer los clérigos, ¡cuánto más los monjes! Y si lo han de hacer los monjes, ¡cuánto más los frailes mendicantes!

Lo que se ha dicho de la ropa debe aplicarse también, según la condición y el grado social, a las viviendas y a las demás cosas, siempre de acuerdo con la regla expuesta, esto es, según aquel juicio que parece proceder de una inclinación natural como medida y regla de la simplicidad exterior respecto de cualquier estado y condición. Pues, como se ha dicho, cada uno según esta inclinación, todo el mundo tiene por santo a la persona que vive con simplicidad y como no santo a quien sigue apegado a las cosas terrenales. Del mismo modo, el verdadero cristiano ha de vivir santa y espiritualmente, pues, de no ser así, no puede tenerse como tal.

En consecuencia, los cristianos deben construir sus casas, usar la ropa y tomar los alimentos de manera sencilla, para no desprestigiar el nombre de cristianos. Sabemos por experiencia que, si una persona oye decir que los frailes de un determinado convento son unos santos religiosos, inmediatamente imagina lo maravillosos que son por su simplicidad y pobreza. Pero si dicha persona, después, visitando ese convento, ve los claustros magníficamente contruidos

---

<sup>69</sup> Mt 18,6.

y las celdas pulcramente amuebladas, y observa cómo todo en el convento refleja una vanidad mundana, inmediatamente se hace una idea muy diferente de aquellos frailes. Lo mismo se aplica a los clérigos, respetando el rango de cada cual.

Y esto también debe aplicarse a los laicos, pues si ves a alguien construyendo una casa que muestre arrogancia o vanagloria, ya que no corresponde al estatus social al que pertenece, automáticamente te convencerás de que no puede tratarse de una persona verdaderamente simple y espiritual.

Por eso, tienes que vivir recta y espiritualmente, según el dicho evangélico: *«Que vuestra luz brille ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el Cielo»*<sup>70</sup>. De modo que todo cristiano tiene que procurar, antes de nada, ser un verdadero cristiano según el doble mandato de la caridad, esto es, no sólo ante Dios, sino también ante las personas. Asimismo, todo cristiano debe esforzarse por ser edificante a los ojos de su prójimo, dando ante él una imagen ejemplar de sí mismo en las cuestiones externas, como el habla y la acción, la vivienda y el vestido. Y debe cuidar de no dar ocasión al escándalo en este sentido, para que no se arruine o se devalúe la buena fama que tiene la vida espiritual. Pues dicha fama le es útil al prójimo ya que le alienta a honrar a Dios, refrena su ánimo y no le deja caer en el pecado. De hecho, son muchos a los que esa fama les previene del mal.

A partir de este análisis, quien lo desee, podrá encontrar fácilmente la medida de su simplicidad, eso sí, siempre que no quiera engañarse buscando excusas falsas para justificar con palabras perversas su conducta inmoral. Y esta simplicidad no se puede conocer ni observar perfectamente si antes no se entiende de qué manera uno debe apartar de sí lo superfluo. Por ello es necesario que ahora abordemos este tema.

---

<sup>70</sup> Mt 5,16.



## IV. LA RENUNCIA A LO SUPERFLUO EN FAVOR DE LOS POBRES

### 1. DIFÍCILMENTE ENTRARÁN EN EL REINO DE LOS CIELOS LOS QUE DESEAN LA RIQUEZA

Decimos que *desean la riqueza* aquellos que buscan adquirir no sólo lo indispensable para la vida, sino cosas que están por encima de lo que corresponde a la dignidad de su condición social. Precisamente de estos se ha dicho que no entrarán en el Reino de los Cielos, o tendrán mucha dificultad para hacerlo<sup>71</sup>.

Dado que todo agente actúa con un fin y puesto que el fin no puede agrandarse hasta el infinito, es inevitable que los agentes se fijen un fin último en virtud del cual se actúe en cada cosa. Pues bien, quienes han planeado alcanzar riquezas: o bien han puesto su fin último en el Creador, o bien lo han puesto en las criaturas, ya sea acumulando posesiones, ya sea engordando la soberbia, o ya sea disfrutando de los placeres carnales que están a su alcance. En el segundo caso, es imposible que entren en el Reino de los Cielos si antes no han hecho penitencia por haber preferido las criaturas al Creador.

En el primer caso, cuando el fin último está puesto en Dios, puede entenderse de tres maneras. La primera, cuando se quiere rendir homenaje a Dios, es decir, cuando se utiliza el dinero para construir lugares sagrados para honrarlo y glorificarlo. La segunda, por cuidado de uno mismo, esto es, cuando, por devoción a Dios, se busca una seguridad económica que permita servir a Dios con mayor tranquilidad, o cuando se pretende poder dedicarse más plena y abundantemente al culto de Dios. La tercera, respecto al prójimo, cuando se considera la riqueza como un instrumento de caridad hacia otras personas, para aliviar su necesidad. O, dicho de otro modo, cuando se da limosna a los pobres.

---

<sup>71</sup> Cf. Mt 19,23-30.

Y, sin embargo, debe uno estar siempre atento, no sea que estos que dicen acumular riquezas argumentando las razones anteriores, se estén engañando a sí mismos por instigación del diablo, transfigurado en ángel de luz, para sentirse así justificados ante su acumulación de posesiones, pensando –erróneamente– que con tales razonamientos entrarán fácilmente en el Cielo.

Porque no hay existencia más exigente que una auténtica vida cristiana. De hecho, en ella el *intelecto* debe aceptar las altas y difíciles verdades de la fe, y ha de aplicarse continuamente a la oración con no poca disciplina. En cuanto al *sentimiento*, se pide al cristiano que ame lo invisible y que desprecie las cosas visibles, algo que obviamente no es nada fácil. Asimismo, el *cuerpo* debe ser dominado y devuelto a su oficio de siervo. Y, finalmente, sabemos que sólo podemos entrar en el Reino de Dios pasando por muchas *tribulaciones*.

De ello se deduce que todo cristiano debe esforzarse por elevar su espíritu a las cosas celestiales y para lograrlo no le basta la buena voluntad si no le ayuda la gracia divina. Por ello, todos podemos ver lo difícil que es perseverar en el camino del Señor, incluso para aquellos que han profesado renunciar a las cosas terrenales.

Los que aspiran a amasar una gran riqueza –aunque lo consigan honestamente, lo cual es muy difícil– sólo lo logran con un gran esfuerzo. Porque uno se hace rico siempre o casi siempre en detrimento de otras personas. Y, además, la experiencia nos enseña que nadie puede lograrlo sin dispersarse en muchos objetivos, con cuidados y preocupaciones muy grandes. Un ejemplo muy llamativo de ello son esos clérigos y religiosos que, con la excusa de honrar a Dios y procurar fondos para el embellecimiento de las iglesias, van de casa en casa, recorriendo la ciudad, descuidando el compromiso con la oración.

En efecto, es contradictorio pretender ocuparse simultánea y fructíferamente de las cosas superiores e inferiores. Por ello, aquellos que buscan enriquecerse han de desentenderse –de mente y corazón– de los bienes espirituales y de la oración perseverante.

Por otra parte, la persona que no se dedica con la debida diligencia a las cosas divinas, estará sujeta a los asaltos de la tentación,

ya sea por el antagonismo natural que hay entre la carne y el espíritu, o por las sutiles artimañas del diablo, o por los enredos mundanos y la hostilidad de los no creyentes. De todo esto se concluye que dicha persona difícilmente podrá evitar el pecado y entrar en el Reino de los Cielos.

Pero, después de todo, ¿es realmente necesario perder más tiempo en demostrar esta verdad, cuando la experiencia cotidiana la confirma? A este respecto, dirigiéndose a los fieles de todos los tiempos, el apóstol [san] Pablo dice lo siguiente:

*«Nada hemos traído al mundo y, ciertamente, nada podemos llevarnos de él. Así que, cuando tengamos lo suficiente para comer y vestirnos, contentémonos con eso. Los que quieren enriquecerse, caen en la tentación, en las trampas del diablo, en muchos deseos insensatos y ficticios que arrastran a los hombres a la muerte espiritual y la perdición del alma. Porque la raíz de todos los males es el apego al dinero; y algunos que han buscado tenerlo se han alejado de la fe, infligiéndose numerosos tormentos. Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas y busca la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la fortaleza y la mansedumbre. [Pelea el buen combate de la fe] para que alcances la vida eterna a la que has sido llamado y por la que has hecho una hermosa profesión de fe ante muchos testigos»<sup>72</sup>.*

## **2. INCLUSO CUANDO DEJA DE ACUMULAR BIENES, EL RICO CORRE EL PELIGRO DE NO ENTRAR EN EL REINO DE LOS CIELOS**

Cuando una persona no tiene riquezas a las que aferrarse, las desprecia fácilmente; pero es igualmente cierto que, cuando se poseen, es difícil no quererlas. Ahora bien, dado que el deseo viene después del conocimiento, como es escaso y muy remoto el conocimiento que nosotros tenemos de las cosas eternas y, por el contrario, es muy amplio el conocimiento de las cosas terrenales, y estando estas últimas siempre presentes a nuestros sentidos, es casi imposible tener las riquezas ante los ojos y no sentirse atraído por la fascinación que emana de ellas.

---

<sup>72</sup> 1Tim 6,7-12.

La voluntad del cristiano es como un hierro entre dos imanes, es decir, se encuentra a medio camino entre, por un lado, las representaciones eternas que se conocen a través de la fe y, por otro, la atracción de las riquezas temporales y los deseos que seducen a los sentidos. Así, la fe lo atrae hacia arriba, mientras que la sensualidad lo inclina hacia abajo, hacia lo terrenal.

Además, sabemos que un objeto que es captado físicamente por nuestros sentidos nos atrae más que si fuera algo meramente imaginado. De este modo, el oro y la sensualidad nos resultan más deseables cuando están ante nosotros que cuando los imaginamos.

Por tanto, teniendo siempre presentes las riquezas, el rico es atraído hacia abajo más que si estuvieran lejos de él. En consecuencia, aunque un rico hubiera decidido no enriquecerse más, la entrada en el Reino de los Cielos será más difícil para él que para un pobre. Por no hablar de las muchas cosas que son necesarias para conservar estos bienes, como los sirvientes, el ganado y todo lo demás. Por ello, teniendo la mente ocupada en lo mundano y alejada de lo divino, el rico es presa fácil para las tentaciones del demonio y de la carne y, así, es más proclive a caer en el pecado.

Por eso, el sabio [Jesús ben Sirá] dice con razón: «*Dichoso el rico en el que no aparece ninguna mancha, ni ha corrido tras el oro*»<sup>73</sup>. La experiencia confirma esta verdad, ya que podemos contar con los dedos de la mano los ricos que viven una vida cristiana. Y –como dije al principio–, esto lo afirma con mayor autoridad aún el propio Cristo cuando dice que «*el rico no puede entrar en el Reino de los Cielos*»<sup>74</sup>.

### 3. HAY QUE LLEGAR A DESPRECIAR LAS RIQUEZAS

Hay que aborrecer las riquezas como el enfermo aborrece la medicina amarga, que sólo recurre a ella por necesidad y con cierta repugnancia. De hecho, dado que –como dije– no podemos vivir sin bienes materiales, aunque sean peligrosos para nuestra salvación,

---

<sup>73</sup> Eclo 31,8.

<sup>74</sup> Mt 19,23.

debemos aceptarlos como una medicina amarga para nuestra vida corporal. Sin embargo, considerando su carácter desagradable para el gusto espiritual y su peligrosidad para la salud del alma, deberíamos desear vivir –si esto fuera posible– sin tener que recurrir a los bienes materiales: como el enfermo que, pudiendo curarse gracias a otro tipo de tratamiento, prefiere renunciar voluntariamente a las medicinas.

En efecto, cuando se ama una cosa no por sí misma, sino con vistas a otro fin, se la estima en la medida en que es necesaria para dicho fin. Por eso, el enfermo no quiere la medicina amarga en dosis abundantes, sino lo justo para recuperar la salud. De hecho, el enfermo tiende a reducir continuamente las dosis que se le recetan. Análogamente, afirmo que quien no aborrece las riquezas, quien no las considera peligrosas para su vida espiritual, difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Me refiero a quienes, habiendo tenido la oportunidad de desprenderse de ellas –cuando esto fuera compatible con su estatus o condición social–, no estarían dispuestos a hacerlo, aun sabiendo que las riquezas son peligrosas para la salvación eterna o, al menos, son un obstáculo para la consecución de bienes más nobles. También me refiero a cualquier persona cuyo corazón esté fijado en las realidades terrenales por razones distintas a las necesidades de la vida corporal y la dignidad de vivir en una sociedad civilizada. Estos –como ya he dicho– difícilmente entrarán en el Reino de los Cielos.

La razón de los peligros mencionados es el amor [egoísta] a nosotros mismos, que nos asalta violentamente desde muchos lados. En primer lugar, tenemos el instinto de conservación, que es lo más natural, y por el que cada uno se esfuerza en preservar su propio ser. En segundo lugar, y con mucha vehemencia, tenemos el deseo de propagar la especie, un deseo que es común a todas las criaturas animadas. Ésta es la concupiscencia de la carne. En tercer lugar, tenemos el deseo de gloria, que es concebido en nuestro intelecto, y que es un impulso muy impetuoso, como nosotros mismos sabemos por experiencia.

Así, el ser humano, convencido de que por medio de las riquezas puede alcanzar más fácilmente todo aquello que tan vehementemente desea, las coloca en el centro de sus pensamientos,

según el dicho de Salomón: «*El dinero lo procura todo*»<sup>75</sup>. De esta valoración se deriva el ardiente deseo de poseer riquezas. Por tanto, si el cristiano no las considera como una medicina amarga, llena de peligro para la vida espiritual, y no las aborrece en el modo antes mencionado, difícilmente entrará en el Reino de los Cielos.

Cuando consideramos la enseñanza de Cristo, encontramos la misma doctrina: «*Nadie puede servir a dos señores [porque] o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se encariñará con el primero y descuidará al segundo*»<sup>76</sup>. Y para que no surjan dudas de interpretación, añade: «*No podéis servir a Dios y a las riquezas*»<sup>77</sup>. Observa las palabras y presta atención al significado que contienen. Después de haber dicho: «*Nadie puede servir a dos señores*», en lugar de decir condescendentemente que sirviendo a uno no podrá servir al otro, afirma: «*aborrecerá a uno*» de ellos, que el Señor identifica con las riquezas, reservando para el otro su predilección. En cuanto a los señoríos terrenales, por supuesto, podemos servir a más de uno sin aborrecer a ninguno.

El argumento es claro: quien no desprecie las riquezas no entrará en el Reino de los Cielos o lo hará con dificultad. El «*nadie puede*» indica una imposibilidad o una dificultad. Hay *imposibilidad* cuando no aborrecemos las riquezas y no las consideramos como una de las formas de oponerse a la voluntad de Dios. Pero si, no usándolas de un modo ilícito, sino que, a sabiendas de que son peligrosas, las usamos como un medio necesario a modo de medicina amarga, entonces lo que hay es *dificultad*.

#### 4. EL CRISTIANO DESEA POSEER SÓLO LO QUE ES NECESARIO PARA LA VIDA CORPORAL Y ESPIRITUAL

Los bienes exteriores que son necesarios para la vida espiritual son los sacramentos de la Iglesia. Evidentemente, los sacramentos no pueden existir sin algunos objetos imprescindibles, tales como paños,

---

<sup>75</sup> Ecle 10,19.

<sup>76</sup> Mt 6,24.

<sup>77</sup> Mt 6,24.

ornamentos, libros sagrados y todo aquello cuya falta haría imposible o muy trabajosa la conservación de la vida espiritual. Algunos de estos bienes son responsabilidad exclusiva del sacerdote, otros conciernen también a los laicos, dependiendo de su condición. De estos bienes, el verdadero cristiano no quiere nada más que lo indispensable para la vida espiritual.

Del mismo modo diré que, en lo que respecta a la vida corporal, el cristiano no busca en absoluto nada más que la ropa, la comida y el alojamiento, de modo que queden cubiertas sus necesidades básicas. Sin embargo, no hay que excluir que también desee otras cosas que no son estrictamente esenciales para la vida corporal y espiritual, y esto lo hace para poder vivir cómoda y decorosamente en sociedad, es decir, afín de ser útil para la salud física o espiritual del prójimo, así como para otras eventualidades que más adelante explicaremos. Esto es evidente, ya que cuando un afecto bien ordenado desea sin limitaciones el fin último, también desea y trata de procurar con moderación los medios adecuados, según lo que resulte necesario para alcanzar ese fin.

Por ejemplo, cuando la naturaleza quiere producir un fruto en un árbol, se esfuerza por hacerlo lo más perfecto posible, pero sin utilizar toda la humedad y el calor de que dispone, sino sólo lo suficiente para la perfecta maduración de dicho fruto. Del mismo modo, el enfermo desea recuperar su salud en el mayor grado posible, pero no toma, sin embargo, [de una vez] todos los medicamentos que son adecuados para el propósito, sino sólo las dosis que son suficientes.

Así, el cristiano, como ya se ha dicho, si bien no pone límites a la conservación y el crecimiento de la gracia y la caridad, hace un uso moderado de los medios adecuados para facilitar la adquisición de ambos bienes, esto es, el ayuno, la vigilia y la oración. Y se impone una medida mucho más estricta en las realidades extrínsecas que están subordinadas a la vida corporal, sobre todo cuando los excesos constituyen una amenaza para su salvación. Por tanto, ya que la superabundancia de bienes y riquezas materiales resulta peligrosa para el alma por las razones mencionadas, es necesario tomar medidas más rigurosas respecto a estas realidades, de tal forma que

el cristiano las ha de manejar con suma moderación, no deseando nada más de lo necesario y rechazando todas las cosas superfluas.

**5. EL CRISTIANO PUEDE DESEAR Y OBTENER LAS COSAS NECESARIAS DE ACUERDO CON LA DIGNIDAD DE SU ESTADO, AUNQUE ÉSTAS NO SEAN NECESARIAS PARA LA VIDA ESPIRITUAL O CORPORAL**

El ser humano –como hemos visto– es un ser sociable y, por tanto, vive con otros seres humanos. Por ello, está obligado a no ofender ni ser perjudicial para su prójimo y a no ser una carga para la comunidad, sino que, más bien, debe ser alguien útil y necesario para ella. Cada uno de nosotros, ya sea un príncipe, un artesano o cualquier persona que no pretenda abandonar el mundo y convertirse en sacerdote, religioso o similar, sino vivir en el mundo con un compromiso cívico según su condición y sus posibilidades, no podría vivir decorosamente en su ciudad poseyendo sólo las cosas necesarias para la conservación de la vida corporal. Por tanto, dado que a nadie se le prohíbe, sino que más bien se le exige vivir con dignidad, no peca quien intenta tener más de lo estrictamente necesario para conservar su vida espiritual y corporal, afín de vivir decorosamente, según su condición.

Por el contrario, si un individuo no se comporta según requiere su condición y lleva un nivel de vida inferior al exigido por su rango social, entonces se comporta imprudentemente, sea porque, tratando de exhibir su santidad, en realidad sería visto como un hipócrita y no como un buen cristiano; sea porque, queriendo dar un buen ejemplo, en realidad causaría un gran escándalo; o sea porque, careciendo de la necesaria honorabilidad, la vestimenta adecuada y una suficiente capacidad económica, no podría ejercitar honestamente ningún cargo o magistratura de la ciudad y, así, se convertiría en un inútil para su comunidad. Además, dicho individuo tampoco podría ayudar a los pobres ni realizar otras buenas obras [como correspondería a su verdadera condición social].

**6. EL CRISTIANO DEBE DAR A LOS POBRES TODO LO SUPERFLUO, ES DECIR, AQUELLO QUE EXCEDE EL DECORO QUE LE CORRESPONDE A SU CONDICIÓN SOCIAL**

Ahora podemos comprender fácilmente por qué todo aquel que no distribuye lo superfluo entre los pobres corre el peligro de sufrir un grave castigo divino: pues no sólo los que desean ser ricos, sino también aquellos que no rechazan la acumulación de riquezas, e incluso los que las sobrevaloran, difícilmente entrarán en el Reino de los Cielos.

¿Qué pasa con los que acumulan bienes superfluos en su almacén? Éstos no aborrecen las riquezas ni las utilizan como «medicina». Puesto que es obligación de todo cristiano, más aún, de toda persona, huir de las ocasiones de pecado, según el dicho del sabio [Jesús ben Sirá]: «*Guárdate del pecado como de una serpiente*»<sup>78</sup>, es evidente que ningún cristiano puede guardar lo superfluo, sino que debe darlo a los necesitados.

Además, habiendo prometido en el Bautismo renunciar a Satanás, a las vanidades y a todo lo que él fomenta, el cristiano que conserva consigo las riquezas superfluas demuestra que no ha hecho realmente estas renunciaciones. Puesto que se trata de bienes materiales que no son necesarios para el sustento o el decoro de su condición social, sólo los posee irracionalmente y por sugestión diabólica.

Las riquezas no deben amarse nunca por sí mismas, sino sólo como medio para satisfacer las necesidades de la vida presente. Todo lo que no es esencial para el sustento o el decoro revela fines ilícitos si no se distribuye para paliar las necesidades de los pobres o de la Iglesia. Lo que reservamos para fines injustificables, lo guardamos por sugestión diabólica. Porque si carecemos de un buen fin, es porque nuestros objetivos son malignos.

Sin embargo, supongamos el caso de que ni la Iglesia ni el prójimo estuvieran necesitados, lo cual es muy difícil, por lo dicho

---

<sup>78</sup> Eclo 21,2.

por el Señor: «*Siempre tendréis pobres a vuestro alrededor*»<sup>79</sup>. En tal caso, ciertamente, el excedente debería acumularse para subsanar aquellas necesidades que pudieran en el futuro acaecerle a la Iglesia, a la comunidad o a los pobres. Al enriquecerse cada vez más de esta manera lícita, el cristiano debe mantenerse en el temor de Dios y no apegar su corazón a sus propias posesiones, sino considerarlas como ya destinadas a los tiempos difíciles que puedan venir. Y ha de convencerse de que Dios se los ha concedido y multiplicado para que sean útiles en el futuro para su comunidad, la Iglesia y los pobres.

También hay que tener en cuenta que el bien tiende por naturaleza a extenderse. Dios, que es el bien supremo, extiende por todas partes su propia bondad. También de los ángeles<sup>80</sup> enseñan las Sagradas Escrituras y los santos Doctores de la Iglesia que, iluminándose unos a otros, se esfuerzan por propagar su riqueza espiritual a todas las personas. Algo así se puede ver en todo el universo, especialmente en aquellas cosas que tienen abundancia de cualidades beneficiosas y capacidad de difusión. Es inherente a la naturaleza de cada ser –como he dicho– realizarse como lo que es, haciendo cosas que se parecen a sí mismo. Por eso, las realidades naturales y sobrenaturales, cada una a su manera, colmada su necesidad, dan a las otras cosas la bondad que no necesitan. Esta inclinación parece responder a una ley de la naturaleza.

Por tanto, está claro que un individuo que no quiere dar a los pobres lo que le sobra, actúa contra las inclinaciones naturales de todas las criaturas y contra la ley de la naturaleza. De dicho individuo no se puede decir que sea bueno, ya que la bondad, por naturaleza, se comunica a los demás. En consecuencia, tampoco se puede decir que sea cristiano.

Alguien podría objetar diciendo: «Admito que parte de lo superfluo –o del excedente– debe repartirse entre los pobres, pero no todo». Y yo le respondería: «Dígame, por favor, cuando usted ha regalado la mitad de lo superfluo, ¿es también superflua la otra mitad que le queda, o acaso no lo es?». Me parece que no podrá negar que,

---

<sup>79</sup> Jn 12,8.

<sup>80</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I, q. 106, a. 4; q. 111.

siendo el todo superfluo, la mitad también lo es. Por ello, de esta parte que le resta, estará obligado a dar una porción a los pobres y, por la misma razón, estará de nuevo obligado a dar una parte de aquello que le sobre de esta actividad. Aunque los matemáticos podrían dividir lo superfluo en partes infinitas, dicho individuo, en la práctica, no lo podrá hacer y, por ello, tendrá que admitir que debe entregar todo lo superfluo a los pobres.

Es cierto que estamos obligados a repartir lo superfluo entre este pobre y aquel pobre, pero no estamos obligados a ir buscando pobres, sino que basta con que donemos lo conveniente a quien nos lo pida y cuya necesidad sea evidente. Y no diré tampoco que Tizio peca si, topándose con el pobre Cayo, nada le diera como limosna, con tal que conserve el propósito de entregar a otros de su elección lo superfluo. Porque nadie está obligado a dar lo superfluo a un pobre en particular, sino a los pobres en general y sin distinciones.

Podemos observar que la naturaleza no retiene lo superfluo, sino que se esfuerza por donárselo a otros, lo cual hace produciendo semillas, las cuales redundan en beneficio de otros, pues son una fuente de alimento. Ahora bien, estando la naturaleza gobernada por la inteligencia inequívoca de Dios, en estas cosas que están ordenadas por Dios nosotros debemos seguir el orden de la naturaleza en la medida en que podemos. Por tanto, quien no dona lo superfluo actúa de forma desordenada o, mejor dicho, en contra del orden establecido por Dios, lo cual es un pecado nada despreciable. [San] Agustín, como se desprende de sus *Decretos*, enseña lo siguiente:

«El orden establecido por el Creador para sus criaturas es de suma importancia. Así, nuestra falta de moderación es mucho más tolerable cuando se produce con bienes que se nos han concedido, a cuando se produce, a poco que sea, con bienes que tenemos de forma ilícita [como es el caso de lo superfluo]»<sup>81</sup>.

Asimismo, es muy difícil encontrar en la naturaleza cosas superfluas o imperfectas. Es más, en tales casos, éstas son fruto de un

---

<sup>81</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Decretos* XXXII, q. VII, c. I., sobre el adulterio.

error o del defecto de un principio. Precisamente por esta razón, llamamos *monstruos* a los seres que carecen de algo o les sobra algún miembro, como es el caso de los bebés que nacen con dos cabezas o sin manos. Por tanto, debemos imitar a la naturaleza como modelo de gobierno divino, tal y como hace el arte, que la toma como norma de inspiración segura. De ahí se deduce que en los asuntos de la ciudad –y especialmente en una república cristiana–, así como en la Iglesia y en sus sacerdotes y religiosos no debería encontrarse nada que sobre o que falte, es decir, dicho de otro modo, a nadie que abunde en lo superfluo o, por el contrario, que carezca de lo más necesario.

Según el derecho natural, todos los bienes son comunes y todos nosotros procedemos de una materia común por lo que respecta a la carne y, en cuanto al espíritu, todos procedemos de un mismo Padre, que es Dios. Entonces, ¿para qué habrá distribuido Él desigualmente los bienes si no es para recompensar a unos sus obras de misericordia y a otros su ejercicio de paciencia?

De hecho, no es impensable que Dios, Padre de todo y providencia universal, quiera que unos acumulen lo superfluo y otros carezcan de lo necesario. En efecto, puesto que Dios distribuyó desigualmente las riquezas teniendo en cuenta la sociedad humana, Él quiere que todo el que tiene abundancia de riquezas asista a la necesidad de los pobres, tal y como Él socorre y asiste con su infinita bondad a todas las criaturas que de ella necesitan, y ha hecho que toda la naturaleza actúe de ese mismo modo [donando lo superfluo en forma de semillas, que son una fuente de alimento].

Por no hablar de que nadie está condenado a un castigo eterno salvo por haber cometido un pecado grave. Ahora bien, los que no han donado a sus hermanos lo superfluo, sabemos que ya están excluidos, pues el Señor ha dicho a los que reunirá a su izquierda: «Alejaos de mí, malditos, id al fuego eterno, [...] porque tuve hambre y no me disteis de comer...»<sup>82</sup>. Por tanto, es evidente que están condenados por no haber compartido con los demás lo que les sobraba. De ello se deduce que, al menos en algunos casos, quien se niega a ayudar a los pobres peca gravemente.

---

<sup>82</sup> Mt 25,41-42.

Hay quienes quieren restringir esta sentencia a un solo caso: a los pobres que están en extrema necesidad. Si esto fuera cierto, estas situaciones serían extremadamente raras y habría que verificar varios elementos. En primer lugar, encontrar a un pobre tan necesitado que no pueda sobrevivir sin la ayuda de otros; en segundo lugar, que nadie esté dispuesto a ayudarlo, ya que, si lo hubiere, ya no estaría obligado yo a este mandato que concierne a la supervivencia, pues ya no habría extrema indigencia; y, en tercer lugar, debe ser una persona conocida por mí, ya que no estoy obligado a ir de casa en casa buscando a los necesitados. Ahora bien, dado que es muy difícil que estas tres condiciones se reúnan, la obligación de dar limosna sería muy rara.

Sin embargo, no creo que la severa sentencia del Señor pueda referirse sólo a casos excepcionales, ya que se trata de un veredicto pronunciado por Él contra todos los que están a su izquierda. Por ello, debemos pensar en otros casos en los que sea obligatorio donar lo superfluo. Y no podemos encontrar ninguno más emblemático que cuando uno acumula lo superfluo, en cuyo vicio incurren casi todos los ricos. Esta sentencia, ciertamente, golpea su egoísmo.

Aquí, además, hay otras declaraciones de Cristo y de los santos. En el Evangelio se dice: «*Dad como limosna lo que tenéis, y todo será puro para vosotros*»<sup>83</sup>. En los *Decretos* [de Graciano], citados por [san] Jerónimo, se afirma esto: «Es culpable de robo quien guarda para sí más de lo que necesita»<sup>84</sup>. De forma menos concisa, [san] Ambrosio argumenta en contra de los que se escusan diciendo: «Yo no robo a nadie, simplemente guardo lo mío». Escúchale:

«Oh, necio, dime: ¿qué tienes tú de propio? ¿Qué has traído al mundo? ¿Sería Dios injusto al dar a uno más que a otro?». Y continúa: «El pan que guardas en un almacén es de los hambrientos y de los desnudos son los vestidos que coleccionas. Los tesoros que escondes bajo tierra son la redención y la absolución de los miserables. Ten por tanto

---

<sup>83</sup> Lc 11,41.

<sup>84</sup> AMBROSIO, *Decretum*, P. I, d. 42. Erróneamente, esta obra se atribuía a san Jerónimo.

presente que robas los bienes de todos a los que tú podrías asistir con las cosas que acumulas»<sup>85</sup>.

San Basilio nos exhorta en términos casi idénticos:

«Si tú quieres excusarte diciendo que estos bienes materiales te han sido concedidos por Dios, voy a hacerte ahora una pregunta: ¿acaso quiere Dios cometer una injusticia distribuyendo las cosas de manera desigual? Si te sobra dinero mientras el pobre va a mendigar, ¿no es para que adquieras [ante Dios] el mérito de haberlo repartido justamente y para que el pobre obtenga la recompensa a su paciencia? La comida que acumulas es para los hambrientos; la túnica que guardas bajo llave es la vestimenta del que va desnudo; los propietarios de los zapatos que se pudren en tu casa son los que van descalzos; y las monedas de plata que guardas en un agujero pertenecen a los que viven en la pobreza. Cometes tantas ofensas como personas hay a las que podrías aliviar con la riqueza que te sobra»<sup>86</sup>.

Así, [san] Agustín, en su comentario al salmo «*Jerusalén, glorifica al Señor*»<sup>87</sup>, dice lo siguiente: «La acumulación injusta de lo superfluo equivale a un robo de bienes ajenos»<sup>88</sup>. Y finalmente, sobre el mismo tema, santo Tomás afirma que «siendo obligatorio el amor al prójimo, debe serlo también lo que resulte indispensable para conservar ese amor»<sup>89</sup>. Ahora bien, no es posible conservar el amor hacia el prójimo si nos contentamos con quererle bien, de un modo teórico, sin pasar a las obras. Y aquí santo Tomás cita la advertencia de [san] Juan: «*No amemos de palabra ni de boca, sino de obra*»<sup>90</sup>. Por lo que concluye afirmando que dar limosna es obligatorio, respecto al que la puede dar, siempre que disponga de bienes superfluos y, respecto del que la recibe, siempre que realmente esté en extrema necesidad. Es decir, según santo Tomás, es *obligatorio* dar limosna cuando hay alguien que

---

<sup>85</sup> *Ibid.* P. I, d. 47, c. 8.

<sup>86</sup> BASILIO DE CESAREA, *Homil. super illud Lc 12*: «*Destruam barrea mea*».

<sup>87</sup> Sal 147,12.

<sup>88</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalm 147*, 12.

<sup>89</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, II-II, q. 32, a. 5.

<sup>90</sup> 1Jn 3,18.

le sobran bienes y, asimismo, cuando hay alguien que los necesita desesperadamente. En cambio, dar limosna es *aconsejable* cuando con ello se busca alcanzar un bien mayor, lo que es propio de los actos virtuosos.<sup>91</sup>

En ambos casos santo Tomás quiere que todos se consideren obligados a dar limosna; y se equivocan quienes le atribuyen la tesis de que sólo hay obligación cuando se dan simultáneamente las condiciones mencionadas: abundancia por un lado e indigencia extrema por otro. Porque esta interpretación no sólo va contra el pensamiento de santo Tomás, sino que es, de por sí, manifiestamente disparatado, ya que nos incumbe el deber de compartir con los que están en la pobreza absoluta no sólo lo que es superfluo para nosotros, sino también lo que puede ser necesario para conservar el decoro de nuestra condición social, ¡pues la vida de nuestros vecinos es mucho más importante! El mandato del amor fraterno, por tanto, nos exige anteponer la conservación de la vida de los demás a la dignidad de nuestra propia vida. Y más aún si tenemos en cuenta que, generalmente, un caso de extrema necesidad puede ser subsanado a poco coste, el cual se podrá luego recuperar sin mucha dificultad. Actuar de otro modo sería gravemente contrario al mandato del amor. [San] Ambrosio dice con razón: «¡Alimenta a los hambrientos porque, de lo contrario, eres tú quien los mata!»<sup>92</sup>.

Además, ten en cuenta que, en caso de extrema necesidad, todos los bienes se vuelven comunes, de modo que quien se encuentre en tal estado puede tomar lo que necesite de cualquier parte, aunque no se trate de bienes superfluos sino de bienes necesarios para el decoro del poseedor. En efecto, santo Tomás continúa diciendo en el mismo artículo:

«Los bienes materiales que uno recibe de Dios pertenecen al individuo en cuanto a la propiedad, pero, en cuanto al uso, no deben ser exclusivamente del propietario, porque también son

---

<sup>91</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, II-II, q. 32, a. 5.

<sup>92</sup> AMBROSIO DE MILÁN, I *De offic.*, cap. 30.

de aquellos que se pueden sustentar con lo superfluo de dichos bienes»<sup>93</sup>.

Hay que añadir también los ejemplos de los santos, que constituyen para nosotros una regla de vida, ya que la persona virtuosa es casi una encarnación de la justicia y una regla viva de las acciones humanas. Ahora bien, es fácil ver cómo todos los justos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se dedicaban constantemente a la práctica de la hospitalidad y la limosna, hasta el punto de dar a los pobres no sólo lo superfluo, sino a menudo las cosas que necesitaban, convencidos como estaban de que era un grave pecado despedir al indigente con las manos vacías. Como no hay tiempo suficiente para enumerar sus ejemplos con detalle, basta con mencionar dos para cerrar la boca tanto al rico como al pobre. Pensemos primero en el santo y mendigo Sérvulo, de quien el Papa [san] Gregorio [Magno] relata grandes elogios en el cuarto libro de los *Diálogos*<sup>94</sup>: ¿no compartía con otros necesitados lo poco que había logrado reunir para su propio sustento? Y pensemos ahora en los monjes de Egipto, que se ganaban la vida trabajando con sus propias manos: ¿no daban a los mendigos lo que sobraba de aquello que les era estrictamente necesario para subsistir?

En conclusión, persuadido por estos argumentos, ejemplos y autoridad, el cristiano debe creer y aceptar que todo lo superfluo debe distribuirlo entre los pobres.

#### **7. RESPECTO AL DECORO, DEBE JUZGARSE LO NECESARIO Y LO SUPERFLUO CASO POR CASO, SEGÚN LA CONDICIÓN SOCIAL DE CADA PERSONA**

En verdad, no podemos determinar un límite fijo e infranqueable al concepto de necesidad, de modo que pudiéramos estimar como superfluo todo lo que sobrepasase dicho límite. Porque, aunque añadamos o quitemos muchos bienes a una persona perteneciente a un nivel de vida cualquiera, su grado de decoro no se

---

<sup>93</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, q. 32, a. 5, ad 2um.

<sup>94</sup> GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, IV, 15.

alterará de forma apreciable. Por ello, no se puede juzgar con certeza qué bienes son o no superfluos. Pues, en el día a día de la existencia humana muchos bienes fluctúan al cambiar las circunstancias y, sin embargo, no se observa que la condición de las familias implicadas mejore o empeore considerablemente cada día.

Es más, si juzgáramos sin discernimiento este asunto, un buen cristiano se convertiría en un escrupuloso, sobre todo cuando se tratara de ganar dinero, pues todo el dinero que él ganara honestamente le parecería superfluo. Así también, si recibiese unos buenos regalos –o se casase con una mujer que aportara una considerable dote–, dicho cristiano se encontraría acosado por el miedo a pecar por hacer un mal uso de lo superfluo, no sabiendo si lo más conveniente es donar inmediatamente dichos regalos –o la dote–, o conservarlos, siempre pensando en el beneficio de los pobres. De este modo, parecería que la existencia cristiana está llena de peligros amenazantes, lo cual no es cierto.

Por tanto, hay que decir que no es necesaria tal escrupulosidad, sino juzgar un poco menos estrictamente lo que es necesario a la condición social de cada cual. Y si lo superfluo no se muestra expresamente o en abundancia, no hay por qué pensar que se está pecando gravemente. Soy de la opinión de que el cristiano no tiene que temer por su salvación si se atiene a estas reglas que vamos a establecer a continuación.

Primero, el cristiano ha de vivir con la simplicidad que corresponde a su condición social, según los principios expuestos anteriormente. Segundo, no ha de buscar enriquecerse o elevarse a una condición social más alta. Tercero, si obtuviera beneficios excesivos en sus ingresos y ganancias, ha de estar dispuesto a distribuir el excedente entre los pobres; sin embargo, cuando la ganancia sea nula o de poca importancia, puede dar tranquilamente las limosnas acostumbradas, siempre que esto no suponga un perjuicio para su condición.

Si vive siempre en el temor de Dios, sentirá crecer la luz interior para juzgar mejor estos asuntos. Porque para salvaguardar la conciencia y huir del pecado grave, basta que el cristiano esté

dispuesto a dar lo superfluo cuando sea claramente abundante. Si tal hace, un pequeño y aislado enriquecimiento lícito no hará que peque gravemente, siempre que se mantenga en el cumplimiento de estas tres reglas.

**8. EL DECORO DE CADA PERSONA, SEGÚN SU CONDICIÓN SOCIAL, HA DE MEDIRSE EN RELACIÓN CON LA SIMPLICIDAD EXTERIOR Y SEGÚN LO DICHO ANTERIORMENTE**

Si consideráramos como superfluo lo que cada uno tiene tras restar los gastos a sus ingresos y ganancias, ¿no se podría acusar de retener lo superfluo a muchos que gastan todas sus posesiones en el lujo y la lujuria! Y así cada uno puede gastar todos sus ingresos en caballos, sirvientes, perros y prostitutas, pues no le sobrará nada. Por tanto, por superfluo no sólo debemos entender aquello que a uno le sobra, sino también lo que debería sobrarle si llevase una vida digna, según esa moderación que requiere, para cada uno de los estados de vida, la simplicidad propia del cristiano.

Pero algunos dirán que hay que reservar dinero para los posibles imprevistos, como una enfermedad, una guerra, una epidemia o cualquier otra adversidad. Santo Tomás ya respondió a esta objeción, diciendo:

«Eso sería vivir preocupados por el futuro, lo que el Señor prohíbe<sup>95</sup>. Es necesario juzgar lo superfluo y lo necesario según las cosas que suceden normalmente y cuya probabilidad es muy alta»<sup>96</sup>.

Si hay señales de guerra o de una inminente epidemia, todo el mundo puede, en tales circunstancias, reservar dinero para un futuro tan incierto. Del mismo modo, si uno tiene varias hijas, debe pensar en su futuro proporcionándoles una dote que les permita casarse adecuadamente.

---

<sup>95</sup> Cf. Lc 10,41-42.

<sup>96</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, II-II, q. 32, a. 5, ad 3.

Sin embargo, el padre de familia no tiene la misma obligación de esforzarse sin descanso para dejar una inmensa herencia a sus hijos. Puede que se deje confundir por ese principio que afirma que los hijos deben vivir de acuerdo con el rango social del padre. Tal vez razone así: «Tengo varios hijos y éstos no podrán mantener la condición de su estado si yo no voy ahora ganando y acumulando nuevas riquezas». Si así fuese, cada rey tendría que conseguir tantos reinos como hijos tuviese. De esta manera, todo padre de familia nunca encontraría un solo céntimo que pudiera calificarse de superfluo y no dejaría de acumular riquezas. Y así, su esfuerzo por lograr beneficios no tendría fin.

Por el contrario, al padre de familia le bastará con dejar a los herederos tantos bienes como sean apropiados a la condición actual de la familia. Si los herederos son íntegros, no tendrán necesidad de riquezas, y si el padre se ha esmerado en educarlos en la virtud, podrán adquirir por sí mismos honestamente aquellos bienes necesarios para vivir ordenada y civilizadamente en la sociedad. Y así, los hijos se encargarán de mantener el nivel de vida de la familia, por lo que no será necesario que el padre se afane trabajando por ellos.

Pero si los hijos dejan entrever que son holgazanes o deshonestos, ese padre tendrá más razones para no incrementar su riqueza, pues ello supondría poner en manos pecadoras un instrumento capaz de obrar toda clase de males. Repito, si pensar en el bien de los hijos condujera a un aumento incesante del patrimonio, nadie o casi nadie tendría nunca nada superfluo y nunca se acumularía en exceso. En definitiva, sólo es necesario proveer a los herederos de los recursos necesarios para que puedan vivir decentemente, de acuerdo con su condición social.

Así pues, hemos establecido un punto firme, a saber: que viviendo según las normas de la simplicidad cristiana, cada persona puede encontrar en ella la medida de lo superfluo, porque lo que puede sobrar al campesino no le sobra al artesano, y lo que no necesita este último puede encajar en las necesidades justas del ciudadano medio, y lo que es abundancia para el ciudadano medio, no lo es para

el noble, y lo que es excesivo para el noble, no lo es para el príncipe, y lo que es sobrante para el príncipe, no lo es para un rey.

Se plantea entonces una pregunta: ¿pueden salvarse esos reyes, esos príncipes, sus esposas y sus hijos que no viven en la simplicidad, sino que despilfarran fortunas en caballos y perros inútiles y en todo tipo de lujos, y para llevar una vida tan espléndida cargan al pueblo con impuestos exorbitantes? ¿Y cómo podrán excusarse ante el tribunal de Cristo los nobles de la ciudad que hacen cosas similares? ¿Qué podrán decir en su favor sus esposas, a las que no les faltan ni vestidos ni joyas ni vanidad ni deleites? ¿Qué dirán los artesanos que anhelan llevar una vida similar a la de los nobles? ¿Qué dirán aquellos campesinos que pretenden equipararse a los artesanos? ¿Y qué dirán ante el tribunal de Cristo las esposas de todos ellos? ¡Oh, cuántas mujeres serán condenadas por su codicia inmoderada! ¡Porque mientras ellas guardan en sus arcas frivolidades y riquezas, los pobres de Cristo se mueren de hambre!

Creo que sería mejor no decir nada de los clérigos y los sacerdotes de la Iglesia, los cuales se han comprometido a vivir con mayor simplicidad que los laicos y están obligados a dar de comer a los pobres. Pienso que sería mejor echarse a llorar que hablar de [algunos de] ellos, pues tienen tantas cosas superfluas y tanto dinero, que pueden gastar a su antojo, como todo el mundo sabe. ¿Con qué semblante se presentarán estas personas ante el tribunal de Cristo?

¿Y qué diremos de esos religiosos, ya sean monjes o frailes mendicantes, que no construyen monasterios sino palacios por doquier y visten valiosos ropajes de las telas más caras y de la lana más suave, con los más sofisticados estampados que puedan encontrarse? Tal ostentación sobrepasa cualquier otra vanidad. Sin embargo, según su propia Regla, deberían contentarse con un modesto hábito, confeccionado con tela basta y pobre. En las solemnidades, estos religiosos se regocijan al presentarse en el altar con vestiduras [litúrgicas] de oro, plata y seda. Y aunque han hecho voto de pobreza, huyen de ella como lo harían de una leona o una osa a la que le han quitado los cachorros.

Quieren ser pobres, pero delicadamente, sin privarse de ningún placer. Y así, dedican todo el día a pedir para los necesitados limosnas que, sin embargo, ellos despilfarran en cosas vanas y superficiales. Si estos religiosos comenzaran a vivir con la simplicidad que hemos esbozado hasta ahora, ¡cuántos bienes superfluos encontrarían ellos en sus conventos! Entonces dejarían de pedir ansiosamente limosnas y de quedarse con lo que es de los pobres. Y entre ellos se distribuiría gran parte de esta riqueza acumulada.

Si tuviera que hablar de las monjas, me vería obligado a decir tantas cosas que, para narrarlas, no tendría suficiente papel. Porque [algunas] tienen en común o en privado mil cosas superfluas. No contentas con un solo hábito, necesitan dos o tres mudas de cada prenda. Quieren vestir a sus Santos Niños, es decir, ¡a sus ídolos de yeso y madera<sup>97</sup>!, y para ello los cubren con brocados y los adornan con oro, plata y piedras preciosas. ¡Y mientras tanto los pobres de Cristo no tienen pan y se mueren de hambre! Porque ellas no sólo no los amparan, ¡es que ni siquiera sienten compasión por ellos!

Muchos actualmente, queriendo justificarse, afirman que actúan por gloria de Dios, porque le honran al construir magníficas iglesias y al dotarlas de suntuosos ornamentos. Entonces, dime: ¿las cosas superfluas y refinadas que guardas en tu celda [conventual] también honran a Dios? Tu ropa cara y elegante, ¿cómo le honra? ¿No es la pobreza el mejor ornamento de la religión cristiana? ¿No es mejor cristiano quien más disfruta en la pobreza? ¿No es esto lo que realmente da más gloria a Dios?

Y de nuevo, dime: ¿cómo puedes tomar con tanta paz el hecho de que los pobres, tan numerosos actualmente, mueran de miseria, de hambre y de frío, mientras tú tienes los medios para ayudarles? Tienes demasiados cálices, paramentos y cruces de oro y plata, y todo eso es enteramente superfluo. Dime: ¿por qué no los mandas fundir y das las ganancias a los pobres? Sabes que los sacramentos no aman los metales preciosos ni los necesitan. Nuestros antepasados usaban cálices de madera. Porque en aquellos tiempos los cálices de madera

---

<sup>97</sup> Cf. Sal 115,4.

estaban en manos de sacerdotes de oro, mientras que ahora los cálices de oro tienen ante sí a sacerdotes de madera.

¿Qué sentido tienen las alabanzas que nosotros hacemos de [san] Ambrosio, [san] Agustín, [san] Gregorio, [san] Exuperio, [san] Nicolás, [san] Martín y otros innumerables Papas y abades santos que daban todo lo superfluo a los pobres, si después nosotros no seguimos su ejemplo? ¿No dice el Apóstol: «*Vosotros sois el templo de Dios, que es santo*»<sup>98</sup>? Los pobres, por tanto, son el templo de Cristo. Entonces, ¿está bien guardar oro y plata en vuestros cofres, y embellecer vuestras iglesias con mármol y, mientras, dejar que los verdaderos templos de Dios perezcan de hambre, y que las doncellas pobres, no teniendo dote para casarse, tengan que prostituirse para ganarse la vida, y que se cometan muchas otras perversidades?

No podréis citar un solo pasaje de las Sagradas Escrituras del que se desprenda que Cristo ordenó que los cálices y los ornamentos fueran de oro y las iglesias espléndidas. Pero que alimentemos a los pobres, esto nos lo ha dejado como mandato. Sin embargo, vosotros actuáis como los escribas y los fariseos, que rechazaron este mandato de Dios para mantener sus propios caminos. Santiago nos enseña lo siguiente: «*Ésta es la religión recta e irreprochable ante Dios, nuestro Padre: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y mantenerse libre de los vicios del mundo*»<sup>99</sup>. No dijo nada de cálices ni de ornamentos.

Si no tuviéramos pobres entre nosotros, ciertamente alabaría esa forma de actuar y aceptaría que se conservara lo que ya existe para honrar a Dios. Pero como los bienes materiales están hechos para las personas, cuando la miseria es grande, hay que romper hasta los cálices y convertirlos en pan para los pobres, conservando sólo los cálices necesarios para celebrar la Misa. Se dice de [san] Exuperio, obispo de Toulouse, que dio a los pobres no sólo cálices y paramentos, sino también el sagrario donde guardaba el Cuerpo de Cristo, colocando éste en un cesto de junco y la Sangre en un vaso de cristal.

Pero algunos dicen: «Moisés construyó el tabernáculo del Señor con gran suntuosidad, empleando oro, plata y piedras preciosas, y

---

<sup>98</sup> 1Cor 3,17.

<sup>99</sup> Sant 1,27.

Salomón hizo lo mismo al construir el templo de Dios». Y nosotros respondemos: primero, que estas cosas fueron requeridas por Dios con una función simbólica<sup>100</sup>; segundo, que en tiempos de Moisés no era necesario recurrir a la limosna para los pobres, ya que todo el pueblo elegido encontraba maná en el desierto para alimentarse, y tampoco les faltaba ropa y calzado, como leemos en el libro del Deuteronomio<sup>101</sup>. Además, en la época de Salomón había tal abundancia de oro, que la plata se consideraba nada, según el tercer libro de los Reyes [es decir, el segundo libro de las Crónicas<sup>102</sup>].

Pero, mísero de mí, ¿para qué me esfuerzo en vano?, ¿por qué provocho tanto a mi prójimo, especialmente a los sacerdotes y a los religiosos tibios? Debe parecer el colmo de la insensatez trabajar para nada y no recoger más que el aborrecimiento. Pero yo no condeno a nadie en particular, ni señalo con el dedo a ninguna persona. Sólo quiero sacudiros, hermanos míos, para que abráis los ojos conmigo y veáis de una vez por todas el peligro en el que nos encontramos.

Hermanos, si consideramos cuidadosamente lo que hemos dicho hasta ahora y lo que hacemos en nuestra vida, tendremos que reconocer que nos hemos desviado del camino, pues nos hemos alejado mucho de los primeros cristianos, de los primeros sacerdotes, de los primeros clérigos, de los primeros monjes. ¡Y quiera Dios que nuestra conducta sea sólo distinta a la suya y no totalmente contraria!

Ha llegado la hora de despertar, *«es hora de levantarse de este pesado sueño [...] La noche ya está muy avanzada, la luz del día está cerca. Desechemos las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Procedamos con dignidad como a plena luz del día»*<sup>103</sup>, para que no nos sorprenda la última noche en la que nadie podrá corregirse, cuando, en *«el justo juicio de Dios, Él pagará a cada uno según sus obras»*<sup>104</sup>.

---

<sup>100</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I-II, q. 102, a. 4.

<sup>101</sup> Cf. Dt 8,4.

<sup>102</sup> Cf. 2Cro 9,27.

<sup>103</sup> Rom 13,11.12-13.

<sup>104</sup> Rom 2,5-6.



## V. LA FELICIDAD DE LA VIDA CRISTIANA

### 1. DE TODOS LOS SERES QUE TIENEN ÁNIMA SENSITIVA, SOLO EL SER HUMANO TRABAJA CON VISTAS A UN OBJETIVO

Actuamos para alcanzar un fin cuando, habiendo establecido dicho fin, empleamos adecuadamente todos los medios para alcanzarlo. Esto sólo es posible sobre la base del razonamiento, el cual, entre todos los seres que tienen ánimo sensitiva, es exclusivo del ser humano. Por tanto, sólo el ser humano es responsable de actuar para alcanzar un fin, ya que los animales, en lugar de moverse por sí mismos hacia su propio fin, son conducidos a él.

### 2. HA DE HABER UN FIN ÚLTIMO EN LA VIDA HUMANA

De hecho, cuando tenemos un conjunto de realidades que están conectadas en un orden de sucesión, es inevitable que, si se elimina la primera de ellas, se rompa el orden por el que están conectadas las demás realidades a la primera. De modo que, una vez eliminado el primer agente y la primera causa, cesan todos los demás agentes y causas segundas.

Pues bien, toda acción humana guarda un cierto orden, en virtud del cual subordinamos una cosa a otra. Por ejemplo, al construir una vivienda, las piedras tienen como fin levantar las paredes, las paredes tienen como fin construir la vivienda y, finalmente, la vivienda tiene como fin poder vivir en paz en ella. De este modo, vemos que la primera causa, la cual determina la intención del agente a realizar una acción, coincide precisamente con el fin que el agente intenta alcanzar empleando los medios necesarios. Ahora bien, si no hubiera un fin último, el deseo de actuar no cesaría nunca, sino que buscaría continuamente alcanzar un fin y después otro y, así, procediendo hasta el infinito, esta cadena de acciones no tendría término, lo cual es absurdo.

Por tanto, es necesario asignar algún tipo de fin a la vida humana, un fin verdaderamente último, por el que el ser humano,

que es dueño de sus actos, decida empezar a actuar. Y aunque no necesita pensar siempre en dicho fin último, es necesario que, al menos habitualmente, tenga en mente, de un modo más o menos preciso y detallado, el fin por el cual actúa.

Pues bien, es evidente que todas las personas son movidas a actuar para escapar de la miseria y alcanzar la felicidad, ya que todos tenemos [como fin último] este anhelo de forma innata dentro de nosotros mismos, aunque lo tenemos de un modo impreciso, pues, en la práctica, no nos ponemos de acuerdo sobre en qué consiste o dónde se encuentra la felicidad.

### **3. LA FELICIDAD HUMANA CONSISTE EN ALCANZAR EL FIN ÚLTIMO**

Porque la felicidad es un bien perfecto, capaz de saciar todos los deseos, decimos que es feliz quien logra alcanzar todo lo que anhelaba y no tiene nada más que desear. Y decimos que es perfecto aquello que permite lograr dicho fin, ya que todo se realiza con vistas a él. También decimos que un ciclo de perfección se ha completado cuando hemos alcanzado el fin y no queda nada más por buscar.

Por otra parte, dado que lo imperfecto busca su perfección, no hay nada que desee fuera de dicho fin, pues esa es la razón de su existencia.

### **4. LA FELICIDAD HUMANA NO CONSISTE EN NINGÚN BIEN EXTERIOR**

Entre los bienes exteriores están las riquezas, la gloria, los honores, las dignidades, el poder y cosas similares. Pero no parece que la felicidad del ser humano consista en este tipo de cosas. Y ésta es una verdad conocida por prácticamente todo el mundo, la cual se puede demostrar con un gran número de argumentos. Pero a nosotros, por el momento, nos basta con mencionar sólo algunos de ellos.

Primero. Sabemos que la felicidad es el bien más elevado para el ser humano y el bien más elevado no es compatible con ningún

mal, como pasa con la temperatura más elevada, la cual no admite ni un solo grado de frío. Por ello, la felicidad no puede consistir en los bienes exteriores enumerados anteriormente, pues traen consigo, como nos enseña la experiencia, numerosos males, especialmente los producidos por el pecado, ya que, aunque dichos bienes son propios de personas honestas, también son muy comunes en personas corruptas y perversas.

Segundo. Sabemos que la felicidad es un bien suficiente en sí mismo. Por ello, donde ella reina, no puede faltar ningún bien. Sin embargo, aunque una persona haya adquirido la perfección respecto a ciertos bienes particulares, puede carecer de otros bienes que son propios de la naturaleza humana, como la sabiduría, la salud física y otras cosas semejantes. Por tanto, la felicidad humana no puede consistir en bienes exteriores.

Tercero. Sabemos que la felicidad es un bien perfecto y, en consecuencia, no debe ser fuente de ningún mal. Sin embargo, no parece que este sea el caso de las riquezas, la gloria, los honores y el poder, pues de ellos nacen infinitos males humanos, sobre todo ocasionados por el odio y la envidia de muchos. Así, vemos que las personas ricas y honorables son a menudo asesinadas y están asediadas por mil trampas y acechanzas.

Cuarto. Sabemos que el ser humano se inclina naturalmente hacia la felicidad mediante una serie de principios interiores. Por el contrario, los bienes antes mencionados proceden de causas exteriores, sobre todo de la fortuna, por lo que son definidos como *bienes de la fortuna*. Por tanto, la felicidad humana no puede consistir en estos bienes exteriores.

## **5. LA FELICIDAD HUMANA NO CONSISTE EN BIENES CORPORALES**

La vida, la salud, la belleza, la juventud, el vigor y otros bienes semejantes son corporales. Ahora bien, el hecho de que la felicidad no consista en ellos es bien sabido, porque el cuerpo está subordinado al alma como si ella fuera su fin. En efecto, la materia está subordinada a la forma, no al revés. Por tanto, todos los bienes del cuerpo están

ordenados a los del alma y su fin consiste en contribuir al bien del alma.

Pero si la felicidad se encontrara en tales bienes, se seguiría que muchos animales, estando mejor dotados que el ser humano, serían más felices que él: el elefante lo sería por su longevidad, el león por su fuerza, el ciervo por su velocidad, el águila por su agudeza visual y casi todos los animales lo serían por su salud, ya que el ser humano, para mantenerse sano, necesita emplear muchos artificios que son superfluos para los animales. La felicidad humana, por tanto, tampoco consiste en los bienes corporales.

#### **6. LA FELICIDAD HUMANA NO CONSISTE EN EL PLACER NI EN LOS BIENES RELACIONADOS CON EL ALMA SENSITIVA**

Cuanto más se acerca una cosa a su fin, más crece en perfección. Así, si la felicidad estuviera en los bienes del alma sensitiva, el ser humano se perfeccionaría en la medida en que fuera más sensual y se entregara a los excesos de la gula, la lujuria y todo tipo de placeres carnales. En otras palabras, el ser humano debería ser más feliz en la medida en que se fuera transformando en una bestia. Lo cual es, simplemente, absurdo.

Además, en tal caso, los animales también serían partícipes de la felicidad. Efectivamente, sin tener conciencia de la muerte o de las miserias de esta vida, sin tener conocimiento de Dios, sin temer su Juicio [final], sin conocer las leyes que prohíben sus muchas sensualidades, sin poseer el menor sentido de la vergüenza y sin ser conscientes de cuánto le incomoda la carne al espíritu, sería mucho más deseable ser un animal que una persona. Si es que, realmente, los animales fueran más felices que nosotros. Lo cual es otro absurdo.

#### **7. LA FELICIDAD HUMANA CONSISTE EN LOS BIENES RELACIONADOS CON EL ALMA INTELECTIVA**

Así como el cuerpo está al servicio del alma, las facultades vegetativas están al servicio de las facultades sensitivas y éstas al

servicio de las facultades intelectivas. Por tanto, dado que el intelecto es el fin del cuerpo y de las otras partes del alma, está claro que la felicidad humana debe consistir en alguna actividad del alma intelectual o en ciertos bienes relacionados con ella.

Además, dado que la felicidad es la perfección del ser humano y dicha perfección, en cuanto tal, consiste en ciertos bienes relacionados con el intelecto y la voluntad, es necesario concluir que la felicidad humana consiste en tales bienes.

#### **8. LA FELICIDAD HUMANA NO CONSISTE EN NINGÚN BIEN CREADO**

La felicidad es todo bien perfecto que es capaz de saciar completamente los apetitos, pues si aún quedara algo por desear, ésta no podría ser el fin último. Ahora bien, el objeto de la voluntad, es decir, del apetito humano, es el bien universal, así como el objeto del intelecto es la verdad universal. Sabemos por experiencia que, al igual que el intelecto puede conocer un número infinito de verdades parciales -porque nunca llega a percibir tantas como su capacidad le permite, pudiendo prolongar así su actividad hacia el infinito-, la voluntad puede desear un número infinito de bienes particulares. Es decir, puede seguir deseando sin límite.

Por tanto, la voluntad humana nunca puede quedar satisfecha hasta que alcance algún bien universal e infinito. Y dicho bien no puede ser un bien creado, ya que cada criatura tiene una bondad que es particular y, asimismo, participa de una bondad superior. Por tanto, es cierta la afirmación de que la felicidad humana no puede encontrarse en ningún bien creado.

#### **9. LA FELICIDAD HUMANA CONSISTE ÚNICAMENTE EN LA CONTEMPLACIÓN Y EL DISFRUTE DE DIOS**

Hemos visto cómo nuestro intelecto no se satisface con la contemplación de las verdades particulares, al igual que la voluntad no se satisface con los bienes creados. Porque el fin último del ser humano es el bien verdadero y universal, en una palabra: Dios. Así

que la felicidad humana consiste únicamente en la contemplación y el disfrute de Dios.

El ser humano desea naturalmente saber. Así está dicho [por el filósofo Aristóteles]: «Todos los seres humanos tienen un deseo innato de saber»<sup>105</sup>. Y creemos que conocemos una cosa determinada en cuanto conocemos su causa. Así es, al ver cualquier efecto, nos sentimos instintivamente llevados a identificar el principio que lo produjo. Dado que todas las realidades, excepto Dios, son realidades creadas, todo lo que el ser humano llegue a conocer que no sea Dios mismo, lo conocerá perfecta o imperfectamente.

En el segundo caso, dado que toda situación imperfecta anhela la plenitud, el apetito [intelectivo] del ser humano no cesará hasta que haya llegado al conocimiento perfecto que hasta ahora conoce imperfectamente. Porque, debido a que la felicidad consiste en la perfección del ser humano y en la satisfacción y tranquilidad de su apetito [intelectivo], es obvio que no podrá ser feliz quien se detiene en el conocimiento imperfecto.

Si, por el contrario, tiene un conocimiento perfecto de las criaturas -ya sea de una, de varias o de todas-, sabrá sin duda que éstas dependen de ciertas causas. Por tanto, habiendo conocido los efectos, es natural que el ser humano desee conocer también las causas y, así, su apetito [intelectivo], queriendo quedar satisfecho, no dejará de buscar el conocimiento de las causas. Y esta búsqueda será tanto más ansiosa y vehemente, cuanto más observe los excelentes efectos que provienen de Dios. Y entenderá más perfectamente dichos efectos, cuanto más se aproxime a la última causa [que es el propio Dios]. Este proceso natural se hace más impetuoso y rápido a medida que se acerca a su fin.

El deseo del ser humano, por tanto, sólo queda tranquilo y satisfecho mediante la contemplación y el disfrute de Dios, pues sólo en esto consiste la felicidad. Por eso dijo [san] Agustín de manera excelente: «Porque Tú nos has creado para Ti, nuestro corazón estará inquieto mientras no descansa en Ti»<sup>106</sup>.

---

<sup>105</sup> ARISTÓTELES, *Metafísica*, in principio.

<sup>106</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* 1,1.

**10. LA FELICIDAD HUMANA RESIDE ESENCIALMENTE EN LA ACTIVIDAD DEL INTELLECTO, LA CUAL SE PERFECCIONA CON UN ACTO DE LA VOLUNTAD CONSISTENTE EN EL DISFRUTE Y LA ALEGRÍA**

Todo acto de la voluntad presupone siempre un acto del intelecto, por lo que el objeto de la voluntad es el bien conocido [por el intelecto] de antemano. Dado que la felicidad es esencialmente el logro del fin último, tan pronto como uno lo ha alcanzado se vuelve feliz en el mismo instante.

El ser humano alcanza su fin último, es decir, Dios, cuando se une a Él por medio de la contemplación, gracias a lo cual, el ser humano es esencialmente feliz. Dado que a dicha contemplación de Dios le sigue el máximo disfrute, el cual perfecciona, a su vez, la captación [cognoscitiva de Dios] que realiza el intelecto, podemos decir que la felicidad se hace perfecta cuando se disfruta [de la unión] con Dios.

Esto puede compararse a cuando decimos que la esencia del ser humano consiste en la unión del alma intelectual con el cuerpo, mientras que su perfección la alcanza mediante las cualidades –o accidentes– que emanan por naturaleza una vez que es incorporada el alma intelectual [al cuerpo] y se completa aún más con algunas otras cualidades que no se originan naturalmente. Por lo que dice el filósofo [Aristóteles] que el disfrute es a la belleza como la belleza es a la juventud<sup>107</sup>.

**11. LA FELICIDAD HUMANA NO PUEDE SER PERFECTA EN ESTA CONDICIÓN MORTAL**

Sólo podemos conocer a Dios aquí abajo a través de las criaturas, porque el intelecto humano lo conoce necesariamente a través de las imágenes sensibles que son objeto de su reflexión. En consecuencia, dado que conocemos a Dios a través de las realidades creadas, dicho conocimiento es imperfecto. Por tanto, si el alma se queda únicamente en este conocimiento y contemplación de Dios, no

---

<sup>107</sup> ARISTÓTELES, *Ética*, X, 4.

consigue satisfacerse totalmente; porque –como ya dijimos– todo lo imperfecto busca su perfección.

Como dice Boecio<sup>108</sup>, debido a que la felicidad requiere la suma perfecta de todos los bienes, este estado es imposible en esta vida mortal, porque una persona nunca podrá reunir la inmensa cantidad de bienes que se necesitan para lograr una vida perfecta de cuerpo y alma. Y, con mayor motivo, si tenemos en cuenta que uno de los principales bienes que requiere el cuerpo es la inmortalidad y una de las supremas aspiraciones del alma es la ciencia. Porque la inmortalidad no puede alcanzarse en esta vida. De hecho, ni siquiera podemos saber el término de nuestra vida, sino que nos parece que la muerte puede cernirse sobre nosotros en cualquier sitio. Y sólo logran la ciencia unos pocos, los cuales se dedican a ello durante mucho tiempo y, con todo, no pueden evitar que su saber esté mezclado de innumerables errores. Y, además, siempre nos faltarían otros muchos bienes, cuya carencia aleja a los seres humanos de la contemplación de Dios, el único bien en el que está puesta nuestra felicidad.

## **12. EN ESTA VIDA EL SER HUMANO PUEDE EXPERIMENTAR UNA CIERTA FELICIDAD, PERO IMPERFECTA**

El corazón humano se satisface y aquieta de dos maneras. La primera es tranquilizando el apetito, es decir, manteniéndolo bajo control. La segunda consiste en cesar el movimiento que en el apetito se produce, esto es, satisfaciéndolo con lo que él desea.

[Siguiendo la primera manera] el ser humano, ciertamente, puede adquirir aquí en la tierra un perfecto dominio sobre su apetito, lo cual supone, en cierto modo, un comienzo de felicidad. Pero [con la segunda manera] podemos apaciguar nuestro apetito alcanzando su fin. De este modo, éste queda saciado, tranquilo y satisfecho. Por desgracia, aunque todo ser humano desea naturalmente la felicidad en sentido general, porque todas las cosas desean su perfección, sin embargo, muchos se equivocan en lo concreto, no sabiendo determinar el Ser que da la verdadera felicidad. Y así, el apetito de

---

<sup>108</sup> Cf. BOECIO, *De consol, philosoph.* III, 2, 3.

éstos va buscando de un lado a otro y nunca queda tranquilo y saciado.

Cuando el ser humano se convence de que la felicidad se encuentra en la contemplación de Dios y se esfuerza por adquirirla dejando de lado sus otros deseos, entonces su apetito comienza a experimentar una cierta tranquilidad.

Dado que la contemplación de Dios no puede ser perfecta aquí en la tierra, el apetito no queda satisfecho totalmente, por lo que trata de ir más allá, buscando que dicha contemplación sea perfecta. Pues bien, en la medida en que uno saca provecho de esta búsqueda, más se acerca a la verdadera felicidad y más se hace partícipe de ella. Pero ésta es una felicidad incipiente.

### **13. LA FELICIDAD INCIPIENTE ES MÁS PERFECTA EN LOS CRISTIANOS QUE EN LOS FILÓSOFOS**

La contemplación y el disfrute que los cristianos pueden alcanzar de Dios son, por sí mismos, superiores a la contemplación y el disfrute mentales de los filósofos, incluidos los más perfectos entre ellos. Ésta es la razón: por lo que se ha dicho hasta ahora, la vida cristiana no se fundamenta en ningún principio natural que se halle en el ser humano, sino sólo en la gracia divina y sobrenatural, por la que el ser humano es capaz de participar de la naturaleza divina.

Sabemos que las acciones se originan en conformidad con el ser de las cosas. Así que, dado que los seres individuales poseen una virtud operativa natural, cuanto más perfecto es el ser, más perfectas serán sus acciones. Ahora bien, como la esencia de la gracia es superior a la de la naturaleza, las acciones que proceden de la gracia son más perfectas.

Por otra parte, dado que el mayor deleite deriva de la obra más excelente, es lógico que los deleites espirituales del cristiano estén por encima de los deleites intelectuales del filósofo, cuyos frutos son meramente naturales.

Además, dado que la felicidad se encuentra en la contemplación de Dios, a medida que aumenta el conocimiento de Él, también aumenta -o debería aumentar- la felicidad y el disfrute del contemplativo. Pues bien, los cristianos poseen un conocimiento más profundo de los misterios divinos que los filósofos, ya sea en virtud de la gracia divina, que fortalece las facultades del intelecto, ya sea por las muchas verdades reveladas que son conocidas por los cristianos e ignoradas por los filósofos, o ya sea porque los cristianos están interiormente más purificados que los sabios de este mundo.

De ello se desprende que los disfrutes que alcanzan los cristianos en la contemplación son, en sí mismos, más perfectos que los alcanzados por los más altos filósofos. Y puesto que la felicidad incipiente consiste en la contemplación de las verdades divinas en esta vida, se deduce que los cristianos la poseen en un grado más perfecto que los filósofos.

Sabemos que cuanto más se acerca esta felicidad incipiente a la felicidad perfecta, mayor será. Por ello, dado que la felicidad del cristiano se acerca más que ninguna otra a la felicidad perfecta, ya que el ser humano sólo puede alcanzarla a través de la gracia divina, se deduce que los cristianos son, en esta vida, más felices que los filósofos y el resto de los seres humanos.

**14. EL DELEITE QUE TIENEN LOS CRISTIANOS PERFECTOS CONTEMPLANDO A DIOS, SUPERA CUALQUIER OTRO DELEITE DE ESTE MUNDO: TANTO SENSIBLE COMO INTELIGIBLE**

Hay, en efecto, tres elementos constitutivos en toda clase de deleite: un bien deseado, una facultad sensible que lo anhela y la unión de ésta con el objeto en cuestión. Así, por ejemplo, al placer del gusto se le exige un alimento agradable, una facultad capaz de percibir los sabores en condiciones adecuadas y la unión de ambos. A esto hay que añadir el estado de conciencia, ya que, si se acerca algo sabroso al paladar de una persona que está dormida, dado que ésta no es consciente de lo que le está pasando, no recibiría ningún deleite con ello.

En primer lugar, debemos tener en cuenta que, cuanto más perfecto sea un bien placentero, más elevado será el disfrute que él genere. De este modo, es bien sabido que las realidades inteligibles son más perfectas que las percibidas por los sentidos. Por eso, dado que la primera verdad es la más perfecta, se deduce que dicha verdad es idónea para generar el más alto deleite.

En segundo lugar, también debemos considerar que cuanto más noble y perfecta es una facultad, más intenso y vivo será el deleite que ella puede producir en su actividad. Porque la actividad depende de la facultad. Por tanto, así como a una actividad excelente le sigue un deleite proporcionalmente elevado, cuanto más perfecta es una facultad, más perfecta será su actividad. Entre las diversas actividades de una determinada facultad, la más eminente es la que es más perfecta actuando sobre su objeto. Puesto que la facultad intelectual es superior a la sensitiva, la actividad del intelecto supera a la de los sentidos y, así, será mayor el deleite proporcionado por el intelecto que el proporcionado por los sentidos. En consecuencia, dado que, entre las actividades intelectivas, la contemplación de la primera verdad es la más perfecta, su deleite será también el mayor.

En tercer lugar, cabe señalar que una unión más íntima del objeto y la facultad aumenta el deleite. Dado que las entidades conceptuales están mejor unidas con la facultad intelectual que los objetos materiales con la facultad sensorial y sabiendo que Dios, el Espíritu Supremo, está íntimamente presente en toda realidad, podemos deducir que de la unión de la facultad intelectual con la verdad divina emana el más alto grado de deleite.

Pero, dada la naturaleza y la perfección de las uniones de los objetos con las facultades, se sigue que los deleites que proceden de una actividad de la facultad intelectual son mayores que los que se siguen de una actividad de la facultad sensitiva y que el máximo deleite procede de la contemplación de Dios.

Por tanto, según venimos demostrando, dado que los cristianos conocen a Dios más que las demás personas, incluidos los filósofos, se deduce que los cristianos son superiores en felicidad espiritual. Pues, dado que la luz del intelecto en nosotros se ve reforzada por la

gracia divina, el acercamiento entre el alma y Dios puede llegar [, si así Dios lo quiere,] a alcanzar la unión [mística] de ambos. De ello podemos concluir diciendo que, por lo que respecta a la facultad, al objeto y a la unión de ambos, el deleite que los cristianos obtenemos de la contemplación de Dios supera todos los demás placeres de este mundo, tanto sensuales como intelectuales.

En cualquier orden de realidades, siempre existe una que, ocupando el primer lugar, constituye la medida de las demás. De tal forma que, cuanto más se acercan éstas a esa primera, tanto más se asemejan a ella. Para entender esto tenemos el ejemplo del calor: en la escala de las temperaturas, el fuego, símbolo del calor, es la medida de todas las cosas calientes. Por eso, cuanto más se asemeja al fuego, tanto más caliente se vuelve un objeto.

De manera análoga, puesto que Dios está en la cumbre de la felicidad y del deleite, cuanto más cerca y más estrechamente relacionadas están las criaturas con Él, más perfectas son y más posibilidades tienen de recibir un mayor deleite. Por otro lado, es indudable que el intelecto está más cerca de Dios que los sentidos y, por tanto, mayores son sus deleites. Pues bien, dado que el alma intelectual de un cristiano, en virtud de la gracia y de los otros dones sobrenaturales, está más cerca de Dios que la de una persona que carece de dichos dones sobrenaturales, se deduce que, entre los seres humanos, el cristiano goza del mayor deleite divino. El cual, a su vez, supera a cualquier otro placer.

Pero esto que decimos debe entenderse para el cristiano perfecto, pues, el que no lo es todavía, tiene muchos impedimentos que le distraen de la contemplación de las cosas divinas, por lo que no puede saborear adecuadamente los consuelos espirituales propios de los cristianos perfectos. Sin embargo, lo que un cristiano ordinario puede llegar a experimentar con ayuda de la gracia divina, aunque sea poco, es tan sabroso y aceptable que, si lo conservase [en su corazón], dicho cristiano despreciaría todas las demás felicidades mundanas y repetiría las palabras del profeta [David]: «*Un día pasado en sus patios es mejor que mil días en otro lugar*»<sup>109</sup>.

---

<sup>109</sup> Sal 84,11.

De ahí que los verdaderos cristianos huyan de los deleites mundanos para dedicarse con el máximo esfuerzo a la contemplación de las verdades divinas, que están impregnadas de felicidad. Efectivamente, un fugaz e imperfecto anticipo de la felicidad divina es suficiente para hacerles comprender que las más pequeñas alegrías celestiales superan todos los deleites terrenales. Y así, hubo uno que, en nombre de todos nosotros, dijo: «*Mi alma rechazó [cualquier otro] consuelo. Me acordé de Dios y me consolé con Él*»<sup>110</sup>.

Que lo que digo no les parezca creíble a las personas carnales no debe sorprendernos, pues ellas desconocen por completo tales experiencias espirituales. Pero, «*pecadores, id y lavaros, purificaos, apartad de mi vista la perversidad de vuestras intenciones y dejad de actuar con maldad. Aprended a hacer el bien [...]; después volved y hablaremos*»<sup>111</sup>. Así reconoceréis la verdad de las cosas que os he mostrado.

#### **15. LOS CRISTIANOS EXPERIMENTAN EL MAYOR DELEITE ESPIRITUAL AL CONTEMPLAR A CRISTO CRUCIFICADO**

Dado que conocemos las realidades invisibles a partir de las sensibles y puesto que es indispensable que el ser humano contemple el objeto de su conocimiento a través de imágenes representativas, no hay ninguna realidad sensible que mejor nos lleve al conocimiento amoroso de las realidades divinas invisibles que Cristo crucificado, cuando lo contemplamos iluminados por la fe. En efecto, nada, salvo Cristo crucificado, puede mostrarnos más eficazmente la bondad de Dios y su inestimable caridad hacia nosotros.

El objeto de esta contemplación es sumamente consolador porque, si ya de por sí, saberse amado produce una viva alegría, ¿quién puede dudar de que ser amado hasta ese punto por Dios no ha de despertar las más dulces emociones en el alma? Y puesto que la contemplación de Cristo crucificado permite captar tal amor de Dios hacia nosotros, también engendra, en aquellos que lo contemplan, el mayor deleite.

---

<sup>110</sup> Sal 77,3-4.

<sup>111</sup> Is 1,16-17.18.

Además, la esperanza de alcanzar un bien produce una sensación placentera porque, de algún modo, ésta hace presente el bien que se desea. Asimismo, en la medida en que la esperanza se orienta hacia un bien más perfecto y de manera más segura, tanto mayor deleite produce. Pues bien, dado que no se conoce ningún bien mayor que aquel que esperan los cristianos, ni se conoce cosa más cierta, puesto que es un bien garantizado por Dios mismo y por el cual fue crucificado, no hay esperanza que produzca mayor deleite que la esperanza de los cristianos.

Por otra parte, de la admiración se sigue también la satisfacción, en particular, cuando quien admira tiene la esperanza de alcanzar el conocimiento de aquello que admira. Pero nada es más admirable que el propio Dios se encarnara y luego se dejara crucificar por amor a la humanidad. Y así, meditando esta verdad, sostenido por la esperanza de poder contemplar sin velos tal misterio, el cristiano se siente regocijado hasta el punto de que nada puede serle más grato.

Además, la perfectísima bondad de Dios no podría haberse expresado perfectamente en una sola criatura. Por tanto, para difundir esta bondad de la mejor manera posible, fue oportuno producir una multitud de criaturas diferentes, para que, así, al contemplar la bondad divina en dichas criaturas, nuestra alma experimentase un extraordinario deleite.

Y, por tanto, puesto que la bondad de Cristo, nuestro Dios, supera la capacidad de cualquier intelecto, se deduce que, al contemplar las diversas y maravillosas obras sobrenaturales que ha realizado a lo largo de los siglos, contemplamos su dulce e inestimable caridad. Y el alma, de ese modo, encuentra en ella sabroso alimento. Y en ninguna de las obras divinas brilla más la bondad de Dios que en su subida a la Cruz por nosotros: por eso emana una gran felicidad de la contemplación de Cristo crucificado.

La experiencia confirma esta verdad, pues un número prácticamente ilimitado de cristianos ha dado testimonio –por medio de sus obras– del gran deleite que han encontrado en la contemplación de Cristo crucificado. Ciertamente, sería imposible describir la variedad casi infinita de dulzuras que experimentan, aún

hoy, las personas de sincera vida espiritual ante Cristo crucificado. Pero es sobre todo la vida de los primeros cristianos la que nos muestra la sublimidad de esta alegría. En efecto, sabemos que innumerables mujeres y varones mártires soportaron toda clase de tormentos por el Nombre de Jesús, no sólo con paciencia sino con gran alegría.

Una experiencia similar es confirmada por una multitud de monjes que eligieron vivir en una montaña o en un desierto y, allí, retirados en el silencio de sus ermitas o de sus cuevas, pobres y desnudos, vivían en perfecta alegría. Y hubo muchas otras personas sabias que, movidas únicamente por la contemplación de Cristo crucificado, no sólo renunciaron a los placeres del cuerpo y a todos sus estudios filosóficos, sino también a todo apego [egoísta] a sí mismos.

## 16. LAS SAGRADAS ESCRITURAS ELEVAN ADMIRABLEMENTE AL CRISTIANO A LA CONTEMPLACIÓN Y EL DISFRUTE ESPIRITUAL

En primer lugar, sabemos que todas las Sagradas Escrituras están ordenadas a Cristo crucificado. Por eso dice el Apóstol: «*El fin de la Ley [mosaica] es Cristo*»<sup>112</sup>.

Y puesto que las palabras son representaciones de la voz y las voces son representaciones de los conceptos y éstos proceden de la inteligencia interior del alma, cuanto mayor es dicha inteligencia, más perfectos son los conceptos y, en fin, tanto más profundas y eficaces son las palabras.

Ahora bien, siendo la luz sobrenatural superior a la luz natural [de la razón] y que, además, la luz sobrenatural se puede encontrar en diferentes grados, sabemos que ésta se halló entre los profetas, los apóstoles y los evangelistas en la mayor medida posible, puesto que Dios los iluminó para que no se equivocasen al escribir o predicar las verdades inspiradas. Por ello, sus pensamientos, palabras y escritos alcanzaron la mayor profundidad, eficacia y autoridad. Por tanto,

---

<sup>112</sup> Rom 10,4.

quien cree que puede penetrar el significado de las Sagradas Escrituras sin [la ayuda de] la luz sobrenatural, es como quien quiere volar sin alas ni plumas.

Y así, en efecto, encontramos a ciertos intelectuales que se aproximan a las Sagradas Escrituras como si fueran libros de filósofos, retóricos o poetas. Y dado que no encuentran en ellas la elocuencia de Cicerón, ni tampoco finos razonamientos filosóficos, automáticamente las desprecian y se burlan de ellas, pues están convencidos de que no hay nada más elevado ni más profundo que las teorías ideadas por los filósofos, ni hay mejor elocuencia que la que, con la luz natural de la razón, desarrollaron los oradores y los poetas. Pero «*el que mora en el Cielo se ríe, el Señor se burla de ellos*»<sup>113</sup> pues «*el hombre animal no entiende las cosas del Espíritu de Dios; son una locura para él. Y no es capaz de comprenderlas, ya que sólo pueden ser juzgadas espiritualmente*»<sup>114</sup>.

Por tanto, si un cristiano, dotado de luz sobrenatural, después de haber purificado su intelecto, [1º] lee humildemente los escritos de los apóstoles y los profetas con la debida diligencia, [2º] después los medita y [3º] a continuación [ora y] le ruega a Dios el pleno conocimiento de las verdades que contempla, entonces [4º] será elevado admirablemente a [la contemplación y] la comprensión de las verdades sobrenaturales y en ellas encontrará deleites celestiales que superan toda voluntad humana. [Y así, en cierto modo, dicho cristiano habrá recorrido los cuatro pasos de la *lectio divina*].

Dado que cada uno encuentra deleite en las cosas que le son connaturales, podemos observar cómo en la naturaleza se dan diferentes tipos de deleite para los diferentes tipos de entes. Por lo que dice el poeta [Virgilio]: «Cada uno se siente atraído por su propio deleite»<sup>115</sup>. Por tanto, para quien posee la luz sobrenatural, lo más connatural es la lectura de las Sagradas Escrituras, porque ellas se originaron de esta [divina] luz. Por ello, es lógico que el cristiano halle el más alto deleite cuando medita las Sagradas Escrituras.

---

<sup>113</sup> Sal 2,4.

<sup>114</sup> 1Cor 2,14.

<sup>115</sup> VIRGILIO, *Ecloga* II, 65.

Toda criatura obtiene deleite de la actividad que le corresponde. Ahora bien, para el cristiano, ninguna actividad es más conforme que la contemplación de Cristo a través del estudio de las Sagradas Escrituras. Así, quien quiera contemplar a Cristo crucificado por medio de la razón natural y por los estudios filosóficos, abandonando el estudio de las Sagradas Escrituras, o bien no le aprovechará nada, o bien caerá en muchos errores. Y esto es así porque esta contemplación es la que se corresponde con la luz natural [de la razón], la cual, por ser imperfecta, es incapaz de llegar a las alturas de las verdades de la fe. Esto explica por qué los teólogos modernos, más acostumbrados a estudiar tratados filosóficos que a estudiar [y meditar] las Sagradas Escrituras, son menos devotos y contemplativos que las personas de alma sencilla.

Por otro lado, la verdad, que es el objeto de la inteligencia, cuanto más elevada es, más deleite proporciona. Pues bien, la verdad de las Sagradas Escrituras es elevadísima, pues tratan de cosas absolutamente desconocidas para la razón natural.

Además, dado que la naturaleza humana es variable, se cansa de los deleites que le ofrece una sola cosa. Por eso prefiere deleitarse con diversas cosas. Bueno, pues las Sagradas Escrituras hablan sobre Dios por medio de una increíble variedad de temas. En efecto, hallamos una gran diversidad de relatos, multiplicidad de sentidos, variedad de figuras y una admirable consonancia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y entre todos sus libros. Y aunque estos libros hablen siempre del mismo tema, a saber: el amor a Dios y al prójimo, y por más que siempre traten de los misterios divinos, ya sea desde el punto de vista histórico o ya sea desde su sentido místico, sin embargo, las Sagradas Escrituras parecen decirnos siempre algo nuevo y nos ofrecen continuamente una gran variedad de flores y frutos. Esto hace que su estudio sea muy agradable.

**17. CUANTO MÁS SENCILLA ES LA VIDA DEL CRISTIANO, MAYOR ES EL CONSUELO QUE ÉL OBTIENE DEL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DEL SEÑOR JESÚS, Y DEL ESTUDIO [Y MEDITACIÓN] DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS**

En cuanto a la simplicidad interior, no hay duda de que es como he dicho, pues cuanto más simples se vuelven la mente y el corazón, más abiertos están para recibir la iluminación y el consuelo celestiales. Pues la simplicidad del corazón exige la purificación de los apegos mundanos, para que el espíritu y el alma se orienten enteramente hacia Dios y busquen asemejarse a Él y, así, toda la persona sea más simple, según el modelo divino.

Esta afirmación es también evidente en lo que respecta a la simplicidad exterior: pues la contemplación de las realidades divinas exige el más alto grado de quietud interior, de modo que quien desee disfrutar de las iluminaciones celestiales debe separarse en lo posible del ruido de las cosas mundanas. Dios dice en las Sagradas Escrituras: «*La llevaré al desierto y le hablaré a su corazón*»<sup>116</sup>. Y también: «*Silencioso, se sentará en un lugar apartado*»<sup>117</sup>.

Pero cuanto más rico es uno, más se involucra en los asuntos mundanos, dedicándose cada vez menos a la contemplación. Sin embargo, donde hay pocos bienes externos, menos distracciones estorban a la contemplación. Por eso, los antiguos monjes, deseando llevar una existencia contemplativa, abandonaron todas las demás preocupaciones y se retiraron a la soledad. Y allí se contentaban con lo mínimo, para poder dedicarse más fácilmente a la contemplación.

Y así, en la medida en que cada uno procure practicar la simplicidad según su estado de vida, mayores serán los consuelos que recibirá de Cristo.

---

<sup>116</sup> Os 2,16.

<sup>117</sup> Lam 3,28.

## 18. LA VIDA CRISTIANA ES UNA VIDA FELIZ

Así como nunca ha habido, ni puede haber, un tipo de vida más noble que la cristiana, tampoco es posible encontrar ninguna que sea tan feliz. En efecto, si hay felicidad en este mundo, ésta se encuentra en la vida cristiana, pues abarca todas las clases de felicidad de las que se ocupan los filósofos y, por tanto, contiene en sí misma todo lo que es deseable.

Si ponemos la felicidad en la contemplación de las realidades divinas, ninguna contemplación supera –como se ha dicho– a la de los cristianos.

Si ponemos la felicidad en la práctica de las virtudes morales o de la vida activa, es decir, en el gobierno de uno mismo y de la comunidad, el ideal cristiano también sobresale sobre los demás.

Y si ponemos la felicidad en las riquezas, los honores, la gloria, el poder o en todo lo que proporciona bienestar corporal, responderé que de alguna manera la vida cristiana asocia en sí misma todos estos bienes. Y esto es así, al menos en la medida en que todo lo que el efecto tiene de perfección, también lo debe tener la causa. Efectivamente, no es necesario que la causa posea la perfección del efecto en la misma proporción y en el mismo modo que éste, sino que basta con que posea todo lo que posee el efecto en un modo más excelente. Por ejemplo, aunque no se pueda decir que el sol posee el calor de todos los cuerpos terrestres, en cambio, sí posee en grado superlativo la virtud de calentar los cuerpos celestes circundantes. Pues bien, por analogía, podemos decir que la vida cristiana contiene todos los bienes mencionados que desean las personas mundanas, aunque no las posee tal cual, en sus formas habituales, sino en un modo más excelente.

Sólo hay una prueba de ello. Porque el cristiano desprecia, como si fueran basura, esos bienes sensibles que son tan codiciados por los adoradores de este mundo. Y este desprecio sólo es explicable en el contexto de la vida cristiana, que es sabia y prudente, si tenemos en cuenta que el cristiano conoce de un modo mucho más excelente esas riquezas, esos honores, esa gloria, ese poder y todos esos otros bienes

exteriores que las personas carnales desean tan ardientemente. Y es que, en realidad, el cristiano posee la gracia divina, pues Cristo habita en su alma por medio de la fe. Y este don de la gracia es tan grande, que hace que cualquier otra realidad parezca nada.

Añádase a esto la consiguiente y fundada esperanza de que, a través de la resurrección, podremos recuperar el cuerpo embellecido y también el poder y todos los otros bienes corporales, pero en un estado de gloria y de triunfo tan excepcional, que nadie es capaz de imaginar. Y, finalmente, tenemos la esperanza cierta de que estaremos eternamente con Cristo, disfrutando de esa gloria, porque *«ningún ojo ha visto jamás, ningún oído ha escuchado jamás y ningún corazón humano se ha llenado jamás con lo que Dios ha preparado para los que le aman»*<sup>118</sup>.

Por eso vemos siempre tan felices a los cristianos perfectos, pues no encuentran nada deseable en este mundo y nada que pueda asustarles ni entristecerles, como está escrito: *«El justo, pase lo que pase, no se entristecerá»*<sup>119</sup>. Por eso los apóstoles, [después de haber sido condenados y azotados con varas] *«salieron del Sanedrín regocijados de haber sido hallados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Jesús»*<sup>120</sup>.

## **19. NO ES DIFÍCIL ALCANZAR LA VIDA CRISTIANA Y, CON LA AYUDA DE DIOS, PERSEVERAR EN ELLA**

Para alcanzar esta vida cristiana es indispensable la gracia, que sólo Dios puede darnos. Ahora bien, en lo que respecta a Dios, la facilidad de adquirirla está asegurada en virtud de su bondad. En efecto, *«el que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿no podrá darnos, y de buena gana, junto con Cristo, todo lo demás?»*<sup>121</sup>.

En lo que respecta a nosotros, para que recibamos la gracia es necesaria nuestra buena disposición, por lo que tampoco esta

---

<sup>118</sup> 1Cor 2,9.

<sup>119</sup> Pro 12,21 (Vulgata).

<sup>120</sup> Hch 5,41.

<sup>121</sup> Rom 8,32.

condición supone una gran dificultad para alcanzar la vida cristiana y perseverar en ella, si contamos con la ayuda de Dios. Porque para nadie debería ser difícil hacer aquello para lo que está capacitado, sobre todo cuando la razón natural nos impulsa a hacerlo mediante el ejercicio del libre albedrío.

Por todo ello, quien observe los tres preceptos siguientes –que son muy fáciles de tener en cuenta– logrará alcanzar la vida cristiana y perseverar en ella.

**[Primer precepto: el verdadero cristiano ha de reflexionar sobre la miseria terrenal y sobre la felicidad eterna]**

El primer precepto es la consideración de la muerte y de la miseria humana, porque, dado que ambas son comunes a las personas y a los animales, cada uno de nosotros debe reflexionar a menudo sobre esto y preguntarse: «¿De qué sirve esforzarse en vano? ¿Cómo pueden ayudarme las riquezas y los honores, ya que estoy absolutamente seguro de que voy a morir, y no sé la fecha de mi muerte? Si me muriera hoy, lo que no es nada improbable, ¿de qué me serviría [poseer] el mundo entero?».

Ahora, si la condición de las personas y los animales fuese la misma, es obvio que nosotros seríamos más miserables que ellos. Pues la naturaleza les ha provisto a los animales de alimento, vestidos, vivienda y de todo lo necesario para la conservación de sus vidas. Aunque nosotros también tenemos todo esto, es a costa de mucho esfuerzo. Y mientras que los animales se contentan con sus posesiones presentes y no se preocupan por el futuro, nosotros, en cambio, no sólo nos preocupamos por nuestras posesiones presentes, sino que tenemos un deseo insaciable que se expande ansioso hacia el futuro.

Los animales no están sometidos a tantas enfermedades corporales como las que afligen a la humanidad, ni a ninguna clase de tribulación, angustia o persecución, por las que vemos que la humanidad es oprimida diariamente.

Mientras que los animales se contentan con unos pocos bienes elementales y cuando los tienen descansan contentos, el ser humano

está perpetuamente inquieto, pues su corazón es perverso, impenetrable e insaciable.

Por último, los animales no se plantean el problema de la inmortalidad del alma y de una vida en el más allá, mientras que los seres humanos, en cambio, se angustian con tales pensamientos y tiemblan con el temor de que, a las aflicciones de la vida presente le sigan las penas del infierno.

En conclusión, si nuestra alma no fuese inmortal, ninguna criatura sería más miserable que el ser humano. Si, por el contrario, es inmortal, entonces su felicidad no se alcanza aquí, sino en otra vida. Por tanto, es absurdo afirmar que el ser humano, siendo la criatura más noble, es también la más infeliz. Pues Dios y la naturaleza no hacen nada que no tenga un propósito oportuno, de lo contrario deberíamos negar la providencia divina, lo cual es una necesidad.

Podemos observar la incesante generación de nuevos seres que vienen a este mundo, ninguno de los cuales puede ser capaz de producirse a sí mismo, pues no hay duda de que alcanzan su ser gracias a una causa preexistente a todos ellos. Porque sería irracional decir que todo es efecto del azar, pues eso se contrapone a la existencia de un universo maravillosamente ordenado y en constante evolución.

Dado que no es posible proceder hasta el infinito en la serie de causas, debemos llegar a la primera causa, llamada universalmente *Dios*. Sin recurrir a razonamientos demostrativos, el ser humano de todas las épocas, siguiendo un cierto instinto natural, ha admitido la existencia de Dios, como se desprende del culto religioso, que no ha faltado en ninguna época histórica. Por tanto, nadie puede negar la tesis de la existencia de Dios.

Además, el orden que se encuentra en la creación nos muestra claramente cómo Dios cuida del universo. De ahí que los filósofos afirmen que el funcionamiento de la naturaleza es el resultado de una inteligencia que no se equivoca. Y aunque ha habido interminables disputas y diferentes opiniones sobre si Dios tiene o no providencia sobre las cosas humanas, cualquiera que considere esto

correctamente, verá de un modo indiscutible que la intervención divina no sólo se extiende a las realidades humanas, también a cada una de las restantes realidades, por pequeña que sea. En efecto, cuanto más perfecta es una acción providencial, más amplio es su campo de acción. Por eso, dado que es perfectísima la providencia de Dios, no descuida absolutamente nada dentro de los confines de la creación.

Vemos, además, que todas las causas, movidas por un cierto instinto natural y, por así decirlo, por un intenso amor, se inclinan a gobernar y llevar a la perfección sus propios efectos. También vemos cómo todos los animales ejercen, de algún modo, una admirable providencia sobre sus crías. Pues bien, dado que todo lo bueno que hay en las causas segundas deriva de la causa primera [que es Dios], a la que tratan de imitar por todos los medios, queda demostrado que la causa primera cuida con extrema diligencia de todos los seres que ella ha creado.

Por otro lado, si Dios no ejerciera su providencia sobre las cosas humanas, pensemos: ¿por qué podría suceder esto? Podríamos alegar que no puede, o que no sabe, o que no quiere. Pero ninguna de estas hipótesis es aplicable a Dios, pues ¿cómo no sabría o no podría realizar lo que puede y sabe hacer un ser humano? Si una buena persona supiera y pudiera tener providencia en los asuntos humanos, también querría hacerlo, pues de otra manera no podría llamarse buena. Así pues, Dios, que es infinitamente poderoso, sabio y bueno, ¿cómo no podría actuar infinitamente mejor que dicha persona, ejerciendo su providencia de modo absoluto?

Si Dios no tuviera providencia para nuestras cosas, ¿por qué entonces hay una inclinación natural en el ser humano al culto divino? Sabemos que Dios y la naturaleza no hacen nada sin una razón. Por eso, si es una necesidad sostener que Dios no existe o que no se ocupa de los asuntos humanos, es sin duda propio de personas prudentes el saber y pensar continuamente que alguien gobierna el mundo, proveyendo las necesidades de las personas y de las demás criaturas y conduciendo a cada ser –de la manera más oportuna– hacia su propio fin y al ser humano hacia la felicidad.

En efecto, la suya es una acción suave que se lleva a cabo respetando minuciosamente las complejidades particulares de cada criatura, para que, así, el ser humano sea conducido a la felicidad a través del libre albedrío. Sin embargo, hay personas buenas y malas. Las primeras son aquellas cuya vida se conduce de acuerdo con la recta razón y las inclinaciones divinas, pues buscan voluntariamente agradar a Dios en todas las cosas. Las personas malas, en cambio, son aquellas que no siguen los dictados de la conciencia y tienen poca o ninguna rectitud de vida.

Pues bien, si Dios es providente en los asuntos humanos y obra con justicia, ciertamente recompensará a los buenos y castigará a los malos. Dado que aquí abajo no vemos tal intervención [divina], es necesario admitir la existencia de otra vida en la que los malvados sean castigados y los justos recompensados. Por ello, debemos intentar agradar a Dios llevando una buena vida. Pero como no es posible encontrar ninguna vida que sea mejor que la cristiana, es obvio que no debemos buscar otra religión si realmente deseamos vivir rectamente y agradar a Dios.

Una existencia así no puede terminar sin una recompensa, ni verse privada de la felicidad que le conviene, porque en tal caso deberíamos aceptar que no existe ningún tipo de vida humana que pueda aspirar a la felicidad. Pero, en verdad, la vida de los cristianos evidencia que Dios cuida de ellos con una providencia particular. Y es propio del cristiano dar testimonio de su fe en la providencia divina. Pero si dicha fe no fuera verdadera y su vida no estuviese sujeta a la providencia divina, entonces Dios no permitiría que sus fieles vivieran en una creencia tan errónea y perjudicial. Porque Dios ilumina a los buenos y rectos de corazón, mientras que ciega a los perversos y endurece a los obstinados.

Pues bien, si esto es así, entonces creamos en Dios y vivamos de manera cristiana, pues al hacerlo no caminaremos hacia la perdición y seremos felices tanto en esta vida como en la siguiente.

**[Segundo precepto: el verdadero cristiano se esfuerza en tener la gracia divina]**

Una vez que la persona ha decidido, tras examinar el primer precepto, seguir los principios de la vida cristiana, deberá, de acuerdo con nuestro segundo precepto, examinar atentamente la esencia de la vida cristiana que, como ya hemos explicado, consiste básicamente en la gracia divina, que está ordenada a la santificación personal.

Algunos, queriendo vivir cristianamente, se entregan de inmediato a las prácticas rituales sin escatimar esfuerzos. Éstos piensan que vivir según la voluntad de Cristo consiste en hacer obras exteriores. Pero muchos, haciendo esto, acaban engañados. Porque dicen ser cristianos, pero no es cierto, pues se vuelven necios, tibios y orgullosos. Y esto es así porque, dado que los demás ven en ellos sólo su exterior, les cubren de halagos. Sin embargo, el Señor mira en sus almas y les dice: *«Vosotros decís ser justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestro interior, porque lo que es excelente para los hombres es una abominación ante Dios»*<sup>122</sup>.

Por tanto, el que quiere vivir de manera cristiana, debe esforzarse con todas sus fuerzas para obtener la gracia divina. Y no ha de parar en lograrla hasta que, por signos claros y evidentes, esté seguro de haberla conseguido, considerando que está verdaderamente en gracia.

Dado que la gracia divina es conferida por medio de los sacramentos, la persona que desea ser cristiana debe rechazar cualquier resistencia interior que le dificulte el acceso a ellos. En efecto, todo el que quiera ser cristiano debe prepararse lo mejor posible para recibir los sacramentos. Por ejemplo, si el creyente aún no ha sido bautizado, debe disponerse a recibir el sacramento del Bautismo con fe no fingida y recta intención. Si ya es cristiano, pero se encuentra enredado en los pecados, debe recibir primero el sacramento de la Reconciliación con verdadero arrepentimiento, confesando sincera e íntegramente sus pecados y satisfaciendo íntegramente la penitencia recibida. Y después debe acercarse debidamente al sacramento de la Eucaristía. Pues bien, quien

---

<sup>122</sup> Lc 16,15.

persevera en esta práctica sacramental, puede considerar que legítimamente está en gracia divina.

Los signos más obvios que muestran que uno está en gracia divina son éstos. Primero: el profundo arrepentimiento de los pecados, teniendo el firme propósito de no repetirlos. Segundo: la firme voluntad de vivir según los mandamientos de Dios, de acuerdo con su propio estado y condición social. Tercero: sentir deleite por las cosas divinas y las obras virtuosas y, a su vez, desprecio por las realidades terrenales y mundanas. Cuarto: desear [la perfección de] la vida futura y rechazar [la imperfección de] la vida presente.

Por tanto, cuando, observando estos signos, uno sabe que es cristiano, debe convencerse de que, en el camino de Dios, no progresar es retroceder y que sólo progresa con provecho en la vida cristiana quien cada día aumenta su gracia y su fervor, y se fortalece ejercitando la fe y las virtudes. Y como se ha demostrado anteriormente, esto se consigue especialmente a través de la oración constante, que es imposible para quien no ha adquirido la simplicidad de corazón, junto con la moderación externa y el desprendimiento de las cosas superfluas.

Es necesario, pues, que quienes quieran vivir cristianamente, según su estado de vida, han de vivir con simplicidad para así poder estar muy atentos a las realidades divinas, esto es, [interiormente] al amor a Dios por medio de la oración y de los demás ejercicios del culto cristiano, y [exteriormente] al amor caritativo hacia el prójimo por medio de las obras de misericordia, sean espirituales o corporales, dentro de la comunidad en la que viven o fuera de ella.

### **[La importancia de tener un buen padre espiritual]**

Dada la multiplicidad de las situaciones humanas, sería difícil o prácticamente imposible determinar una regla individual e inequívoca que sirviera para cada individuo. Por eso, si una persona desea vivir cristianamente, la exhorto a que busque un padre espiritual que, con competencia y doctrina, sepa guiarla en todo. Por su parte, dicha persona deberá seguir todos los consejos que él le dé, especialmente en materia espiritual.

Por tanto, ten cuidado de ponerte en manos de personas tibias e hipócritas, las cuales, aunque conservan una cierta apariencia de religiosidad, carecen de verdadera virtud. Para algunos, quizás, elegir a un buen padre espiritual le parecerá difícil y problemático, ya que Dios, siendo el único capaz de escudriñar nuestros corazones, nos ha indicado esta regla: «*Podréis reconocerlos por sus frutos*»<sup>123</sup> y, desgraciadamente, los frutos de los tibios e hipócritas parecen ser muy buenos.

Pero, en realidad, esto no resulta un obstáculo para los que desean proceder con rectitud, ya que está escrito que «*en las tinieblas ha comenzado a brillar una luz para los justos*»<sup>124</sup>. Y en otro lugar se nos asegura que «*la unción [del Espíritu Santo] os enseña acerca de todas las cosas*»<sup>125</sup>. Porque, de hecho, en el plano de las realidades naturales, las que tienen propiedades diferentes no pueden coincidir entre sí, especialmente si son contrarias la una respecto de la otra. Pues bien, sabemos que la convicción del tibio y la del verdadero cristiano se oponen mutuamente, porque la persona ferviente busca la gloria de Dios, mientras que la persona tibia busca la suya propia. Por eso el tibio no puede convenir con el cristiano, salvo de forma accidental. De ahí que el tibio no podrá esconderse de la persona que posee un ardiente y recto corazón, sobre todo si trata con ella asiduamente, y máxime porque, como ya hemos dicho, el cristiano es iluminado por la gracia del Espíritu Santo.

Por tanto, si encuentra que su propio padre espiritual se muestra como una persona tibia, debe huir de él sin demora, como lo haría de una serpiente. Salomón dijo: «*El que camina al lado de los sabios se convertirá en sabio; el amigo de los necios acabará pareciéndose a ellos*»<sup>126</sup>.

Pero si encuentras un buen padre espiritual, hazle saber todos los secretos de tu corazón y confíésale asiduamente y con simplicidad todos tus pecados. También has de comulgar frecuentemente porque, como se ha dicho, los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía son las prácticas religiosas más idóneas para la adquisición, la

---

<sup>123</sup> Mt 7,16.

<sup>124</sup> Sal 112,4.

<sup>125</sup> 1Jn 2,27; cf. Jn 14,26.

<sup>126</sup> Pro 13,20.

conservación y el crecimiento de la gracia. Por tanto, todo cristiano debe prepararse [interiormente] para recibir frecuente y devotamente estos dos sacramentos.

**[Tercer precepto: el verdadero cristiano ha de soportar muchos padecimientos por amor a Dios]**

En este punto, para la persona que ha llegado a ser un buen cristiano y se esfuerza por vivir cristianamente, el tercer precepto es éste: convéncete de que para entrar en el Reino de Dios debes pasar por muchas tribulaciones. Pues la vida cristiana consiste en hacer el bien y recibir el mal, y en perseverar así en esto hasta la muerte.

El que comienza a vivir como cristiano debe estar preparado para las tentaciones y las tribulaciones, según el dicho: *«Hijo, si pretendes servir a Dios, permanece en el temor y la justicia, y prepárate para afrontar la prueba»*<sup>127</sup>. Porque, vigilando las flechas, éstas resultan menos peligrosas. Por ello, para que la persona pueda afrontar todo más fácilmente, son necesarias tres cosas.

En primer lugar, la persona ha de meditar a menudo en los sacrificios y sufrimientos de Cristo y de sus santos, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento y leer con frecuencia sus vidas y ejemplos. El Apóstol dice: *«Todo lo que se escribió en el pasado fue escrito para nuestra edificación, para que con la fortaleza y el consuelo de las Escrituras mantengamos viva la esperanza»*<sup>128</sup>.

En segundo lugar, la persona debe tener en cuenta a menudo – es más, siempre [en la medida de lo posible]– la brevedad de la vida terrenal y la eternidad de la vida futura, ya sea como gloria eterna o como castigo eterno. Porque como es necesario que este corto tiempo terreno transcurra hasta la meta de la eternidad, si la persona mantiene su atención fija en esta verdad, todas las tribulaciones de este mundo le parecerán nada, con tal de escapar de las penas del infierno y alcanzar su Patria celestial y su glorificación eterna.

---

<sup>127</sup> Eclo 2,1.

<sup>128</sup> Rom 15,4.

En tercer lugar, debe reflexionar sobre cómo Dios tiene reservadas las mejores recompensas para los que han soportado pruebas y persecuciones por amor a Él. Está escrito a este respecto: «Lo que el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el corazón del hombre ha sido capaz de comprender, Dios lo ha preparado para los que lo aman»<sup>129</sup>. Si permanece firme en este pensamiento, la persona no se dejará abrumar por las tribulaciones, sino que repetirá enérgicamente las palabras del Apóstol: «Los sufrimientos de este mundo no son nada comparados con la gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros»<sup>130</sup>, por el amor que nos tiene Jesucristo.

A Él, con el Padre y el Espíritu Santo, sean la soberanía y el honor, por los siglos de los siglos. Amén.

---

<sup>129</sup> 1Cor 2,9.

<sup>130</sup> Rom 8,18.







Pocos personajes de la Iglesia ha habido más controvertidos que el dominico italiano fray Jerónimo Savonarola (1452-1498). En pleno periodo de decadencia en el que los Papas y los cardenales vivían como príncipes terrenales y Florencia sobresalía por la opulencia y la suntuosidad de muchos de sus principales ciudadanos, este fraile emprendió una amplia y profunda reforma que trataba de recuperar la simplicidad original de la Iglesia primitiva. Ese era el objetivo fundamental de las impactantes homilías que Savonarola predicaba en el púlpito de la iglesia de San Marcos de Florencia. Pues bien, este libro lo escribió para explicar de un modo claro y razonado en qué consiste dicha simplicidad, la cual inspiró un importante movimiento reformador que abarcó ciertos ámbitos de la Familia Dominicana y de la Familia Franciscana en el siglo XVI.